

Cómo citar este texto:

Megías, E., Cebrián, I., Chuliá, E., Gil Calvo, E., Elzo, J., Feixa, C., Simón, P., Subirats, J., Lasén, A., (2021) Índice Sintético de Desarrollo Juvenil Comparado (ISDJC) 2021. Los datos en perspectiva. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, Fad.

DOI: 10.5281/zenodo.5769875

ISBN: 978-84-17027-73-5

© FAD, 2021

Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud

Fundación de Ayuda contra la Drogadicción (FAD)

Avda. de Burgos, 1 y 3

28036 Madrid

Teléfono: 91 383 83 48

Coordinación del estudio:

Anna Sanmartín Ortí (Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud)

Autoría:

Megías Valenzuela, Eusebio

Cebrián López, Inmaculada

Chuliá Rodrigo, Elisa

Gil Calvo, Enrique

Elzo Imaz, Javier

Feixa Pàmpols, Carles

Simón Cosano, Pablo

Subirats Humet, Joan

Lasén Díaz, Amparo

Maquetación:

Sandra Herraiz Merino / www.sandraheme.com

ÍNDICE

0. PRÓLOGO	5
I. Centrando la mirada. Jóvenes entre dos crisis. España 2009/2021	6
1. Introducción	7
2. El Índice Sintético de Desarrollo Juvenil Comparado: Resultados	9
3. Los jóvenes en España: El impacto de la gran recesión	12
4. El desarrollo y la salida de la crisis: Empleo y emancipación	20
5. El desarrollo y la salida de la crisis: Educación y estilos de vida	25
6. El desarrollo y la salida de la crisis: El interés por lo colectivo	32
7. Otro mazazo: el impacto de la pandemia.....	37
8. Una mirada específica: la perspectiva de género	46
II. Un caleidoscopio de voces e ideas sobre el desarrollo juvenil en pandemia	55
1. Economía, empleo y transiciones	56
2. Valores, actitudes, comportamientos y relato mediático.....	60
3. Convivencia, espacio público y cultura.....	64
4. Activismo, política y participación	66
5. Tecnologías y brechas.....	71
III. Bibliografía consultada y citada	74

PRÓLOGO

PRÓLOGO

En esta publicación el Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud ha querido aportar una mirada analítica y comprensiva a la realidad juvenil en los últimos 12 años, abarcando un periodo entre dos crisis que ha tenido innegables impactos en la sociedad en general y entre las personas jóvenes, en unos años de transiciones y decisiones vitales clave, en particular. A partir de las reflexiones de miembros del Comité Asesor del Centro, expertos y expertas en juventud, se trata de profundizar en una serie de datos y acontecimientos que recoge el Índice Sintético de Desarrollo Juvenil Comparado (ISDJC) que realizamos anualmente, y a partir del cual se abren escenarios diversos que hay que analizar, comparar e interpretar.

El ISDJC de este año 2021 es especialmente significativo en la medida que recoge ya algunos de los impactos de la pandemia, fundamentalmente en lo que tienen que ver con el empleo y la emancipación juvenil. Habrá que esperar todavía para poder recoger en las fuentes oficiales otras repercusiones en las esferas del bienestar y la salud, la educación o las TIC.

La primera parte de este documento recorre una serie de momentos y acontecimientos que han marcado el proyecto vital y las expectativas de jóvenes y adolescentes españoles en los últimos años, elementos estructurales y otros coyunturales que han determinado y lo siguen haciendo, las opciones y oportunidades de estas cohortes de edad. La segunda parte enriquece la reflexión con diferentes voces expertas, cada una en ámbitos concretos (la participación, las tecnologías o los valores), que responden a preguntas lanzadas desde el Centro para tratar de entender algunos de los debates actuales sobre el papel de la juventud en la sociedad actual.

CENTRANDO LA MIRADA.

JÓVENES ENTRE DOS CRISIS:

ESPAÑA 2009/2021



1. INTRODUCCIÓN

1. INTRODUCCIÓN

No vamos a insistir en el interés y la utilidad del Índice Sintético de Desarrollo Juvenil Comparado (ISDJC). El Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud ha explicado con claridad¹ las razones y los objetivos de la puesta en marcha del instrumento: situar a la juventud española en un ranking construido teóricamente a partir de diferentes áreas de capacidad del desarrollo juvenil, permitiendo la comparabilidad entre Comunidades Autónomas y con el resto de países de la Unión Europea. La situación de España y de cada Comunidad en el ranking, los cambios que anualmente se puedan producir en esa ordenación, las propias oscilaciones de los indicadores españoles (se traduzcan o no en cambios en el orden de países), la evolución de cada área, son datos inestimables para definir la situación de los y las jóvenes en España, para contextualizar esa situación en relación con nuestro entorno europeo, para facilitar el análisis de los distintos modelos de desarrollo, para marcarse objetivos en las políticas de juventud o para evaluar esas políticas.

Obviamente que, por la propia exigencia de su metodología, el ISDJC debe estar conformado por un número muy limitado de indicadores, los que cumplan los necesarios requisitos de homogeneidad, temporalidad, fiabilidad y comparabilidad. Existen otros muchos elementos que enriquecerían y completarían la visión del desarrollo juvenil pero que no son aplicables al conjunto de países y CC. AA. Son múltiples informaciones provenientes de fuentes muy diversas, estadísticas, estudios sociológicos, sondeos y encuestas de opinión, investigaciones sectoriales, observatorios específicos, institutos locales, organismos públicos y privados, etc. Estas informaciones no son extrapolables a los diferentes territorios, pero resultan enormemente significativas a la hora de "dar cuerpo" al Índice en lo referido al área geográfica y sociológica al que se refieren: España.

De ahí que, completando el ISDJC, proporcionando al mero indicador numérico una dimensión cualitativa, el Centro Reina Sofía planteara desarrollar simultáneamente unos Índices de Capacidades² que, más allá de las prestaciones y utilidades del Índice Sintético, proporcionase una visión más completa del hasta dónde, por qué y cómo, ya dentro de los límites de la juventud española, se producen los cambios que finalmente están reflejándose en el ISDJC. Es un proyecto cuajado, que está proporcionando resultados enormemente esclarecedores de muchos aspectos del vivir de los y las jóvenes y que, en cierta medida, inspira lo que se pretende en este capítulo. No vamos a analizar la evolución de las distintas capacidades, pero apoyándonos en ellas trataremos de bucear en las razones de todo tipo, desde la situación estructural hasta los indicadores de salud, desde los cambios en los valores sociales a las formas de participación política, desde los problemas para las transiciones juveniles al impacto de las tecnologías de la comunicación, que han condicionado los cambios que se reflejan en el Índice, desde que éste comenzó su andadura hasta la actualidad: los doce años que van de 2009 a 2021.

No puede ignorarse que estos años, decisivos por múltiples razones, están enmarcados y profundamente condicionados por dos acontecimientos trascendentales: la gran recesión económica y la pandemia del COVID; dos grandes crisis que, no podía ser de otro modo, marcan dramáticamente el devenir vital y la expectativa de futuro de hombres y mujeres jóvenes en España.

¹ NOTAS

Sanmartín, A. (2019)

² Sanmartín, A., (2019)

2. EL ÍNDICE SINTÉTICO DE DESARROLLO JUVENIL COMPARADO: RESULTADOS

2. EL ÍNDICE SINTÉTICO DE DESARROLLO JUVENIL COMPARADO: RESULTADOS

En 2016 el ISDJC presentó sus primeros resultados³. Habían sido necesarios unos años para preparar el utillaje metodológico, evaluarlo, asegurar las fuentes de información y calibrar el algoritmo, pero ya en ese momento fue posible definir una ordenación de los diferentes países europeos integrados en la Unión y de las Comunidades Autónomas españolas en función del desarrollo global de sus poblaciones juveniles; un desarrollo sintetizado en una fórmula forzosamente limitada por condiciones de realidad, pero técnicamente válida para la ordenación. Utilizando indicadores de diversa naturaleza (educación, empleo, emancipación, vida y TIC), inspirados en el modelo de capacidades de Martha Nussbaum, se pudo establecer un primer ranking que, forzosamente limitado a los hallazgos de inter-comparabilidad sincrónica por falta de otras referencias temporales, ya arrojó algunas pistas esclarecedoras, que fueron progresivamente matizadas y reforzadas a medida que fue disponiéndose de referencias temporales de comparación.

No fue hasta 2019 cuando se pudo disponer de un texto⁴ que explicaba ampliamente la metodología del ISDJC y analizaba los hallazgos, no sólo de carácter sincrónico, sino también los referidos a la evolución y tendencias definidas diacrónicamente, a lo largo de ocho años. Eso fue posible porque se pudieron utilizar los datos de 2016 y 2017 y porque, de manera retrospectiva, se extrajeron las informaciones correspondientes a 2009. Las razones de elegir esa fecha para la mirada retrospectiva no se debieron solamente a las facilidades o dificultades metodológicas sino, sobre todo, a que ese año suponía el punto de inflexión de una gran crisis económica y social, la gran recesión, que razonablemente debería haber supuesto un antes y un después en el desarrollo juvenil.

No es éste el espacio para un análisis en profundidad de los hallazgos derivados de esa mirada a la vez sincrónica y longitudinal, enormemente ricos y sugerentes, y ampliamente descritos y comentados en el citado texto de 2019. Desde la primera de esas perspectivas nos limitaremos a resumir el apartado que se denomina⁵ "las cinco Europas y España" y la descripción que se hace de la comparación entre las diferentes CC.AA.⁶. Desde el punto de vista de los cambios en el tiempo sólo haremos referencia a la significación diferencial del impacto de la crisis sobre el desarrollo juvenil de los diferentes países y sobre el ritmo de recuperación.

Desde los resultados del ISDJC 2016 había quedado evidenciado que, obviamente por razones socioeconómicas y de políticas públicas, Europa aparecía dividida en función de áreas geográficas, norte y oeste más desarrollados frente al sur y al este, en una distribución matizada por otras variables de carácter ideológico y cultural, fundamentalmente familistas. España, incorporada a ese sur mediterráneo más deprivado económicamente, deficitario en políticas públicas

³ Todos los informes de los Índices, indicadores, microdatos, barómetros, etc. son directamente accesibles en la página web del Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, de la FAD

⁴ López, C. (coord.), Alemany, E., Canal, P., Gil, E., Marí-Klose, P., de Miguel, V., Sanmartín, A. y Tudela, P. (2019)

⁵ Gil Calvo, E. (2019)

⁶ Tudela, P. (2019 a)

y profundamente familista (por vocación y necesidad), se situaba lógicamente en las últimas posiciones del ranking europeo⁷, posición que se ha mantenido sin grandes cambios hasta la actualidad.

Abundando en ese orden de cosas aparece con claridad el desigual impacto de la crisis. Tomando como referencia 2009 como inicio de la recesión⁸ se comprueba que, en 2016, tras un período en que se supone que la recuperación está en marcha, hay países europeos que han incrementado su ISDJC en términos absolutos hasta más de diez puntos, mientras otros, entre ellos España, han perdido alrededor de cuatro puntos de ese mismo índice. Un año después ya se advierte la recuperación, pero en España ésta se hace a menor ritmo que la media europea.⁹ Los índices parciales que más influían en el retraso del desarrollo de hombres y mujeres jóvenes en España eran los relativos al desempleo y la precariedad laboral, de índole socioeconómica y estructural, y el retraso en la edad de emancipación y en las transiciones juveniles, que aunque se vinculaban a elementos culturales familistas también se veían fuertemente influido por factores económicos y de ausencia de políticas públicas compensatorias. "Los jóvenes son reconocidos como las víctimas olvidadas de la crisis, y los mayores afectados por la creciente desigualdad, lo que compromete la igualdad de oportunidades en la vida y la justicia intergeneracional. Son los grandes perjudicados por la destrucción de empleo y la reforma laboral"¹⁰

Obviamente la situación y la evolución del índice medio de España no se trasladaba de manera equivalente al conjunto de las CC. AA.; igual que en Europa, se manifestaba una clara diferencia entre unos y otros territorios. Aunque la distribución geográfica no era tan clara como en Europa, también aquí podía hablarse de una cierta discriminación norte/sur, explicada no por razones culturales, que son compartidas, pero sí por unos condicionantes históricos de carácter económico y relativos a las políticas públicas.

Todo ello sin negar circunstancias específicas de cada Comunidad, que se trasladaban a los indicadores de los diferentes índices parciales; por ejemplo, el impacto del "trabajo fácil" en zonas de turismo, desincentivador de la continuidad de la formación. Estos matices, igual que las fortalezas de España en los datos relativos a "vida", muy por encima de otros países de Europa¹¹, o de forma menos sólida, en la capacidad para el manejo de las TIC¹², que siguieron apareciendo en los informes de los sucesivos ISDJC, ya fueron muy pormenorizadamente descritos¹³ en el texto comprensivo de 2019 que venimos citando.

⁷ España se sitúa en el puesto 24 de UE28, sólo por delante de Croacia, Italia, Bulgaria y Rumanía. La media europea se situaría en el puesto 16 del ranking.

⁸ La crisis realmente se inicia en 2008 y los indicadores objetivos lo muestran; pero que inicialmente afectara a poblaciones concretas, jóvenes e inmigrantes sobre todo, que no hubiera un reconocimiento claro en la comunicación política, más la inercia propia de la representación social, hicieron que socialmente no se definiera claramente hasta casi dos años más tarde. Fue en 2010 cuando los severos recortes en prestaciones, el desempleo descontrolado y la generalización de los grupos afectados, hicieron imposible mantener la ficción de que se trataba de un ciclo económico que revertiría por sí mismo.

⁹ Entre 2009 y 2017 la media europea recuperó 8 puntos en valores absolutos, mientras España sólo recuperó 2,8.

¹⁰ Marí-Klose, P., 2019

¹¹ La fortaleza de este índice parcial se debe básicamente a la mayor esperanza de vida y a las más bajas tasas de suicidio y de muertes en accidente, básicamente de tráfico, en esas edades, en España. La exigua natalidad de las mujeres jóvenes, aunque carga negativamente el índice, no llega a neutralizar las ventajas antedichas.

¹² En este caso es el escasísimo número de indicadores y la relativa fiabilidad de los mismos lo que quita contundencia a las mejores cifras españolas

¹³ Tudela, P. (2019 a)

3. LOS JÓVENES EN ESPAÑA. EL IMPACTO DE LA GRAN RECESIÓN.

3. LOS JÓVENES EN ESPAÑA. EL IMPACTO DE LA GRAN RECESIÓN.

Ya decíamos que, en el derrumbe de la gran recesión, tras el pinchazo de la burbuja financiera y de la inmobiliaria, 2009 fue un año de transición, en el que la sociedad española se movía entre el temor, la indefinición y la esperanza de enfrentarse a un mero cambio de ciclo económico que rápidamente revertiría, retro trayéndose a la situación anterior. Del discurso de los adultos, padres y madres, sobre la crisis, se infería: "De ahí que...el discurso generalizado en la sociedad española resalte que la respuesta a la difícil situación actual consiste en fomentar las capacidades del individuo para encajar en el sistema... O que la crisis se resuelva por arte de magia, argumento resultante de la extendida creencia de que el actual estado de cosas se corresponde a la parte baja de un ciclo económico que necesariamente ha de mejorar".¹⁴ Observación que lleva a concluir que "parece claro que los seres humanos tenemos una gran limitación para imaginar el futuro sin proyectar el pasado, para desaprender la manera de mirar las cosas que nos rodean". Parecía tratarse de una situación, tal cual los discursos la reflejaban, que combinaba el señalamiento de algunos evidentes elementos críticos, el cambio del mercado laboral, la inaccesibilidad de la vivienda, la desaparición del "ascensor social", el duelo (siquiera sea formal) por la "pérdida de valores", con "la falta de percepción real de un punto de fractura creíble en la dinámica tendente a un crecimiento sin límites"¹⁵.

Esa percepción, que a lo largo de la crisis irá desprendiéndose de las más evidentes fantasías del pasado, seguía imaginando el proyecto de futuro sobre la satisfacción de necesidades y deseos, y subrayando primordialmente la fuente de cumplimiento de esa satisfacción: un trabajo seguro, estable y bien remunerado. Y ante la ausencia de ese trabajo, agravada por la quiebra de prestaciones del estado de bienestar, crecía la conciencia de un derecho adquirido escamoteado, se incubaban razones más que justificadas para la desafección de lo público, y no se veían más salidas que las individualizadas¹⁶: más resiliencia, más competitividad, más capacitación; con dos recursos privilegiados para la competencia: el manejo de las nuevas tecnologías y la posibilidad de desenvolverse en un mundo global.

Esos son los elementos que, ya percibidos en los discursos del inicio de la recesión, fueron tomando corporeidad (aunque sólo fuese como exigencias) a lo largo de los años difíciles, incidiendo profundamente en el proceso de transición y maduración de las y los jóvenes, y condicionando un clima social cargado de emocionalidad negativa. Un clima que iba a facilitar algunos cambios de calado en los valores, actitudes y comportamientos juveniles, que iba a dar la vuelta a muchas expectativas de futuro de esas personas, que iba a subrayar el protagonismo de los recursos individuales y a mitificar algunas capacidades, y que, consagrando la inevitabilidad de la competencia, iba a profundizar y multiplicar las brechas sociales.

¹⁴ Rodríguez, E., Ballesteros, J.C. y Megías, I. (2010)

¹⁵ Rodríguez, E., Ballesteros, J.C., Megías, I. (2010)

¹⁶ Martín, P., de Castro, C. y Calderón, D. (2020)

Quizás el mejor texto para encontrar, compendiada, la situación global de los y las jóvenes españoles tras el impacto de la profunda crisis socioeconómica es el Informe del INJUVE "Juventud en España", de 2012.¹⁷ Sus 5.000 entrevistas presenciales a hombres y mujeres de todo el territorio español, entre los 15 y los 29 años, realizadas además en un momento bastante inicial de la crisis pero cuando ya eran obviamente perceptibles los efectos destructores de la misma, arrojaban unos resultados que razonablemente podía pensarse que traducían de forma bastante exacta, tanto elementos de la situación residual como la huella de los primeros impactos del derrumbe socioeconómico, con todo lo que eso conllevaba.¹⁸

El estallido de la recesión se había producido en un contexto de progresivo envejecimiento de la población española, con una reducción patente de las cohortes juveniles. Reducción potenciada por la inversión del saldo migratorio condicionada por el retorno de jóvenes inmigrantes a sus países de origen, motivado por la crisis. Los hombres y mujeres jóvenes en España se sitúan a la cola de Europa en lo que se refiere a la tasa de natalidad y al momento de nacimiento del primer hijo (entre 20 y 29 años sólo el 11,4 % de españolas han tenido algún hijo; el porcentaje de varones en las mismas circunstancias baja hasta el 8,4%¹⁹), a la vez que están situados en puestos de privilegio (de los más bajos en Europa) en lo referido a índices de mortalidad y tasas de suicidios y accidentes. La crisis parece consolidar la tendencia a la emancipación tardía, siendo muy altas, de las más altas de Europa, las tasas de quienes seguían viviendo en el hogar familiar.²⁰ Este retraso emancipatorio no se beneficiaba del descenso en los costes de alquiler o venta de vivienda, que se habían reducido notablemente por el pinchazo de la burbuja inmobiliaria, porque la destrucción masiva de puestos de trabajo, con el consiguiente derrumbe de los recursos económicos, anulaba la posible mayor facilidad para salir del hogar familiar.

Acaso la variable más dramáticamente influyente en la situación de los y las jóvenes en 2012 venía determinada por la ya citada destrucción de empleo en esas franjas de edad, que llegó a suponer el paro de casi la mitad de personas jóvenes, algo más entre los varones, situación agravada por el incremento

¹⁷ Moreno, A. y Rodríguez, E. (2013)

¹⁸ Evidentemente hay otras fuentes, muy válidas, para apoyarse en la descripción de ese momento y, más aún, en la del más o menos logrado proceso de salida de esa situación, entre los jóvenes españoles. Es especialmente relevante el texto "Protagonistas y espectadores. Una mirada longitudinal sobre la juventud española", de varios autores y con coordinación de Sanmartín, A. y Fontcuberta, P. (2019), editado por el Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, de la FAD, con la colaboración de la Fundación SM. También, centrándose en los propios trabajos del Centro Reina Sofía, el artículo "Una década de cambios en la juventud española. Una lectura (parcial) desde el Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud", de Megías, E. (2019).

En el presente relato, para describir la situación, nos apoyaremos más en unas u otras referencias según la oportunidad, puesto que los indicadores son bastante coincidentes.

¹⁹ Informe Juventud en España 2012, de Moreno, A. y Rodríguez, E. (2013)

²⁰ En 2009, 84,8% de mujeres y 87,8% de hombres de 18-24 años siguen viviendo con sus padres (la media de UE27 es de 71,05% y 81,5% respectivamente). A la edad de 25-34, los porcentajes son de 29,8% (mujeres) y 41,1% (hombres) para España, y de 19,6% y 32,0% para la UE27. La tasa de jóvenes emancipados en España había crecido discretamente de 2005 a 2008, para ir descendiendo año a año hasta 2012, incluso por debajo de siete años antes (EPA 2005/2012).

Para esta cuestión, en la época que interesa, una referencia esencial es el texto de Ballesteros, J.C., Megías, I. y Rodríguez, E. (2012) "Jóvenes y emancipación en España". En él, además de un amplio análisis histórico del concepto y los diferentes modelos de emancipación según las perspectivas teóricas y metodológicas, se pueden encontrar datos sobre los múltiples aspectos implicados, series temporales de esos datos, comparación con otros países y análisis de la percepción y del discurso juvenil; más la descripción del impacto de la crisis económica de 2008 sobre todo ello.

del desempleo de larga duración y por la circunstancia de temporalidad históricamente asociada al trabajo de los y las jóvenes en España.²¹ Cabe destacar que la destrucción de empleo en sectores masculinizados llevó a igualar a la baja la tasa de paro de hombres y mujeres y esto tuvo consecuencias directas sobre las rentas familiares en su conjunto²². Con otra circunstancia agravante: la reducción del salario medio mensual, crónicamente más bajo entre las mujeres y ahora se homogeneizaba en la precariedad, que venía a incrementar la vulnerabilidad de los colectivos juveniles²³.

Ni que decir tiene que esa destrucción de empleo no se distribuía equilibrada y transversalmente, sino que afectaba muy especialmente a los grupos menos cualificados y socialmente más vulnerables²⁴, siendo de destacar el especial riesgo de las cohortes que abandonaron precozmente los estudios por el señuelo del empleo fácil de los años del espejismo financiero y de las burbujas²⁵, y que ahora se encontraban sin trabajo y en unas condiciones de debilidad absoluta para recuperarlo. De esa manera se fue profundizando una brecha social entre los y las jóvenes en función de su extracción social, de sus niveles formativos y de su capacidad de reconversión. Una brecha en tendencia de crecimiento y ampliación puesto que las soluciones que se preconizaban para recuperar la empleabilidad pasaban por la formación especializada, la apertura de fronteras al mundo y el manejo intensivo y prioritario de las nuevas tecnologías; obviamente tres salidas que no estaban por igual al alcance de todos y que parecían ir institucionalizando la existencia de un grupo de personas excluidas, de difícil encaje en la recuperación futura.

En la línea de esa creencia en las trayectorias individualizadas, concordando con la búsqueda de soluciones a través de los propios recursos que postulaba el discurso de los padres y madres en 2010, ante la situación descrita, se subrayan tres estrategias dominantes.

Primero, la continuidad del proceso formativo que se abandonó precozmente o que ya había alcanzado un nivel alto; los y las jóvenes vuelven a estudiar y a formarse, tanto para mejorar sus posibilidades de reincorporarse o de integrarse en el mundo laboral como para dar un cierto sentido a un tiempo que ha quedado vacío²⁶. Es una estrategia que parece tener sentido pero que,

²¹ Según EUROSTAT, en 2011, las tasas de desempleo en menores de 25 años eran en España 48,2% para los hombres y 44,4% para las mujeres (46,4% para el total). La media para UE27 era de 21,9%, 20,8% y 21,4% respectivamente. Los desempleados de larga duración, doce meses o más, entre los parados de 15-25 años eran el 32,4% en España, 2,3 puntos porcentuales más que en la Europa de los 27. El porcentaje de trabajadores temporales en esa población de 15-24 era del 61,4%; en UE27, el 42,5%.

²² Aguado-Bloise, E. (2019). Mujeres y hombres frente al desempleo. El caso español en la primera crisis del siglo XXI. Tirant Humanidades. Quaderns Feministes.

²³ Hasta el punto de que, según datos de EUROSTAT recogidos en el Informe de Juventud en España 2012, el porcentaje de población menor de 25 años en riesgo de pobreza en España alcanzaba el 30,6%, la tasa más alta de la Europa de los 27 después de Grecia, que sufrió muy especialmente el impacto de la crisis y de las medidas puestas en marcha.

²⁴ Lo cual no significa que los y las jóvenes más cualificados no sufrieran el desempleo. La tasa de paro de titulados universitarios en 2012 había crecido hasta el 23% (EPA, 2012)

²⁵ Según recoge el Informe de Juventud 2012, en 2008 abandonaron los estudios a los 15/16 años el 8,3% de chicos y el 7,2 de chicas en España. Más de la mitad lo hicieron porque preferían trabajar (53,6%) o porque encontraron un buen trabajo (10,6%).

²⁶ "Los y las jóvenes comparten una visión prospectiva que tiene más tintes negativos que positivos respecto al futuro... Sin embargo, hemos visto que, en términos generales, esa perspectiva no rechaza, en este momento, alguno de los postulados teóricos del modelo de contrato social, al menos en lo que se refiere a los referentes sobre el esfuerzo y la inversión formativa: en general tienden a pensar, quizá más en este momento que en los últimos años, que es necesario estar preparado o preparada para poder tener,

desde otra perspectiva, también está en el origen de algunos problemas, como la sobrecualificación, que han terminado por ser un elemento negativo en el modelo de empleabilidad juvenil.

En segundo lugar, la revalorización del papel y del significado de las redes familiares. La presencia de la cultura familista era un vector esencial de la sociedad española; los estudios de valores lo mostraban de manera reiterada y las realidades de la praxis social, desde los roles y la cohesión de la red hasta los retrasos históricos en la emancipación,²⁷ lo confirmaban hasta la saciedad. Ahora venía a reforzar ese modelo un conjunto de circunstancias sobrevenidas: la destrucción de políticas sociales, la desconfianza en las instituciones, la desvalorización de lo público; todo venía a confirmar que sólo la familia era fiable y podía ser un apoyo al enfrentar el muro de la integración, de la inclusión social²⁸ y de la recuperación de unos estándares mínimos de bienestar, empezando en muchos casos por la recuperación del hogar perdido.

Además, los y las jóvenes, probablemente muy en contra de lo que realmente deseaban, en la línea de lo que machaconamente se preconizaba desde instancias formales y oficialistas²⁹, parecían ir incorporando la necesidad de emprender³⁰. Las políticas de empleo y los discursos alrededor del ámbito laboral entronizaron a la figura del emprendedor como referencia ideal ante los problemas estructurales del mercado de trabajo en España³¹. Sin embargo, quienes emprendían más eran precisamente quienes estaban en mejores condiciones de capacitación, influencias y acceso a los mercados emergentes, fundamentalmente tecnológicos o mediados por la tecnología; algo que sólo poseía una minoría y que dejaba en la cuneta al gran grupo de potencialmente excluidos. Una vertiente más en la alimentación de la brecha social.

Todo esto en un clima social que, manteniendo los altos niveles de satisfacción con la vida característicos de los jóvenes españoles, siempre más elevados

al menos, alguna oportunidad de inserción sociolaboral. Y no la rechaza, ni en términos absolutos ni mayoritariamente, aunque sí cuestione las condiciones en las que debe (o puede) manifestarse el efecto del esfuerzo a realizar, en concreto a que la inversión o el esfuerzo realizados tengan una justa correspondencia con los logros a alcanzar o en las metas que puedan haber planificado" (Rodríguez, E. y Ballesteros, J.C. (2014)

²⁷ Las derivas del modelo de dependencia familiar son descritas por Gil Calvo, E., en el número 0 de la revista *Metamorfosis*, de marzo de 2014 ("El síndrome de dependencia familiar como encuadre de la agenda juvenil"). Gil Calvo describe un "déficit de movilidad" que condiciona el inmovilismo, doméstico, residencial, geográfico y laboral; un "déficit de capacidades", de la capacidad de decisión, de la autonomía, de los recursos de gestión y organización, de la comunicación y las habilidades sociales, del liderazgo; y un "déficit de compromisos y responsabilidades", en el plano convivencial y doméstico, pero también social y político.

²⁸ A pesar de que aumenta la importancia de las redes formales para buscar empleo, todavía la EPA de 2009 refleja que casi la mitad de jóvenes empleados encontró el empleo a través de redes familiares. Y el Barómetro del CIS (2911, septiembre 2011) apunta la importancia que los jóvenes dan a la familia y a las relaciones, frente a los recursos personales, para triunfar en la vida.

²⁹ Tan machacona resulta la insistencia, que el discurso juvenil empieza a traducir que lo que se le está diciendo es "búscate la vida porque de nosotros no te va a llegar la oportunidad de empleo". Un empleo del que se aspira a la seguridad y a la estabilidad, condiciones que se han volatilizado.

³⁰ Según la EPA, España tenía una de las ratios más bajas en el número de emprendedores. Desde 2010 este número aumenta ligeramente, llegando en 2012 (CIS 2012) al 8,2% de jóvenes que trabaja como autónomo o empresario. En ese mismo sondeo (CIS, para INJUVE, "Jóvenes y emprendimiento. 2012") aparece que la inmensa mayoría de los jóvenes empleados trabajan como asalariados fijos (35,1%) o eventuales ((54,5%). No obstante, quizás por influencia y presión del discurso social y oficialista, la misma fuente refleja que más del 46% del conjunto de jóvenes querían trabajar por cuenta propia.

³¹ Pascual, A. S., & Rodríguez, C. J. F. (2018). De la metáfora del mercado a la sinécdoque del emprendedor : la reconfiguración política del modelo referencial de trabajador. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 36(2), 207-224. <https://doi.org/https://doi.org/10.5209/CRLA.60694>

que los de sus coetáneos europeos³², mostraba desde 2009 claros indicios de empeoramiento³³. La mayoría radicalmente optimista de la precrisis había descendido entre diez y quince puntos porcentuales, y lo había hecho en la dinámica habitual de salvar lo propio: la bajada de satisfacción se cebaba en las circunstancias externas, la economía, la situación social, manteniéndose incólume la visión positiva de lo personal, de la familia o de las amistades.

Estos cambios suponían un emergente de algo más profundo, el impacto que la crisis estaba teniendo sobre la jerarquía de valores sociales. En lo referido a valores finalistas la jerarquía se había mantenido bastante estable en las dos décadas anteriores³⁴, apreciándose tan sólo, en el clima de euforia del aparente bienestar interminable de los años del principio de siglo, un énfasis aún mayor en los valores presentistas y hedonistas. Pues bien, la crisis supuso un dramático baño de realidad para una población que "compró" unos discursos sociales y políticos que le atribuían una parte importante de culpa y responsabilidad en la crisis (derrochar, vivir por encima de sus posibilidades, no preservar las mínimas garantías de futuro), y que se vio obligada a pagar la penitencia de los recortes económicos y de la vigilancia poco amable de las sociedades europeas teóricamente más austeras. Todo eso modificó perceptiblemente las prioridades valorativas del momento. En esencia lo que se produce, y que los y las jóvenes recogen y reflejan, es algo que parece coherente con las reacciones propias de la situación emocional del momento: reivindicación de las virtudes tradicionales, del esfuerzo, la prudencia, el ahorro; énfasis en los valores comunitarios, la solidaridad, el apoyo mutuo; crítica de las postulaciones más hedonistas; revalorización de las garantías de futuro, trabajo, seguridad, orden; rescate de los valores religiosos y, sobre todo, el surgimiento de una acción política de naturaleza radicalmente distinta de la habitual³⁵.

³² En una escala 1-10, según Jowell, R., recogido en el Informe de Juventud 2012, la satisfacción media con la vida en general de la población española (15/29 años) era de 7,6, mientras que la del resto de la UE era de 7,3.

³³ Según barómetros del CIS (2824 y 2927) las tasas de jóvenes de 18-24 que encontraban la vida bastante o muy satisfactoria era de 84,7% en 2009 y bajó más de 9 puntos tres años después. En la población 25-34 años la bajada fue de casi 16 puntos.

³⁴ Puede comprobarse en los informes de la Fundación SM y, sobre todo, en la serie de estudios sobre valores de la FAD. En cabeza del ranking, los valores familistas, seguidos de los que garantizaban el bienestar personal y la seguridad para disfrutarlo; luego, un paquete de valores hedonistas entremezclados con otros, altruistas (que aparecían más bien como algo ideal, desiderativo), para finalizar la ordenación con los políticos y los religiosos.

³⁵ Estos cambios son perceptibles desde el momento en que el colectivo social asume la realidad y la dimensión de la crisis, a partir de 2010; pero se recogen con amplitud y rotundidad en un estudio de la FAD, de 2014, con campo en 2012, "Jóvenes y valores. Una tipología", codirigido por Elzo, J. y Megías, E.

En él se advierte una modificación en la jerarquía de valores finalistas coherente con el clima emocional del momento: una aspiración a la recuperación de la situación de supervivencia y bienestar que se estaba perdiendo (el trabajo, los recursos del estado de bienestar); un rescate de valores tradicionales (esfuerzo, prudencia, contención), cuya carencia se suponía que había facilitado la crisis; una desvalorización de las postulaciones más presentistas, del hedonismo más descarnado; una imagen desiderativa de unos hombres y mujeres jóvenes dotados de virtudes tradicionales; una reivindicación del orden y la seguridad que tranquilizaran algo las inquietudes del futuro; y una revalorización de los valores religiosos y de una forma diferente de vivir y hacer la política.

En otro estudio que analiza el discurso de los jóvenes (Megías, I., 2014, "Jóvenes y valores (II). Los discursos"), se confirma lo anterior en la medida en que se denuncian contravalores (inestabilidad, incertidumbre, injusticia, inmadurez, desmotivación o desconfianza) y se reivindican valores positivos.

También (Elzo, J. y Megías, E., codirectores, 2014) se aprecian importantes cambios en los valores morales, con una rigidificación de las condenas ante todo lo que supusiera una agresión a la seguridad del colectivo, incluso con un incremento del porcentaje de jóvenes defensores y defensoras de la pena de muerte para delitos graves; y una enfatización de las demandas dirigidas a la protección y el aseguramiento de la sociedad global y de las prestaciones que se estaban perdiendo, con olvido relativo (por mucho que formalmente se revalorizaran las exigencias de solidaridad) de las minorías, sobre todo de aquéllas más o menos excluidas.

Este último aspecto, referente a la política y al activismo, obviamente impulsado por la profunda desconfianza en la política institucional³⁶ y por el dramático impacto de la crisis sobre la vida y las expectativas de futuro de los y las jóvenes, no dejaba de ser representado sólo por una minoría del colectivo, si bien una minoría que había crecido con intensidad³⁷. En todo caso, lo que no se modificó o lo hizo muy escasamente, fue la adscripción de los y las jóvenes a las organizaciones sociales y políticas, algo que venía muy de atrás y que no era privativo de España³⁸. Nos referimos a las organizaciones sociales y políticas de carácter partidista, que otra cosa era el atractivo por unas plataformas de naturaleza más flexible, con objetivos fluidos y dinámicas asamblearias (todo ello en sus etapas iniciales), que protagonizadas por minorías muy activas llegaron a dominar el imaginario juvenil y a representar un paradigma revolucionario en la manera de hacer política: rechazo de lo institucional, denostación de partidos y definiciones ideológicas tradicionales, objetivos transversales no acotados, espontaneismo, utilización rápidamente creciente de la comunicación online, ruptura del statu quo partidista, etc. Todo lo que vino a ser representado en ese fenómeno inicial que fueron las movilizaciones del 15M.

En el primer trimestre de 2011, en ese clima de problemas y desesperanza alimentado por la gran recesión en el que se situaba gran parte de la población española, y más acusadamente los y las jóvenes, se produjeron unas movilizaciones de protesta por la precariedad laboral, la falta de expectativas, las estrategias del Gobierno y de los partidos políticos, el recorte de las prestaciones o las normas de control social. Son movimientos en los que queda manifiesto el protagonismo, en las convocatorias y la participación, de una franja de jóvenes universitarios, y en los que el activismo internauta juega un papel esencial. Ya en mayo, sin que apareciera como una estrategia calculada, surgió un movimiento de movilización y ocupación de espacios públicos, que pasaron a ser foros abiertos, informales y asamblearios, donde se discutían los problemas, se analizaba críticamente la política oficial y se planteaban posibles acciones de ruptura y de cambio. El movimiento, iniciado en Madrid y que se extendió rápidamente a otras ciudades, se mantuvo vivo durante varias semanas y dio pie al desarrollo de diversas fórmulas (círculos, plataformas) de mantenimiento de las acciones y de intento de traslación de las deliberaciones, decisiones y posturas, al espacio de la acción social operativa, siempre al

Quizás entre lo más llamativo de este horizonte, esté la aparición de un grupo significativo de jóvenes (ya se había anunciado, con menor claridad, en investigaciones de años anteriores) que combinan una intensa desafección institucional y un rechazo de la política formal con un renovado e intenso interés por una nueva manera de entender y participar en lo colectivo, algo que va a tener un importante recorrido en los años sucesivos.

³⁶ Los sondeos del INJUVE (Informe de Juventud 2012) muestran que entre 2008 y 2012 se habían hundido los índices de confianza institucional para todos los organismos propuestos. Concretamente, en una escala 1-10, las medias de confianza en los partidos políticos bajaron de 3,8 a 2,92; las de los sindicatos, de 5,1 a 4,0; las de los políticos, de 3,6 a 2,8; las de la justicia, de 4,8 a 4,1; las de la monarquía, de 4,9 a 3,8. Y así, para las fuerzas de seguridad, las administraciones, la UE, etc., etc.

³⁷ Según estudios y sondeos del INJUVE, reflejados en el Informe "Juventud en España 2012", el "interés por la política" (mucho+bastante) creció desde un 23,2% del colectivo en 2004 hasta el 40,7% en 2012. Igualmente, puede contrastarse en el mismo Informe, aumentaron el interés por la información y los debates, y la participación en acciones de carácter político: de política formal (54,5 % vota en las elecciones), de acciones legales de reivindicación (entre el 21 y el 27% participó en una huelga o una manifestación), de activismo más o menos simbólico (10/15% mensajes en internet, ostentación de símbolos, boicots a productos, etc.), e incluso de acciones ilegales de protesta (6,3%).

³⁸ No más del 5% de jóvenes en España colaboran con un partido o grupo activista. En el resto de la UE, no llegan al 3% (referencia del Informe de Juventud 2012, extraída de Jowell, R., coord., European Social Survey, 2010).

margen y en oposición a los cauces establecidos para las estrategias políticas.

El movimiento, que no tardaría en tener que enfrentarse a difíciles retos, consiguió algunos logros esenciales, más allá del desvelamiento y la denuncia de problemas y mala praxis institucional: por un lado, el interés y la atención mediática, que expanden su discurso, dio a éste carta de naturaleza y terminó por convertirlo en "el discurso de los jóvenes"³⁹; por otro, el apoyo de amplios grupos de ciudadanos, de diferentes perfiles, logró sostener la dinámica activista, hasta el punto de, con el tiempo, llegar a modificar la estructura y las estrategias de la política tradicional.

En ese mundo que, desde el recuerdo de las "glorias recientes", se veía severamente lastrado por problemas dramáticos, limitado en sus recursos y abandonado por el estado protector; en ese mundo enormemente desigual y fraccionado, en rápida evolución, pero en el que el desarrollo social previsto se había visto interrumpido; en ese mundo, tuvo que desenvolverse una generación de hombres y mujeres jóvenes, muy diversa, y con oportunidades, capacidades y recursos muy poco homogéneos. Era una generación que, sobre todo, compartía la frustración y la sensación de haber sido estafada con promesas incumplidas, y que acaso se sentía debilitada y frágil por la pérdida de las facilidades de la burbuja familiar y social.

En esa tesitura, las reacciones, las estrategias de salida, fueron forzosamente muy diversas: el retorno a la tradición idealizada y a sus valores, el refugio en el ámbito protector de la familia, el cuestionamiento y la denuncia, el esfuerzo para sobrevivir, la protesta organizada, la censura y la renuncia a algunas de las propias aspiraciones, la aceptación de riesgos recién estrenados, la demanda de un entorno seguro, la apertura al mundo, el activismo político, el compromiso con la acción común, la asunción de la inseguridad de tener que protagonizar la propia vida, la negación de las responsabilidades, los desafíos de la igualdad, la necesidad de convivencia con el diferente, la valentía de no resignarse al fracaso, a la discriminación de género, al malestar personal y colectivo... Todo un mundo en crisis en el que los y las jóvenes fueron síntomas y a la vez protagonistas de lo que iba sucediendo. Como destacan Beck y Bech-Gernsheim (2008), a pesar de que no podemos hablar de la existencia de una conciencia generacional global que abarque a toda la juventud en diferentes contextos sociales, sí que establecen tres constelaciones generacionales compartidas de esta nueva "generación global": la expectativa de igualdad de derechos, la emergencia de nuevas formas de pertenencia transnacionales y el asentamiento de una incertidumbre generalizada sobre el futuro, en el marco de un sistema postfordista y neoliberal.

³⁹ Más que "de los jóvenes" sería el de un grupo amplio, "de ciudadanos airados", no sólo de jóvenes. Según el Sondeo del CIS (2011) "EJ160, INJUVE", en las ocupaciones del 15M participó un 14,3% de chicos y chicas de 15-29 años, y en las convocatorias posteriores un 21,0%. Eso sí, alrededor de seis de cada diez jóvenes se sintieron muy o bastante interesados por el movimiento y sus propuestas, y veían positivas las actuaciones. Entre la minoría joven que participó abundaban los mayores de 20 años, universitarios, de clase media-alta y autoubicados hacia la izquierda; no se apreciaban diferencias de género en el perfil. Citadlo

4. EL DESARROLLO Y LA SALIDA DE LA CRISIS. EMPLEO Y EMANCIPACIÓN.

4. EL DESARROLLO Y LA SALIDA DE LA CRISIS: EMPLEO Y EMANCIPACIÓN

Diez años después del estallido de la crisis el segmento juvenil era cada vez menos relevante desde la perspectiva cuantitativa; las cohortes de 15-29 años apenas superaban el 10%, tanto de hombres como de mujeres. Eran menos, y muy diferentes, más complejos; jóvenes de culturas mezcladas, muchos de ellos hijos e hijas de padres extranjeros o de parejas mixtas⁴⁰, que estaban creciendo o habían crecido mayoritariamente sin hermanos o sólo con uno, en hogares cada vez más variados y diferentes de los tradicionales.

Además, los flujos migratorios estaban matizando esa situación demográfica. Hasta 2008 el flujo migratorio de jóvenes fue extremadamente positivo por la atracción que suponía la expansiva situación económica; a partir de ese año, con la crisis, comienza una vuelta a sus orígenes de las familias de inmigrantes, en un proceso que sigue incrementándose a lo largo de los cinco años siguientes. Durante ese periodo también se hizo perceptible una salida al exterior de jóvenes españoles, que aumentó y que persistía incluso después de 2015, cuando teóricamente ya estaba más que iniciada la recuperación de la crisis. De hecho, en 2019, el INE recoge la salida de más de 23.000 jóvenes (20-35 años), sobre todo a los países europeos con más oportunidades laborales o formativas, y el regreso a España de menos de la mitad.⁴¹

Fue este colectivo de jóvenes quien debió sufrir, y enfrentar como pudo, la grave recesión que describíamos, en mayor medida que otras cohortes etarias. Entre 2008 y 2014 el empleo juvenil se derrumbó: el paro en la franja etaria de 15 a 24 años llegaba al 58% en 2014, y el pico máximo entre 25 y 29 se alcanzó en 2012, el 35%. A partir de esos momentos se inició una difícil y lenta recuperación, que consiguió bajar los niveles de desempleo en 2019, hasta el 17% de los jóvenes de 25 a 29 años y el 27% de los de 15 a 24. Esta situación estaba agravada por el hecho de que las tasas de desempleo de larga duración, de doce meses o más, eran de las más altas de Europa, tras Grecia e Italia.

Además, incluso a partir del inicio de la recuperación, no se corrigieron en absoluto los elementos de precariedad que lastraban históricamente en España el empleo juvenil; se mantuvieron e incluso se incrementaron. En gran medida puede afirmarse que la exigua recuperación de ese empleo se hizo a base de institucionalizar y extremar las condiciones de inseguridad, temporalidad, parcialidad involuntaria y pobreza salarial del trabajo de los y las jóvenes.⁴²

⁴⁰ Desde 2007 a 2017 los porcentajes anuales de menores nacidos de pareja extranjera han oscilado entre el 13 y el 15%; los de parejas mixtas, han crecido en ese periodo del 7 al 15%. (INE 2019).

⁴¹ Las cifras del flujo migratorio son muy discutidas porque una gran cantidad de personas no se registran en los órganos administrativos correspondientes a cada caso.

⁴² Según datos recogidos en Informe Juventud en España 2016, a partir de la EPA, las tasas de temporalidad en el trabajo de la población joven se mantuvieron, tanto en hombres como en mujeres, alrededor del 55% (al inicio de la crisis, 2008, las tasas eran de unos diez puntos menos). Las de empleos parciales, también en 2016, eran de algo más del 20% en los hombres y del 35% en las mujeres. Entre esas personas con contratos parciales, en más del 60% de los casos se trataba de una situación forzada, involuntaria (Ballesteros, J.C., 2019, en Sanmartín A. y Fontcuberta P., coordinadoras, 2019).

El salario medio anual de los jóvenes (16-29) había descendido (Informe de Juventud 2016) desde unos 13.500 en 2008 hasta 11.200 en 2013 (aproximadamente la mitad del salario medio de la población general). Ninguno de estos indicadores mejoró sensiblemente en los siguientes años.

En esta situación, de profunda crisis y trabajosa y raquítica recuperación, no sorprende que, tras la etapa inicial que ya describimos, durante la que se negaba una parte del problema estructural esperando al cambio de ciclo, se entrase en otra "cuando la crisis se instala definitivamente" y se apuntan "atisbos de la quiebra de la idea de progreso"⁴³. La segunda etapa plantea ya un importante cambio cualitativo, "no se percibe sólo como un asunto económico, sino que afecta a cuestiones sociales, institucionales y estructurales claves". Se consolida la frustración de la idea de futuro, se institucionaliza el pesimismo social y personal, se da por enterrado el estado de bienestar tal cual se conocía, se descrea del proceso de ascensor social, y se da por descontado que la trayectoria existencial propia, muy probablemente precaria, tendrá que moverse entre inseguridades, rivalidades y falta de más apoyos que los que cada cual, y su red familiar, sepan procurarse⁴⁴. Es una situación que va creando un clima actitudinal en unos jóvenes que asumen que vivirán peor que sus padres⁴⁵ y que deberán instalarse, como mejor puedan, en lo que se denominó una "vida low cost".⁴⁶

La institucionalización de este estado de cosas y su ratificación por los análisis y previsiones de los expertos se vieron ratificadas en un estudio Delphi promovido por el Centro Reina Sofía⁴⁷. En 2014 los expertos coincidieron en que, aunque se hubieran conseguido mejorías, en los siguientes cinco años no se habrían recuperado los niveles de bienestar ni las prestaciones públicas de 2008, las mejoras en el empleo no se habrían extendido al colectivo juvenil, que seguiría lastrado por problemas estructurales (temporalidad, paro, parcialidad involuntaria, precariedad), y sobre esas características se habría consolidado un nuevo modelo mercado; tampoco se mostraban optimistas respecto a las soluciones preconizadas para aliviar lo anterior: mejora de la formación profesional y del enfoque de la educación, colaboración de las empresas, medidas de fomento del empleo juvenil, etc. Además, se insistía en el proceso de crecimiento de las desigualdades, en la vida y en las oportunidades, de los diferentes grupos sociales; y se concluía: "...Se está manifestando la crisis de un determinado modelo financiero y socioeconómico".

Es obvio que la situación no era homogénea ni se daba transversalmente en el colectivo juvenil. Ya hemos apuntado que la crisis extremaba las desigualdades y gravitaba de forma especial sobre los grupos más vulnerables, sobre las clases sociales más desfavorecidas, con menores niveles de preparación, menos reservas protectoras, menos recursos de recuperación y redes de apoyo más frágiles. Esos colectivos también estaban peor dotados para incorporar, y para hacerlo con eficacia, esas estrategias que se preconizaban para la superación de la crisis: la optimización de las capacidades y la formación, la apertura a un mundo global, la utilización prioritaria de las tecnologías digitales y la imaginación (más la

⁴³ Lo dice Rodríguez, E. (2016) y lo amplia Cebrián, I. (2016), en Escudero, R., editor, y VV.AA. (2016), "Jóvenes y empleo. Una mirada desde el Derecho, la Sociología y la Economía"

⁴⁴ Rodríguez, E. (2016), en Escudero, Ricardo, editor, y VV.AA. (2016).

⁴⁵ El Barómetro Juvenil del Centro Reina Sofía, de abril de 2017, refleja que más del 45% de chicos y chicas de 15/29 años cree que no va a mejorar la situación económica del país, incluso que empeorará (20%). Casi la mitad de encuestados piensan que tienen menos oportunidades laborales que sus padres, porcentajes significativos (entre 20 y 40%) que deben asumir la precariedad laboral inevitable, o que tendrán que emigrar para encontrar trabajo.

⁴⁶ "Así, desde una inseguridad que marca los argumentos, se ponen en suspenso antiguas certidumbres y se revisan a la baja las expectativas... Es entonces cuando se asume la inevitabilidad de estar instalados en una vida low cost". Megías, I. (2014)

⁴⁷ Gentile, A., Sanmartín, A, y Hernández A.L. (2014).

ambición, los recursos y los apoyos) para buscar y construir los propios nichos laborales. Es evidente que esas condiciones siempre se reparten desigualmente y crean importantes brechas sociales; unas brechas que, precisamente porque minoran las posibilidades de recuperación, y a falta de políticas restaurativas en un contexto de debilitación de los apoyos públicos, no hacen sino profundizarse a lo largo de la crisis.

Ya apuntamos que unas reacciones iniciales frente a la caída del empleo fueron las dirigidas a recuperar o prolongar la formación, maniobra perceptible en los indicadores de la época. Sin embargo, visto en perspectiva, parecería que ese recurso fue fundamentalmente válido para quienes ya tenían unos niveles académicos altos; y que, por ese camino, algunas de esas personas llegaron a una excelencia que facilitó el acceso a trabajos de élite, a veces a costa de tener que emigrar, y otras consiguieron unos empleos para los que estaban claramente sobre cualificadas. Por el contrario, quienes con la vuelta a los estudios trataron de recuperar un proceso abandonado precozmente, no parece que se beneficiaran con claridad de su esfuerzo; al menos no hasta el punto de convertirse en ejemplo estimulante para evitar que otros repitieran esa interrupción temprana.⁴⁸

La incertidumbre y la inseguridad laborales se mostraban claramente durante este periodo, habiéndose incrementado notablemente el miedo a quedarse sin trabajo en el plazo de un año.⁴⁹ Además, la forma más confiable para encontrar empleo, sobre todo en las clases sociales bajas era a través de las redes familiares y de amistad; hasta un 40% de los trabajadores de esa clase social decían haberse colocado de esa forma en el Informe Juventud en España 2016.

Pese a todo ello, los jóvenes discriminaban sus críticas y sus expectativas al referirse al país o a ellos mismos; la definición de problemas, las soluciones factibles, la evolución de la situación, el futuro imaginado, los niveles de satisfacción, son siempre más benévolos y favorables cuando tienen como referencia lo personal.⁵⁰ Esto no sorprende cuando es sobradamente conocido que, más allá de las diferencias que en todo caso establecen los mecanismos de proyección y defensa (lo malo siempre tiende a situarse fuera), el grupo juvenil se muestra en todos los estudios, nacionales e internacionales, como más optimista y satisfecho que la población general⁵¹. Lo cual no impedía que cuatro de cada diez jóvenes estuvieran convencidos de que vivirían peor que sus padres y que no

⁴⁸ Según datos del Ministerio de Educación, recogidos en el Informe Juventud en España 2016, las tasas de abandono escolar temprano (18-24 años) eran en 2006, en el periodo precrisis, del 30,3% (36,7% en los hombres y 6% en las mujeres). En 2015 seguían siendo del 20,0 % para el total (24,0% hombres y 15,8% mujeres).

⁴⁹ Según datos de los Informes Juventud en España 2016 y 2020, en 2008 el 47% de la muestra de jóvenes ocupados encuestada creía "nada probable" perder su trabajo en el siguiente año; esa tasa desciende hasta el 26,9%, casi la mitad. En 2019 el porcentaje que teme perder el empleo sigue siendo del 27,1%. Es evidente que la supuesta recuperación económica no se traduce en un aumento de la seguridad de los y las jóvenes de poder mantener su actividad laboral.

⁵⁰ En el Barómetro Juvenil del CRS, de 2017, el 48% cree que en el plazo de un año la situación del país seguirá igual y el 25% que habrá empeorado; en cambio, respecto a la situación personal, el 35% la imagina sin cambios mientras casi el 50% prevé una mejoría.

⁵¹ En el Informe de Juventud de España 2016 aparece que grandes mayorías de jóvenes, hasta por encima del 80%, se muestran altamente satisfechos con distintos aspectos de su vida y su futuro; tan sólo en relación con la situación económica y el trabajo los niveles de alta satisfacción descienden por debajo del 50%. Con "la vida en general" el porcentaje de alta satisfacción a los 18/34 años es del 77%. Sólo en los años más duros de la crisis, alrededor de 2012, cuando la media de satisfacción (escala 0-10) de los jóvenes con su vida, que habitualmente oscila alrededor de 7,5, decae un punto, se sitúa al mismo nivel que la de la población general, recuperándose con cierta rapidez hasta los niveles históricos.

podrían garantizar el nivel de bienestar de sus potenciales hijos.⁵²

Ni que decir tiene que todo lo descrito hasta aquí sobre cómo la crisis estuvo articulada sobre la situación económica y laboral, influyó de manera contundente sobre el tránsito a la vida adulta y, más concretamente, sobre la emancipación. Ya dijimos que el histórico retraso en la emancipación de los jóvenes (más de ellos que de ellas), había ido equilibrándose lentamente en España hasta que la gran recesión revertió la tendencia, volviendo a ralentizar los procesos emancipatorios. Esta interrupción del proceso por razones estructurales, básicamente el desempleo con su lógica disminución de autonomía económica, la falta de políticas públicas de apoyo y acompañamiento y el precio de la vivienda, viene a demostrar el peso de esos factores en el entorpecimiento y la fragilización de los procesos de transición y de la dinámica emancipatoria. Pero que esa situación diferenciadora de España y otros países se diera también en periodos de bonanza económica mostraba la existencia de otros factores de índole cultural, fundamentalmente familistas⁵³. En todo caso, ese retraso en el proceso emancipatorio, determinado por el estallido de la crisis, no hizo sino afianzarse. La edad media de emancipación (28,3 años en 2009) se había retrasado hasta 29,5 años en 2019; entre 2011 y 2019 el porcentaje de jóvenes de 18/34 años que seguía viviendo en el hogar de sus padres había pasado de 53,3 a 64,5%.⁵⁴ Prueba inequívoca, reforzada por los datos de empleo, de que la salida de la crisis, perceptible por los indicadores globales a finales de la década, no había incluido a la población juvenil.

⁵² Benedicto, J., Echaves, A., Jurado, T., Ramos, M. y Tejerina, B. (2017); y Rodríguez, E. y Ballesteros, J.C., (2014).

En una lectura algo más cuantitativa, el Informe Juventud en España 2020, de Simón, P. (Dir.), Clavería, S., García-Albacete, G., López, A. y Torre, M. (2021), señala que alrededor del 20% de jóvenes ha empeorado respecto a la clase social de sus progenitores; aproximadamente uno de cada tres mejoró la posición, y más o menos la mitad la mantiene.

⁵³ Tal como describen Ballesteros, J.C., Megías, I. y Rodríguez, E. (2012), en el contexto de razones históricas del troquel familista había ido instalándose en las dos últimas décadas una dinámica de relación y valores que habían construido una nueva manera de estar en familia, una familia que pasaba de una organización patriarcal a una dinámica de negociación flexible, en la que era posible ser independiente aún en una situación de teórica dependencia. De esa forma las razones para la autonomía se debilitaban y desaparecían las premuras para emanciparse; mucho más puesto que, coherentemente con lo anterior se habían flexibilizado las formas de convivencia y se habían retrasado la edad media de emparejamiento (también, si es que se daba, la de nacimiento del primer hijo)

⁵⁴ Datos de Eurostat. Por su lado, el último Informe de Juventud de España refleja que en 2019 el 63,6 % de jóvenes (15/29) vivía con sus padres o suegros, el 24,4% en su propia casa y 8,9% en pisos compartidos. En ese año, como en todos los anteriores, las chicas se emancipan algo antes y en ligeramente mayor porcentaje en cada tramo de edad, probablemente por razones ligadas al emparejamiento.

5. EL DESARROLLO Y LA SALIDA DE LA CRISIS: EDUCACIÓN Y ESTILOS DE VIDA

5. EL DESARROLLO Y LA SALIDA DE LA CRISIS: EDUCACIÓN Y ESTILOS DE VIDA

Ya se comentó que la bonanza previa a la quiebra económica facilitó el abandono precoz de la etapa de formación; una vez instalada la recesión, quienes pudieron hacerlo retornaron al proceso educativo, en un intento lógico de aprovechar el tiempo y optimizar posibilidades.⁵⁵ Evidentemente la prolongación de los estudios estaba también condicionada por otras variables básicas: el género (las mujeres tienden a alargar su educación), y sobre todo la clase social y el contexto familiar. Además, la prolongación está relacionada con el éxito escolar que vaya acompañando al proceso, lo cual vuelve a estar influido por factores de clase.

La representación social de la educación en España, en todos los niveles académicos, está cargada de críticas y descalificaciones, agravadas por los considerados malos resultados en las listas internacionales de calidad (PISA, rankings de universidades...): falta de recursos, desconsideración social de los enseñantes, déficits en el aprendizaje de idiomas, técnicas memorialísticas, problemas endogámicos en las universidades, etc. Los y las jóvenes participan de esta representación y, no con poca frecuencia, tienden a ver su paso por el proceso de formación como algo instrumentalmente necesario para el acceso al trabajo pero que apenas le va a capacitar o a preparar para ese futuro; más aún en tiempos de precariedad laboral: hay que hacer méritos (y un título, cualquier título, lo es) y hay que renunciar a exigencias (entre otras la de trabajar en aquello para lo que, en teoría, se ha dirigido la formación académica). Los alumnos se quejan de que ni la formación profesional funciona, ni la enseñanza básica es preparación para nada, ni la educación universitaria se dirige a capacitar para las tareas futuras⁵⁶.

Y los docentes no andan muy lejos de esas opiniones. En un estudio Delphi promovido por el Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, en el que participó un amplio grupo de profesores de todos los niveles, orientadores, técnicos de las organizaciones civiles orientadas a la educación y funcionarios, los resultados mostraban consensos severamente críticos; si bien, como es habitual en los discursos en España, el nivel de descalificación y rechazos se atemperaba bastante cuando se descendía al nivel de los elementos concretos: no es que no se criticasen muchas cuestiones operativas pero también aparecían visiones más benévolas y, en todo caso, los señalamientos negativos no eran ni tan generales ni tan agresivos como cuando se dirigían a estrategias

⁵⁵ Según la base de indicadores del Centro Reina Sofía, dos años después del proceso de enseñanza obligatoria (18 años) seguía estudiando el 68% de los jóvenes de esa edad en 2004, el 70% en 2009, el 75% en 2010, y el 80% en 2016; idéntico porcentaje que en 2019.

En los niveles de educación terciaria, en 2009 había un 38% de los jóvenes de 25/29 años, un 38,4% en 2011, 42,1% en 2016 y 50,2% en 2020.

Desde otra perspectiva, la edad media de transición escolar se retrasa año y medio entre 2007 y 2015, lo cual debe ser relacionado con la dificultad de emplearse y con la continuidad de los estudios. Sánchez Galán J. y Mínguez, A. (2018), "La transición escolar en España: un análisis de desigualdad y diferenciación", en *Metamorfosis*, nº 8.

⁵⁶ Megías Quirós, Ignacio, & Ballesteros Guerra, Juan Carlos. (2016). Jóvenes y empleo, desde su propia mirada. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, Fad. DOI: <http://doi.org/10.5281/zenodo.3663577>

o categorías globales⁵⁷. Lo que resulta innegable es que la visión formal, la percepción compartida por educandos y educadores, apoyada además en elementos de realidad, y en un contexto de crisis socioeconómica, suponía una losa actitudinal que gravaba seriamente las posibilidades de cambio.

Acaso el problema más grave, y crónico, de la escolarización en España es la alta tasa de abandono escolar temprano, el elevado porcentaje de jóvenes que interrumpe los estudios sin haber alcanzado los mínimos idóneos para una transición exitosa⁵⁸. Pues bien, ese abandono temprano disminuyó de forma continuada a lo largo del periodo que estudiamos, si bien, tal como refleja el ISDJC, se mantiene en cotas inaceptables, por encima de las de los países europeos de nuestro entorno⁵⁹. De igual modo, aunque varios países del sur y este de Europa presentan tasas más elevadas que España, el porcentaje de jóvenes que ni estudian ni trabajan sigue siendo muy preocupante.⁶⁰

Otra cuestión es la referida a la sobre cualificación, la situación de desempeñar un trabajo muy por debajo de la cualificación alcanzada, que es frecuente entre los jóvenes. La escasez en las ofertas de empleo y la tendencia a seguir estudiando para mejorar las oportunidades de competir (algo que confirman los datos empíricos: se emplean más fácilmente las personas con titulaciones superiores) están en la base de este fenómeno que no deja de provocar desajustes en el mercado laboral y problemas en las personas que viven esas situaciones.

Más allá de todo lo anterior, en estos momentos y a lo largo de toda la etapa que estamos analizando, los déficits de las dotaciones escolares, el desigual acceso a las mejores instituciones, el nivel de incentivación familiar y otras circunstancias sociales hacen que la educación tienda a reproducir y perpetuar diferencias de clase.⁶¹

⁵⁷ En este estudio Delphi (Sanmartín, A. (coord.); Prat, C.; Rodríguez, M.A.; Rubio, A.; Jover, G. (2016) "La educación en España: el horizonte 2020"), editado por el CRS, se muestra una profunda desconfianza frente al futuro de la educación española, basándose en tres debilidades no resueltas: "será insuficiente el apoyo presupuestario para la educación, no mejorará el nivel de excelencia ni la imagen de los profesionales por falta de estímulos y reconocimiento, y no se logrará un pacto social y político que libere a la educación de los avatares partidistas". Como se indica en el texto, sobre este fondo profundamente pesimista se sitúan proyecciones de cambio que, pese a todo, muestran que el campo educativo está vivo y que la crítica no presupone inercia.

⁵⁸ El abandono escolar está influido por un mercado laboral que ofrezca facilidades para un empleo precoz, aunque sea precario, y por circunstancias de clase y de contexto social. Y también por la calidad y el éxito en el proceso educativo; en este sentido son muy preocupantes las bajas tasas de idoneidad, de alumnos que cursan el nivel correspondiente a su edad. En el Informe de Juventud 2016 se cita que, en el curso 2013-2014, el 36% de los alumnos de 15 años no estudiaban el curso que les correspondía por edad.

⁵⁹ Según datos de la EPA, el abandono escolar en España fue del 30,3% en 2006, del 28,2% en 2010, del 20,0% en 2015 y de 17,3% en 2019.

⁶⁰ Según EUROSTAT, citado en Informe de Juventud en España 2020, esta tasa es del 16% en España. Tras la pandemia, en 2020, el porcentaje habría subido hasta 17,3%, 2,4 puntos más que el año anterior.

⁶¹ Así lo muestra el Informe de Juventud en España 2020, trabajando análisis multivariados y técnicas de regresión logística. Obviamente no es la escuela la única responsable de esta escasa movilidad social pero su intervención es innegable por diversas razones: por la inequidad en la segregación del alumnado, por los déficits del sistema público que atiende a las clases más desfavorecidas, por la falta de permeabilidad entre las clases sociales que discrimina las redes de relación y apoyo, por la inadecuación de los currícula escolares para preparar para el trabajo, por las carencias de una formación profesional que facilitara el ascenso social de los más desfavorecidos, etc. De hecho, con datos que se reflejan en el Informe citado, alrededor de la mitad de la población joven está inmovilizada en la clase social de origen, un 30% ha mejorado la clase social de sus progenitores, y un 20% ha empeorado, ha perdido estatus de clase.

Por supuesto que la escuela juega un papel, no menor, en la transmisión de valores y modelos sociales, tanto por su acción directa como por ser un espacio privilegiado de socialización horizontal, más aún desde el momento en que el espacio familiar se hace más fluido y menos significativo. Los valores sociales dominantes tras el impacto de la recesión⁶² no se modificaron de manera clara a lo largo de la década. Los diferentes estudios⁶³ muestran una "continuidad matizada", y relativamente pocos cambios con un mínimo calado: pierde algo de peso el papel de la familia, se refuerzan los valores reactivos a la crisis (importancia del trabajo y de los elementos básicos del bienestar, necesidades de seguridad ante la confusión y la incertidumbre, aspiración a valores solidarios ideales), se mantiene la tendencia a la flexibilidad moral frente a lo personal (identidades sexuales, modelos de emparejamiento, disposición del propio cuerpo, eutanasia...) y, contrariamente, se aspira a un reforzamiento de los controles ante las conductas que, directamente o a través de la agresión al grupo, lesionan los intereses del individuo o de la colectividad. Se mantenía el interés por la política, conviviendo con la progresivamente mayor desafección institucional y con un clima de cierto desengaño. Un interés renovado por la política que no se trasladaba al hecho religioso, sujeto a una creciente desafección; según datos del CIS, entre 1975 y 2019, el porcentaje de jóvenes de 15/24 años que se declaran católicos había bajado 24 puntos (del 68 al 44%)⁶⁴; dato paralelo al derrumbe de la confianza institucional en la Iglesia.⁶⁵

El discurso juvenil sobre valores⁶⁶ muestra, desde las vivencias de pérdida (de oportunidades, de seguridad, de transiciones ordenadas...) una apelación enfatizada al pragmatismo, a la adaptación a las exigencias del presente; unas exigencias que obligan a no plantearse escenarios de futuro, a rehuir el compromiso, a redefinir el espacio de libertad (ocasionalmente desplazándolo a lo online) y a reclamar trayectorias propias y derecho a equivocarse en el proceso. En los discursos, no en el de todos, claro, persiste el interés por lo colectivo y el descreimiento de lo institucional, y aparecen tres grandes objetivos, por los que merece la pena movilizarse: la igualdad de género y la lucha contra el machismo y la violencia que conlleva; el ecologismo y la preocupación por el medio ambiente; y la aceptación de la diversidad (fundamentalmente sexual y cultural).

⁶² Descritos en las notas 31 y 32.

⁶³ Proyecto Scopio (2017); González-Anleo, J.M. y López, J.A. (2017); Megías, I. (2019); Sanmartín, A. y Fontcuberta, P. (coordinadoras) y VV.AA. (2019); Fontcuberta, P., González-Anleo, J.M., Ballesteros, J.C., Megías, I., Pérez, A. y Rodríguez, E. (2021).

⁶⁴ Datos citados por Elzo, J. (2019). Cifras que están próximas a las mucho más pormenorizadas de la Fundación Santa María, también citadas por Elzo (2019). Según la Fundación SM, que discrimina entre "muy buen católico", "católico practicante", "católico no muy practicante" y "católico no practicante", la suma de todas las categorías, siempre para 15/24 años, es de 63,7% en 2002 y desciende a 42,4 % en 2016.

Por su parte, Benedicto, J., Echaves, A., Jurado, T., Ramos, M. y Tejerina, B. (2017), apoyándose en la encuesta del Informe de Juventud, sitúan como católicos, practicantes o no, al 47,3% de los jóvenes entre 15/29. Las tasas de creyentes de otras religiones se sitúan, entre 15 y 24 años, alrededor del 6% (en coincidencia del CIS y de la Fundación SM).

En CIS (2021), entre los 18 y los 34 años, prácticamente el 60% de los jóvenes se declaran agnósticos, indiferentes o ateos.

⁶⁵ En el Informe de Juventud 2016, el nivel de confianza de la Iglesia Católica entre los jóvenes arroja una media de 2,5 de la escala 0-10; al final de todas las instituciones, con la misma puntuación que "los políticos". Merece la pena reseñar que, en contraste con lo anterior, la obra social de la Iglesia tiene una muy buena consideración; probablemente se valore como obra social y no como imagen de la Iglesia.

⁶⁶ En Megías, I. (2019). Muchas coincidencias con el texto de Megías, I. pueden encontrarse en Fontcuberta, P., González-Anleo, J.M., Ballesteros, J.C., Megías, I., Pérez, A. y Rodríguez, E. (2021).

En este orden de cosas, tres de cada cuatro jóvenes (15/29) prefieren un modelo de sociedad diversa y multicultural y abogan por la integración y la tolerancia⁶⁷, pese a que un 79,5 de las mujeres y un 74,1% de los hombres afirman haber sufrido algún tipo de discriminación, sobre todo de género; de hecho, las chicas que se han sentido discriminadas por género llegan al 72,4% frente al 57% de los chicos. ⁶⁸Sobre el modelo social hay que añadir que los y las jóvenes españoles se muestran formalmente partidarios de una sociedad democrática, por mucho que se muestren críticos respecto a su funcionamiento⁶⁹

Los modelos de ocio están obviamente ligados a los valores sociales, como lo están a las circunstancias económicas. Pero, desde hace años, hay un factor que ha venido a influir decisivamente en esos modelos: la aparición de las TIC y de los revolucionarios cambios que éstas implican.

Durante las décadas previas a la crisis el tiempo libre de la gente joven incorporaba actividades "productivas" (leer, ir al cine, a conciertos o a museos), identitarias (relacionarse, "ser diferente", "ir de marcha"), de acompañamiento transversal (oír música, estar con los amigos), o de relajación (no hacer nada); además, alguna de estas actividades, paradigmáticamente "viajar", pertenecían más al ámbito de lo desiderativo que de lo practicado. En todo caso, el tiempo de ocio, muy marcado por parámetros consumistas (consumir cultura, diversión, sensaciones...), tendía a extenderse en el tiempo, a dualizar la semana y a convertirse en significativo de la propia vida.⁷⁰

Tras la crisis, con lo que supuso de aumento de las dificultades económicas, pareció iniciarse una tendencia a recortar alguno de esos consumos (por ejemplo, ciertas drogas) y a reducir el tiempo dedicado más directamente a la diversión fuera de casa⁷¹: el ocio se hace algo más doméstico, alterando la jerarquización de algunas actividades⁷². Es una tendencia que se ve favorecida, más aún, impulsada, por la importancia de las TIC, que de manera rápida y masiva se van extendiendo entre los y las jóvenes en el espacio funcional del ocio⁷³. Por un lado, suponen novedosos recursos lúdicos (videojuegos, recursos audiovisuales); por otro, cambian las formas de uso de elementos clásicos de la diversión (la televisión, o ese eterno acompañante juvenil que es la música); sobre todo, modifican sustancialmente uno de los elementos centrales: la forma de relacionarse de los jóvenes. Las TIC incluso potencian los componentes más puramente lúdicos, las salidas y "la marcha", porque facilitan su organización y

⁶⁷ Tudela, P., Ballesteros, J.C., Rubio, A. y Sanmartín, A. (2020)

⁶⁸ Rodríguez, E., Calderón, D., Kuric, S., Sanmartín, A., (2021). Barómetro Juventud y Género 2021. Identidades, representaciones y experiencias en una realidad social compleja. Madrid. Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, Fad. DOI: 10.5281/zenodo.5205628

⁶⁹ González-Anleo, J.M., Ballesteros, J.C., Megías, I., Pérez, A. y Rodríguez, E. (2020). En la escala 0-10, la libertad de expresión se puntúa 6,7, el respeto por la ley 6,3, y la capacidad para influir en las decisiones del Gobierno no alcanza el 5. No obstante, los autores señalan que las percepciones habían mejorado en los últimos cuatro años.

⁷⁰ Rodríguez, E. (2013), "Segunda Parte" de Informe Juventud en España 2012.

⁷¹ En el ensayo de tipología de jóvenes en relación con las actitudes y prácticas de ocio (Ballesteros, J.C., Megías, E. y Rodríguez, E., 2020) aparece un tipo, representante del estereotipo juvenil de la "marcha", disfrutador, consumista y poco responsable, que no agrupa más que a una escasa minoría de jóvenes de 15 a 29 años, el 13%.

⁷² Rodríguez, E. (2013); CIS (2014); Proyecto Scopio (2017); Benedicto, J., Echaves, A., Jurado, T., Ramos, M. y Tejerina, B. (2017)

⁷³ El 75% de los jóvenes están entre dos y tres horas, como mínimo, conectados a la red. Las actividades más frecuentes son el contacto con redes sociales, oír música y ver películas o series; tras éstas, trabajar o jugar a videojuegos. Como actividad emergente, las apuestas online (Simón, P., dir., Clavería, S., García-Albacete, G., López, A. y Torre, M. (2021)

su convocatoria y, más allá, porque permiten algo muy valioso: la rememoración y la difusión de las experiencias, incluso exageradas, más allá del momento y el lugar donde se vivieron.

Los y las jóvenes ven TV o series y escuchan música a través de diferentes recursos tecnológicos de manera generalizada, seis de cada diez practican deportes, la mitad es más o menos aficionada a la lectura o a las actividades culturales, y pocos menos hacen "botellón". Y aparece una actividad, relativamente reciente, que ha conseguido una intensa repercusión social: las apuestas, sobre todo online, que frecuentan alrededor del 15% entre los 15 y 19 años.⁷⁴ Todo ello, enmarcado en una actividad transversal, prácticamente universalizada, sobre todo entre los más jóvenes: la conexión a las redes sociales; algo, relacionado con lo lúdico, pero que lo trasciende para convertirse en un elemento transformador de las relaciones y la comunicación entre jóvenes, y de las reglas que las rigen⁷⁵.

El impacto de lo digital, más allá del ocio, se extiende por todas las dimensiones de la vida de la persona, sobre todo de las jóvenes. Su papel se convierte en decisivo⁷⁶ en la participación política, en la configuración de espacios de relación, en la articulación entre lo público, lo privado y la intimidad; y en la sincronización de los tiempos y ritmos de obligaciones y dinámicas familiares, institucionales y grupales. En cierta medida, el contexto online es el espacio en que discurre la vida y tienen lugar las cosas importantes⁷⁷, pero en el que, aunque dominen las ventajas no faltan los riesgos, y en el que hay que enfrentar un amplio repertorio de dilemas.⁷⁸

La crítica y debate de estos dilemas, ampliada en otros textos, está inconclusa y parece difícilmente agotada desde el momento en que "los mundos online y offline se complementan, ambos son imprescindibles y cada escenario tiene sus

⁷⁴ Ballesteros, J.C., Megías, E. y Rodríguez, E. (2020)

⁷⁵ En relación con el ocio, en Ballesteros, Megías y Rodríguez (2020) puede leerse: "Si el ocio festivo es una celebración grupal, la posibilidad de comunicación inmediata y ampliada que ofrecen las TIC tiene que abrir unos espacios inexplorados a ese festejo colectivo; al convocarlo, al celebrarlo, al ampliarlo, al recrearlo. Además y sobre todo, esa nueva dimensión de las comunicaciones, por sí misma, ofrece oportunidades a nuevas maneras de vivir el ocio: los juegos de seducción, de voyeurismo, de exhibición narcisista, de invasión del espacio del otro, siempre presentes en la celebración grupal, ahora adquieren modos, magnitudes y categorías sin explorar; se potencian y diversifican, aumentan exponencialmente el espacio para su ejercicio y para las oportunidades y modos del mismo; también los riesgos, evidentemente"

⁷⁶ Todo ello se analiza y describe en profundidad en Megías, I., Rodríguez, E. y Lasén, A. (2014); en Lasén, A. (2015); en Ballesteros, J.C. y Megías, I. (2015); en Megías, I. y Rodríguez, E. (2018); Sanmartín, A. y Megías, I. (2020); o en Lasén, A. y Megías, I. (2021).

⁷⁷ González-Anleo, J.M., Ballesteros, J.C., Megías, I., Pérez, A. y Rodríguez, E. (2020)

⁷⁸ En Megías, I., Rodríguez, E. y Lasén, A. (2014) se referencian muchos de estos dilemas:

- "Que todo esté a la distancia de un click" puede favorecer acomodamiento y una cierta pasividad.
- La mayor libertad para la movilidad, la organización y la decisión que facilitan las redes pueden, paradójicamente, crear una dependencia, que redunde precisamente en la pérdida de libertades.
- Las relaciones se facilitan al tiempo que, debiendo combinar distintos niveles de comunicación, se complejizan.
- La ambición de no dejar pasar ninguna oportunidad obliga a la presencia continua en redes
- El mismo dilema se plantea en relación con las relaciones múltiples; hay que tener muchas personas vinculadas, asumiendo la posible degradación del concepto de amistad.
- La tecnología acerca a personas distantes; pero también aleja, eliminando la calidez emocional del "cara a cara".
- La comunicación digital permite "estar al día", pero supone el riesgo de saturación por no poder absorber todo el flujo de información
- Los flujos de sociabilidad, las obligaciones de permanente disponibilidad dejan pocos espacios para momentos de auto sintonía en soledad.

normas y sus claves”⁷⁹. En resumen, desde la perspectiva de los y las jóvenes, disfrutar de las ventajas de las redes sociales implica “pagar un precio”, y esto se asume con naturalidad; no obstante, en no pocos, la constante presencia de las redes sociales en sus vidas genera ansiedad y miedo a la dependencia.⁸⁰

⁷⁹ Lasén, A. y Megías, I. (2021)

⁸⁰ Lasén, A. y Megías, I. (2021)

6. EL DESARROLLO Y LA SALIDA DE LA CRISIS: EL INTERÉS POR LO COLECTIVO

6. EL DESARROLLO Y LA SALIDA DE LA CRISIS: EL INTERÉS POR LO COLECTIVO

En España, salvo en momentos puntuales y por razones históricas⁸¹, la pertenencia a asociaciones ha sido siempre escasa, muy al contrario de lo habitual en muchos países europeos. Esa forma de socialización secundaria ha estado tradicionalmente lejos de las pautas culturales de los españoles y, más concretamente, de los y las jóvenes, dispuestos a la movilización por razones coyunturales pero reacios a establecer compromisos estables y programados a medio y largo plazo. Además, acaso al hilo de los valores individualistas dominantes, esta práctica aún se había hecho más infrecuente a partir del 2000.⁸² En 2012 los escasos jóvenes miembros de asociaciones se repartían, en primer lugar, entre las deportivas y recreativas, seguidas de las de tipo cultural y religioso. Los asociados en instituciones de acción social (política, sindical, solidaria, benéfica...) eran una exigua minoría.

Unos años después, pese a la movilización ideológica impulsada por la crisis, la situación apenas se había modificado. Más allá del asociacionismo deportivo los porcentajes de jóvenes implicados seguían siendo del mismo tenor; en 2016, el voluntariado activo no llegaba al 10%, una situación similar a la que se refleja un año después⁸³. El cambio de actitudes sólo se insinuaba en el número de jóvenes que "querrían" participar en asociaciones de acción social, y en los temas que suscitaban más interés y más movilizaban (ecología, defensa de la equidad de género, demanda de justicia y de libertades, negación de la violencia o la guerra, etc.).⁸⁴

En cierto contraste con lo anterior, ya se ha señalado el brote de ideologización y activismo que se produjo entre la juventud, como reacción al impacto de la crisis y de las políticas de recorte y control que se aplicaron como posibles soluciones. Una reacción que se muestra en la evolución del interés confesado de los y las jóvenes por la política.⁸⁵ Este interés, que en 2012 había subido más

⁸¹ Refiriéndose a la población adulta puede citarse el asociacionismo sindical durante la segunda república y, atendiendo a los jóvenes, es paradigmática la movilización de carácter ecologista para hacer frente a la "marea negra" debida al accidente del Prestige en las costas gallegas.

⁸² En Moreno, A. y Rodríguez, E. (2013) puede consultarse la evolución del asociacionismo juvenil desde 1991 a 2012, según los Informes de Juventud en España, del INJUVE, y los datos del CIS. Nunca llegó a ser del 50% pero en el último año referido apenas superaba el 22%.

⁸³ Benedicto, J., Echaves, A., Jurado, T., Ramos, M. y Tejerina, B. (2017); Ballesteros, J.C., Rodríguez, E. y Sanmartín, A., (2017). Dos años después, Rubio, A., Sanmartín, A., Tudela, P. y Ballesteros, J.C. (2019) apuntan que las tasas de asociacionismo se habían incrementado ligeramente y, sobre todo, se había incrementado el deseo de participar en organizaciones de acción social o voluntariado, especialmente entre las chicas (34,8% en 2016 y 47,4% en 2019).

⁸⁴ En línea con la nota anterior, en 2016, el 32,9% de jóvenes no pertenecía a una ONG o a una organización de voluntariado pero querría hacerlo, lo mismo sucedía en el 17,7% de casos en referencia a un sindicato o asociación estudiantil, y en el 10,3% a un partido político. Por otro lado, entre los temas que más movilizaban a los jóvenes se encontraban la igualdad de géneros, los objetivos ecologistas, la búsqueda de la justicia y la eliminación de la violencia (Proyecto SCOPIO-2017).

⁸⁵ Para la concreción de este concepto (aumento de interés), como para todos los que van a ir dibujando la curva evolutiva de los diversos indicadores de las actitudes y la praxis política en los jóvenes, pueden consultarse los distintos Informes de Juventud, de 2012 (Moreno, A. y Rodríguez, E., 2013), de 2016 (Benedicto, J., Echaves, A., Jurado, T., Ramos, M. y Tejerina, B., 2017) y de 2020 (Simón, P., director, Clavería, S., García-Albacete, G., López, A. y Torre, M., 2021). Estos Informes recogen datos del CIS y de las propias encuestas del INJUVE. Un buen resumen inclusivo de muchas de estas cuestiones se encuentra en Tudela, P. (2019).

de diez puntos porcentuales respecto a los años anteriores, llegando al 31% de jóvenes en el tramo bastante/mucho, siguió creciendo hasta un 38% en 2016 y se mantuvo en el mismo porcentaje en 2020. En todo caso, es un interés que se expresa más en privado que en público: según un sondeo del Observatorio de la Juventud (2017), el 63% de jóvenes dicen hablar de política con la familia, mientras son menos quienes lo hacen con amigos no íntimos o con compañeros de trabajo.

El aumento de interés alimentado por la crisis resulta complejo de analizar por incluir elementos de muy distinto orden. Por un lado, por mucho que a lo largo de los años se desvalorizara un tanto, existía una aceptación mayoritaria del modelo sociopolítico⁸⁶, lo que implicaba la aceptación formal de la democracia y de sus condiciones y exigencias, al tiempo que se había instalado una progresiva desafección respecto a las instituciones que gestionaban y representaban ese funcionamiento democrático⁸⁷. Por otro, se estaba produciendo una profunda relectura de la forma de hacer política, trasladando las preferencias a una acción directa, en sustitución de la representativa⁸⁸; "de la representación a la acción"⁸⁹. Además, más allá de la revisión de la jerarquía de los objetivos políticos⁹⁰, se advertía un profundo cambio en las estrategias para alcanzarlos; se pasaba a una adhesión por objetivos concretos, más transversales, menos

⁸⁶ En todas las encuestas de opinión son mayoritarias entre los jóvenes las posturas que traducen preferencias por el modelo de funcionamiento democrático (necesidad y utilidad del voto, defensa de las libertades, respeto a la participación...), lo cual no niega que como reacción a la crisis y la inseguridad que ésta conllevaba, en un sector de jóvenes aumentara la atracción por modelos más autoritarios, que buscaran más el orden y el control externo, al igual que se fue desgastando la satisfacción con el funcionamiento de la democracia. En Rodríguez, E. (2013) se señala que entre 2009 y 2011 (EJ142 2009 y EJ153 2011) la preferencia por la democracia bajó del 77 al 73%, la admisibilidad de un régimen autoritario ascendió del 4,0 al 7,3%, y la indiferencia ante cualquier modelo subió del 6 al 11,5%.

También en los estudios promovidos por la Fundación SM (González-Anleo, J.M., Ballesteros, J.C., Megías, I., Pérez, A. y Rodríguez, E., 2020) se apunta el descenso de valoración de aspectos esenciales de la democracia: la libertad de expresión, el respeto por la ley o la participación en las decisiones sobre lo colectivo.

A su vez, Tudela, P. (2019 b), apoyándose en datos del CIS, refleja una bajada de la puntuación media de satisfacción de los jóvenes con la democracia en España: de 4,75 (escala 0-10) en 2011, a 4,60 en 2015, y 4,25 en 2016; en este último año, el 35% de jóvenes (15/29) se declaraba insatisfecho con la democracia.

Simón, P., et al. (2021), concordando con la evolución hacia una visión juvenil más crítica de la democracia, aclaran que esa actitud coincide en gran medida con la de la población general; que, en contra de lo que pueda parecer, los jóvenes no son especialmente más desafectos a las fórmulas democráticas.

⁸⁷ Los indicadores de desafección institucional, y su evolución, pueden encontrarse en prácticamente todos los estudios sobre la juventud (INJUVE, Centro Reina Sofía de la FAD, Fundación SM, etc.), con unas coincidencias básicas casi absolutas: bajos niveles de confianza, que han ido deteriorándose de forma prácticamente generalizada en todos estos años. Por dar algunas referencias extraídas de los Informes de Juventud, del INJUVE, utilizando las medias en la escala 1-10, la confianza en los partidos políticos bajó de 3,8 (2008), a 2,92 (2012) y 2,70 (2016); en la Monarquía, en los mismos años, descendió de 4,9, a 3,9 y 3,3; en los sindicatos, de 5,1, a 4,0 y 3,5; en la política en general, de 3,6, a 2,8 y 2,5. A su vez, Tudela, P. (2019 b), de los estudios de la FAD extrae que, en 2017, una mayoría de jóvenes "no confiaban en ninguna"; entre el resto, las instituciones más confiables eran la policía, las fuerzas armadas y las ONGs; las menos confiables eran los partidos políticos, las instituciones religiosas, los sistemas financiero y de justicia, y la Monarquía.

⁸⁸ En el número 0 de la revista *Metamorfosis* pueden encontrarse artículos (Subirats, J. 2014, y Parés, M. 2014) que se extienden sobre esta cuestión. También en Jurado, F. (2015)

⁸⁹ Subirats, J. (2015)

⁹⁰ En Rubio, A., Sanmartín, A., Tudela, P. y Ballesteros, J.C. (2019) se establece una jerarquía de las "causas por las que compensa asumir riesgos", encabezada por la defensa del medio ambiente, la igualdad de género y la defensa del estado de bienestar y de los más vulnerables. Esta jerarquía coincide exactamente con las causas "que más han movilizado la juventud" (Simón, P., director, Clavería, S., García-Albacete, G., López, A. y Torre, M., 2021) y con lo reflejado al hablar de los valores prioritarios emergentes en el discurso juvenil.

incondicionales, con abandono de las adscripciones partidistas en bloque⁹¹. Por supuesto, todo ello exigía un cambio de las formas de acción y de los recursos de información⁹² y movilización.

La juventud española es muy mayoritariamente partidaria de un modelo democrático, por mucho que, como reacción a las inseguridades del momento, hubiera una subida de porcentaje de partidarios de un régimen autoritario; y entiende que el voto es una obligación ciudadana, tanto por razones de ética social como por intereses instrumentales; y lo practica⁹³. Tras la del voto, se plantea la necesidad de otras formas de participación democrática⁹⁴. Esto era compatible con la actitud de un grupo cada vez más numeroso de jóvenes que mostraban una desafección progresiva hacia las fórmulas establecidas; no mucho más intensa que la de la población general, ni en la práctica del voto ni en cualquier otro nivel de actitudes y opiniones, pero en todo caso muy perceptible, y que, a partir de las movilizaciones del 15M, fue construyendo una representación colectiva que comportaba mucho mayor protagonismo de los y las jóvenes del que realmente tenían. En todo caso es innegable que, como ya se ha dicho, la desafección institucional juvenil no hizo sino crecer a lo largo de la última década, frente a todas las instituciones, pero sobre todo en relación con aquéllas que ostentaban la representación y la responsabilidad del accionar político, hasta llegar a la estigmatización de los profesionales de la política etiquetándolos como "la casta".

Este cambio de perspectiva facilitó que apareciera y fuera creciendo entre la gente joven un colectivo que preconizaba cambios profundos en el modelo conceptual y estratégico: de la política por intermediación a la política directa, de los objetivos globales y predeterminados a las movilizaciones más "líquidas" y transversales. Unos cambios que convertían en lema el "no nos representan" y que condicionaban un crecimiento de la participación directa, incluso legitimando estrategias de dudosa legalidad en el contexto sociopolítico vigente⁹⁵.

⁹¹ "La juventud, en 2019, no sólo se interesa por nuevos temas y políticas públicas concretas, sino que además está dispuesta a actuar para hacer oír su voz" (Simón, P., director, Clavería, S., García-Albacete, G., López, A. y Torre, M., 2021)

⁹² Las fuentes de información sobre política cambian rápidamente en la última década. El Informe de Juventud 2020 (Simón, P., director, Clavería, S., García-Albacete, G., López, A. y Torre, M., 2021), recogiendo datos de los Informes anteriores, refleja que la televisión era utilizada como fuente frecuente por el 70% de los jóvenes en 2012, por el 52% en 2016, y por el 42% en 2020; los periódicos, por el 43%, el 39% y el 33% en los mismos años; la radio, por el 33%, 22% y 20%; y las redes sociales (Internet), que en 2009 utilizaba el 11,2% de los jóvenes, pasaron a ser empleadas por el 39% en 2012, y por el 42% en 2016, alcanzando el primer lugar como recurso de información política en 2020 (45% de jóvenes).

Datos similares pueden encontrarse en Ballesteros, J.C., Rodríguez, E. y Sanmartín, A. (2015 b)

⁹³ La mayoría de los y las jóvenes ha nombrado habitualmente al voto como la expresión más clara de participación democrática. Por otro lado, en las encuestas postelectorales, que no reflejan necesariamente la participación real, el porcentaje de jóvenes que dicen haber votado oscila del 75 al 80%. En realidad, el voto joven (18/29 años) no muestra una tendencia estable y depende de circunstancias coyunturales (las movilizaciones contra la guerra o el terrorismo en 2004, o la presencia de nuevos partidos en 2015) para estimularlo y reducir la abstención; por regla general la participación electoral de los jóvenes fue 6/8% menor que la de los adultos. (Datos del CIS, de Informes de Juventud del INJUVE, y de Barómetros Juveniles de la FAD).

⁹⁴ Sobre todo la participación en huelgas, la firma de peticiones, y la asistencia a manifestaciones (Proyecto SCOPIO, 2017; Rubio, A., Sanmartín, A., Tudela, P. y Ballesteros, J.C., 2019; Tudela, P., 2019 b, y otros)

⁹⁵ Minorías, de entre el 9,2% y el 19,4% del total, con porcentajes claramente más elevados de los hombres, se mostraban muy de acuerdo (Rubio, A., Sanmartín, A., Tudela, P. y Ballesteros, J.C., 2019; Ballesteros, J.C., Rodríguez, E. y Sanmartín, A., 2015 b)) con boicotear o realizar pintadas en edificios institucionales, hacer escraches a políticos o personas influyentes, y cortar u ocupar plazas o carreteras.

De manera obligada, ese cambio de modelo⁹⁶ tenía que suponer un cambio simultáneo de la manera de organizarse⁹⁷. Si los partidos tradicionales habían fallado en el ejercicio de sus responsabilidades y ya no eran válidos para un porcentaje creciente de jóvenes, para lograr los objetivos replanteados era necesaria una dinámica organizativa diferente: asambleas, círculos, plataformas, "mareas" y similares. A su vez eso planteaba otros desafíos: el primero, cómo informar, convocar o difundir; después, como convivir con los partidos tradicionales y cómo mantener viva la acción sin recrear las estructuras partidarias anteriores. El primer desafío se resolvía a través de un cambio revolucionario en la comunicación: la información y el contacto directo a través de Internet y las redes sociales⁹⁸. El segundo, que ya se escapa claramente al análisis de la juventud, es algo que sigue gestionándose, no sin problemas, en el espacio de la política global.

Hay que insistir en que los movimientos apuntados no son atribuibles a toda la juventud sino a minorías, eso sí, significativas y crecientes, que han tenido un fuerte impacto en la representación colectiva y en la de los propios jóvenes, que han podido verse influidos en muchos aspectos por esa representación. Es un proceso que ha ido evolucionando a lo largo de los últimos años, hasta que dos circunstancias, una evolutiva y otra sobrevenida, vinieron a interrumpir la dinámica y a suponer un punto de inflexión. El paso de los años fue restando impulso a las reivindicaciones iniciales (a lo que contribuyó la percepción global de estar saliendo de la crisis, aunque en lo referido a la juventud esto no respondiera a la realidad) y esto facilitó el declive de las fórmulas organizativas, flexibles y escasamente articuladas, que se ensayaron, que mostraron su utilidad más para las movilizaciones coyunturales que para un activismo social y político continuado. Eso sin tener en cuenta que la inevitable deriva a la organización institucionalizada de los movimientos originales, supuso un atractivo electoral hacia partidos emergentes que representaban el cambio, pero a la vez suponía el riesgo de situar a esos partidos en el espacio del "no nos representan".

La segunda circunstancia, ésta sí sobrevenida, fue la explosiva crisis de la pandemia, que vino a distorsionar todas las dinámicas, a interrumpir la recuperación y, una vez más, a gravitar de manera especialmente dramática sobre los y las jóvenes.

⁹⁶ Se puede encontrar un análisis muy amplio de los cambios entre los jóvenes del modelo y la forma de entender la política, su praxis, sus exigencias organizativas, y de los fundamentos y razones para todo ello, en Murillo, A. (2018) y Subirats, J. (2014)

⁹⁷ De organizarse, de intercomunicar, de informar, de actuar de forma directa... Para todo ello se hizo imprescindible Internet y el uso de redes sociales (Jurado, F., 2015). Internet se convirtió, más allá del campo de juego, en el instrumento esencial para la acción directa y para las exigencias funcionales de la nueva manera de hacer política (Álvaro, A. y Rubio, R., 2016). Fue algo cuyo inicio representaron o fue atribuido a los jóvenes, que los partidos tradicionales ignoraron y no comprendieron durante años, pero que ha terminado por convertirse en una pieza esencial del accionar político general.

⁹⁸ En Rubio, A., Sanmartín, A., Tudela, P. y Ballesteros, J.C., 2019, podemos encontrar que, aunque más del 87% de jóvenes están de acuerdo con la importancia de las redes sociales para la participación y democratización, cuatro de cada diez piensan que "las redes proporcionan la ilusión de que se participa", y tres de cada diez que "las redes pervierten o desnaturalizan la acción política".

7. OTRO MAZAZO: EL IMPACTO DE LA PANDEMIA

7. OTRO MAZAZO: EL IMPACTO DE LA PANDEMIA

En el primer trimestre de 2020 llega a España la primera ola de la epidemia que, causada por un coronavirus, había sido diagnosticada inicialmente en China. El virus se difunde con rapidez y el 11 de marzo la OMS declara oficialmente la situación de pandemia (COVID-19). En España había habido un goteo de casos y fallecimientos durante ese trimestre y en la primera decena de marzo comienzan a aplicarse diversas medidas de control preventivo, que culminan el 14 de marzo cuando el Gobierno proclama un "estado de alarma", que va acompañado por una declaración de confinamiento en el propio domicilio de toda la población no responsable de trabajos esenciales (sanitarios, policiales y de suministros y servicios básicos). El confinamiento, que vacía las calles, suspende toda vida de relación no estrictamente doméstica, limita la educación a lo online y pone a la economía del país en estado de hibernación, se extiende en todo su rigor hasta el 10 de mayo. A partir de ahí va autorizándose un alivio paulatino de algunas medidas hasta que el 21 de junio, controlada la primera ola pandémica, se suspende el estado de alarma y se plantea (de forma asimétrica, en función de la situación sanitaria de los diferentes territorios) una vuelta regulada a la "nueva normalidad". Una "nueva normalidad" que nunca llega a desarrollarse de forma plena puesto que la pandemia sigue presente a través de sucesivas olas⁹⁹.

Durante todo este proceso, la población ha tenido que soportar una inédita situación de confinamiento domiciliario, en condiciones muy duras para las clases más desfavorecidas, ha presenciado la paralización sine die de amplios sectores de producción y servicios, ha visto restringidas todas sus relaciones sociales y, no pocas veces, familiares, ha debido asumir la interrupción del proceso educativo de niños, niñas y adolescentes, también reclusos en casa, ha dejado de trabajar (y no sabe si podrá recuperar sus actividades en el futuro), ha visto mermados sus ingresos en muchos casos, ha sufrido la enfermedad y la muerte en soledad de muchas personas, y el bloqueo de la atención sanitaria de los demás.

Los ciudadanos y ciudadanas, en proceso de trabajosa recuperación de la gran recesión de la década anterior, han tenido que asumir que lo previsible se desmorona, que enfrentan una situación inédita preñada de amenazas desconocidas, que no se perciben soluciones fáciles porque ni siquiera se tienen claras las amenazas, que el futuro se pierde entre brumas de confusión, inseguridades y peligros. Todo se ha ido complicando, además, con la prolongación de la crisis pandémica, con el fracaso de las esperanzas de salida definitiva, con la aparición de renovados riesgos¹⁰⁰.

En esta situación, adolescentes y jóvenes se vieron especialmente golpeados, de muchas y diferentes maneras.

⁹⁹ En el momento de escribir estas líneas está en vías de superación la quinta ola.

¹⁰⁰ Según OCDE (2020) la pandemia ha afectado de manera desproporcionada a los grupos vulnerables y puede agravar las desigualdades existentes. (Citado por Simón, P., director, Clavería, S., García-Albacete, G., López, A. y Torre, M., 2021)

Los y las adolescentes, forzosamente reclusos en el hogar familiar, no pocas veces en condiciones muy precarias, sufrieron de entrada la limitación de movimientos y la distorsión de lo que para ellos y ellas es básico: el contacto social y la seguridad de la inclusión en el grupo, esa parte de la identidad adolescente que proviene y se expresa a través del grupo de iguales. Todos los estudios sobre adolescencia enfatizan la trascendencia de las relaciones, o de la ausencia de éstas, en esa etapa vital¹⁰¹; cualquier trabajo sobre ocio en adolescentes sitúa en el lugar preferente "salir o estar con los amigos". El confinamiento supuso que todo eso debió verse limitado y desplazado a la relación online; lo que anteriormente había sido visto con extrañeza, incluso como una forma de patología social¹⁰², el "enganche" de las adolescentes y jóvenes a las redes sociales, se planteó como una salida y una solución; la compatibilización del yo online y del yo offline se vio condicionada por la necesidad de poner un énfasis casi absoluto en lo virtual¹⁰³. Todo esto potenciado por las disfunciones de una educación exclusivamente no presencial, para la que no siempre se daban las condiciones precisas¹⁰⁴, que resaltaba la brecha social¹⁰⁵ y que se cursaba entre el sobre esfuerzo y, no infrecuentemente, la frustración. A lo que hay que añadir las tensiones acumuladas por las restricciones del encierro y por la convivencia forzada con la familia.

Ampliando el foco del análisis, incluyendo en el mismo a los y las jóvenes (hasta los 29 años), lo primero que hay que reseñar como impacto del confinamiento son sus efectos sobre el empleo y sobre los procesos de transición y emancipación. Un impacto que empieza a dimensionarse cuando se observa que el cumplimiento del estado de alarma¹⁰⁶ significó que el 60% de jóvenes pasó el confinamiento en el domicilio de sus padres, el 28% en pareja y un 7% en soledad; una situación de convivencia que implicó diferentes consecuencias¹⁰⁷

¹⁰¹ Para una visión amplia y analítica de esta cuestión: Rodríguez, E., Megías, I. y Sánchez, E., (2002)

¹⁰² Megías, I. y Rodríguez, E. (2018)

¹⁰³ Lasén, A. y Megías, I. (2021)

¹⁰⁴ El análisis de las dificultades de este tránsito a la educación durante la pandemia, desde la perspectiva de los docentes, se trabaja en Trujillo, F., Fernández, M., Montes, M., Segura, A., Alaminos, F.J. y Postigo, A.Y. (2020)

Desde la perspectiva de los jóvenes, también la educación superior planteó problemas para su seguimiento online. Casi nueve de cada diez jóvenes siguieron sus estudios a través de esta modalidad, pero el 71% tuvieron alguna dificultad para hacerlo, de espacio, de recursos informáticos, de insuficiencia en la formación propia o de los profesores; de tal suerte que casi el 45% cree que el confinamiento afectó negativamente a su rendimiento académico (Sanmartín, A., Ballesteros, J.C., Calderón, D., Kuric, S., 2020 a). Por su parte, Simón, P., director, Clavería, S., García-Albacete, G., López, A. y Torre, M., (2021) apuntan que el 60% del alumnado cree que su rendimiento académico bajó durante el confinamiento; una minoría del 11,2% de los y las estudiantes cree haber aprendido menos de la mitad que un año normal (un rasgo más de profundización de la brecha educativa).

¹⁰⁵ Rujas, J. y Feito, R. (2021).

¹⁰⁶ El sondeo COVID-19 (CIS, 2020), recogido en el último Informe de Juventud, refiere que la mayoría de los jóvenes cumplieron el confinamiento en su residencia habitual. Entre quienes vivían solos o en pisos compartidos, en algún momento de la alarma volvieron a casa de sus padres el 16 y el 23% respectivamente; de quienes vivían en pareja sólo el 3,5% volvió con sus padres.

Las normas de confinamiento fueron estrictamente cumplidas por más del 90%; el resto prefirió seguir "su propio criterio"

¹⁰⁷ Son datos recogidos de Sanmartín, A., Ballesteros, J.C., Calderón, D., Kuric, S. (2020 a), que añaden que tres de cada cuatro jóvenes calificaron la convivencia de buen o muy buena; entre los que señalaron problemas para convivir, más los más jóvenes y, sobre todo, quienes vivieron en condiciones más precarias, apuntan a la falta de intimidad y a la pérdida de libertad.

Más allá del retorno a la casa paterna por razones de buscar más funcionalidad en el confinamiento, una vez que el estado de alarma se hubo suavizado, ese retorno se mantuvo en algunos casos, ahora ya por motivos económicos. De hecho, casi la mitad de los y las jóvenes empeoró su situación y perdió capacidad de autonomía, fundamentalmente por el deterioro de su situación laboral¹⁰⁸. En 2020, el gravísimo nivel de desempleo entre hombres y mujeres menores de 29 años apenas había empezado a recuperarse en España y se mantenía la precariedad estructural laboral a esas edades, y el confinamiento y todo el desarrollo posterior de la pandemia vino a empeorar sensiblemente la situación¹⁰⁹, hasta el punto en que llegó a instalarse una sensación catastrofista que cargó de inseguridades, angustia y desesperanza a la población general y, más concretamente a los y las jóvenes.¹¹⁰

Uno de los efectos, en este caso no necesariamente negativo, del confinamiento fue el impulso del teletrabajo, que experimentó un gran crecimiento, superando las reticencias anteriores. El 58% de jóvenes que siguieron trabajando lo hicieron a través de esta modalidad, y una mayoría de ellos se ha declarado satisfecha del nivel de rendimiento y de la eficiencia en el cumplimiento de las tareas¹¹¹. Obviamente, la apuesta de continuidad de los y las jóvenes por esta modalidad de trabajo se apoya en la flexibilidad, la productividad y la conciliación; los aspectos negativos están referidos a la merma del trabajo en equipo y a la dificultad para desconectar de la tarea; y los problemas para la práctica de esta fórmula laboral se centran en los déficits estructurales (espacio, tecnología) y de formación. En esencia, los beneficios del teletrabajo son claramente superiores pero plantean algunos problemas de desarrollo, y suponen el riesgo de ahondar la brecha diferencial entre jóvenes con más y

¹⁰⁸ En 45,7% de los casos la situación económica empeoró, siendo mayor la afectación en el caso de las mujeres y sobre todo en las clases baja y medio baja. Por razón de la pandemia, más de seis de cada diez jóvenes entre 15 y 29 años dependen totalmente de la familia o tienen una fuerte dependencia económica de la misma. (Sanmartín, A., Ballesteros, J.C., Calderón, D., Kuric, S., 2020 a).

¹⁰⁹ Según el Sondeo COVID-19 (CIS 2020), un 44,6% de las personas entrevistadas (15/29 años) estaban trabajando antes del estallido de la crisis. Poco más del 47% no se vio afectado en su situación laboral; más del 20% perdió el empleo o cesó su actividad autónoma (4%); al 25% se le aplicó un ERTE. Las mujeres y las personas menos cualificadas o de clases bajas se vieron mucho más afectadas por la pérdida de empleo o por la aplicación de un ERTE. Los jóvenes más cualificados, con empleos más técnicos o de mayor nivel, pudieron pasar al teletrabajo y se libraron de las consecuencias más negativas. Tras el confinamiento casi el 40% de jóvenes piensan que es imposible o muy poco probable encontrar un empleo en el siguiente año. (Simón, P., director, Clavería, S., García-Albacete, G., López, A. y Torre, M., 2021).

En resumen, la O.I.T. (Organización Internacional del Trabajo) declara que la pandemia está teniendo un efecto "devastador y desproporcionado" en el empleo de los y las jóvenes.

En la misma línea se añade (Sanmartín, A., Ballesteros, J.C., Calderón, D., Kuric, S., 2020 a) que casi la mitad de los jóvenes, el 70% entre los que estaban previamente en paro, han perdido oportunidades laborales por la pandemia; y que dos tercios de quienes perdieron el empleo no han tenido acceso a ningún tipo de prestación.

¹¹⁰ Según CIS (2021), 64,6% de la población (18/65 años) creía que los jóvenes estaban en bastante o mucho riesgo de pobreza; que habían aumentado las desigualdades sociales (85,1%); que los jóvenes tendrían menos oportunidades de empleo (37,8%); que aumentaría la edad de emancipación (11,3%); que se incrementaría la desigualdad generacional (12,3%). El 48,9 % aseguraba que, antes de la pandemia, creía que los y las jóvenes vivirían peor que sus padres, y el 73% decía creer eso tras la pandemia.

¹¹¹ Ya se ha dicho que quienes tenían más formación y cualificación mantuvieron mejor el empleo y tenían acceso al teletrabajo. Los y las jóvenes de empleo en servicios o en tareas de baja cualificación, si no habían pasado a estar parados, estaban obligados a la presencialidad.

menos recursos, apoyos y formación¹¹². Ni que decir tiene que este riesgo de aumentar las desigualdades se da también, incluso en mayor medida, con los problemas que se comentaban para el seguimiento de la educación online: las diferencias en las posibilidades de adaptación a este sistema son tanto más trascendentes cuanto más precoz sea el momento de la segregación discriminatoria, aumentando las posibilidades de fijar un proceso vital inevitablemente más precario.

En todo caso, durante el confinamiento aumentó notablemente el uso de Internet y, más concretamente, de las redes sociales. Por un lado, esto era lógica consecuencia de la carencia de contactos físicos, algo que los y las jóvenes echaban en falta de manera prioritaria; por otro, el aumento de tiempo libre obligaba, si no se asumía el aburrimiento, a "inventar" nuevas formas de ocuparlo, y muchas de esas formas pasaban por Internet. Una consecuencia indeseada fue la aparición de vivencias de cierto abuso y la limitación de otras tareas.¹¹³No obstante, no hay dudas de que la visión global de los jóvenes sobre estas intensas prácticas digitales, aun con alguna reticencia, es claramente positiva; así se comprueba en el Barómetro Jóvenes y Tecnología 2021¹¹⁴.

Culminando el impacto del confinamiento y todo lo sobrevenido por la pandemia, hay que reseñar que esa renovada relación con las tecnologías ha contribuido a que la gente joven se replantee sus perspectivas de futuro¹¹⁵. La sensación es que con la pandemia el futuro comienza antes y el presente se acorta, desde la paradoja de sentirse obligados y obligadas a tomar decisiones y a afrontar cambios, por sentir la presión de una situación incierta, al tiempo que hay que rechazar plantearse un futuro ordenado, por carecer de todo tipo de certezas. Y además sin la capacidad para "vivir el presente". El futuro es incertidumbre, con dos convicciones encontradas: sin tecnología no hay futuro, pero el futuro puede resultar amenazante precisamente por la tecnología. Lo que en su momento se vio como posible salida a la incertidumbre¹¹⁶, una

¹¹² El que cualquier progreso, con sus condiciones y exigencias, suponga un riesgo de fragmentación social no es una razón para oponerse y rechazar el avance. Lo único que señala es la necesidad de prevenir la profundización de la brecha, a través de medidas de formación, apoyo e incluso discriminación positiva para los grupos más vulnerables.

¹¹³ El 47% de los jóvenes declara pasar en Internet mucho más tiempo del que debería (33,5%, "algo más"). 82,9% usa a diario las redes sociales. Estas prácticas restaron tiempo a dormir (33%) o estudiar (29,8%). Más de la mitad dicen haberse sentido "saturados" con Internet durante el confinamiento (Sanmartín, A., Ballesteros, J.C., Calderón, D., Kuric, S., 2020)

¹¹⁴ Calderón, D., Kuric, S., Sanmartín, A., Megías, I., (2021): sensaciones globales mayoritariamente satisfactorias, valoración positiva de la formación online (con algunas contrapartidas: distracción, agobio o saturación) y satisfacción con el teletrabajo (lo practicó un 30%), al que ven destinado a permanecer. Tanto para la educación como para el teletrabajo, la mayoría de los jóvenes prefiere una fórmula mixta, online/presencial.

¹¹⁵ "La sensación es que con la pandemia el futuro comienza antes y el presente se acorta, desde la paradoja de sentirse al mismo tiempo interpelados por una expectativa incierta (obligados y obligadas a tomar decisiones y a afrontar cambios), pero rechazar plantearse el futuro, al carecer de certezas. Y además sin la capacidad para "vivir el presente", que es lo que se espera de los y las jóvenes."

"En cualquier caso, la incertidumbre es el sentimiento general que define las expectativas de futuro"

"Siendo imposible establecer certezas sobre las previsiones y decisiones, las tecnologías también quedan despojadas de su aparente capacidad para generar esas certezas. Y es interesante observar que esta visión más pesimista proviene precisamente del grupo de personas jóvenes con un perfil más tecnológico (¡que incluso manifiestan no tener la total certeza de que internet perdure!)"

Todas las citas de esta nota están extraídas de Lasén, A. y Megías, I. (2021).

¹¹⁶ Sanmartín, A. y Megías, I. (2020)

fantasía de algoritmo que resolviera las vacilaciones de la trayectoria vital¹¹⁷, ahora aparece como una amenaza para la autonomía, surgida de la posibilidad muy cierta de que te estén manipulando¹¹⁸.

Al hablar del impacto del proceso de la pandemia, protagonizado por la situación de alarma y el confinamiento, sobre los jóvenes, no pueden obviarse las emociones que lo acompañaron.¹¹⁹ Durante el confinamiento, las emociones más comunes para tres de cada cinco jóvenes fueron la preocupación por el futuro y el aburrimiento, seguidas por la ansiedad, el estrés o la apatía, que afectaron a la mitad. En el sondeo del CIS para INJUVE¹²⁰ se añadía que, aunque una ligera mayoría de jóvenes pareció vivir el confinamiento con tranquilidad, incluso con sentimientos positivos, tres de cada diez se sintieron estresados o tensos, y uno de cada cuatro tuvo dificultades para dormir o se sintió "bajo de moral". Estas emociones negativas fueron mucho más frecuentes en mujeres y entre quienes vivieron el proceso en mayores condiciones de vulnerabilidad, las clases bajas.¹²¹ En otros estudios se aseguraba que "la pandemia supuso un empeoramiento de la percepción de futuro, incrementando las sensaciones de incertidumbre, de ansiedad y de desánimo, y debilitando la curiosidad y el entusiasmo¹²² que en el 40% de casos el estado de ánimo había empeorado con la pandemia.¹²³ No es extraño, por tanto, que el 15% de la población general (23%, entre 18 y 24 años) crea que la principal consecuencia que la COVID-19 "va a producir en los jóvenes" es que "habrá efectos psicológicos"¹²⁴.

Antes del comienzo de la pandemia, en 2020, se publicó un estudio¹²⁵ en el que se pretende analizar el impacto de una crisis sobre la salud. Para ello, además de técnicas de carácter cualitativo, se comparan los resultados de diversos indicadores de salud (autopercepción, enfermedades crónicas, frecuentación de recursos sanitarios, toma de medicación, síntomas de malestar psicológico...) de la población 18/34 años, en tres cortes de la Encuesta Nacional de Salud de España: 2006 (previo a la crisis económica de 2008), 2012 (en pleno efecto de la crisis) y 2017 (en la postcrisis). Los resultados del estudio muestran la complejidad de la génesis de los trastornos de salud: salvo circunstancias de agresión específica (traumas, infecciones y similares) es raro que el origen de la patología sea unicausal. Las alteraciones en la salud tienen un origen multidimensional y dialéctico, en el que diferentes factores se integran e interactúan, en un proceso acumulativo. La crisis funciona como contexto agresivo, pero son los perfiles de clase, situación laboral, red de apoyo, inclusión, etc., los que van modulando los problemas y malestares en ese contexto; con una variable de especial influencia, el género. De esa manera, el impacto de la crisis económica sobre la salud no estaba claro, salvo en lo referido a un

¹¹⁷ Evgeni Morozov (2015) ha utilizado el concepto "solucionismo tecnológico" para dar cuenta de la búsqueda de soluciones tecnológicas para problemáticas sociales, culturales y económicas. En este sentido, se parte de un determinismo tecnológico por el cual la ciencia y el desarrollo técnico es desproblematizado, entendiendo que es posible resolver las deficiencias del sistema a través del mero desarrollo tecnológico.

¹¹⁸ Lasén, A. y Megías, I. (2021)

¹¹⁹ Kuric, S., Sanmartín, A., Ballesteros, J.C. y Calderón, D. (2020)

¹²⁰ CIS (2020) "Sondeo COVID-19. INJUVE 2020"

¹²¹ Simón, P., director, Clavería, S., García-Albacete, G., López, A. y Torre, M. (2021)

¹²² Sanmartín, A., Ballesteros, J.C., Calderón, D., Kuric, S. (2020)

¹²³ El País, especial, (Julio 2021)

¹²⁴ CIS (2021)

¹²⁵ Gallo de Puelles, P., Marí-Klose, M., Cano, A.B., Escapa, S., Folguera, L. y Juliá, A. (2020)

aspecto que sí se ve influido de manera mucho más clara y generalizada: los síntomas de malestar, las disfunciones en el ámbito de la salud mental.

En 2017 el Centro Reina Sofía había realizado el primer Barómetro Juvenil sobre "Vida y Salud"¹²⁶. En él, como ya se señaló al comentar el ISDJC, los indicadores de mortalidad, de esperanza de vida, de suicidios y de accidentes, situaban a la juventud española en una situación de privilegio en Europa¹²⁷. Además, se mostraba masivamente satisfecho con su "buena salud" y su "buen estado físico", por mucho que a veces otros indicadores, como las tasas de enfermedades crónicas e incapacidades, algo más altas que las medias europeas, no abonasen esa generalizada satisfacción. No es éste el momento de entrar en detalles sobre los múltiples indicadores analizados en el Barómetro. Nos limitaremos a llamar la atención sobre dos aspectos esenciales: la frecuente presentación de trastornos de la esfera de la salud mental y la indudable mayor prevalencia de todo tipo de trastornos y problemas de salud entre las mujeres¹²⁸.

En relación con lo primero, los síntomas de malestar psicológico, ya definidos como el grupo de patologías más directamente influido por las situaciones de estrés y crisis¹²⁹, baste señalar que casi uno de cada tres jóvenes españoles entre 15 y 29 años habían experimentado síntomas de alteración psicológica en el año anterior a la encuesta (2016) y que, según el tratamiento estadístico conjunto de esos síntomas, el 15,3% de jóvenes presentaría un cuadro de depresión leve o moderada, y el 6,3% un cuadro de depresión moderadamente grave o grave.

Respecto a lo segundo, que luego será tratado más en profundidad, resultaba patente que las mujeres no estaban tan satisfechas como sus compañeros con su estado de salud (siete puntos porcentuales menos que ellos), iban más al médico (diez puntos más), se automedicaban más frecuentemente (once puntos más), y sufrían más limitaciones (ocho puntos) o enfermedades crónicas (cuatro puntos porcentuales más).

Cuando dos años más tarde se repite el Barómetro,¹³⁰ el balance no es bueno: desciende nueve puntos la autopercepción positiva de la salud, y suben las limitaciones por razones sanitarias (nueve puntos) y los porcentajes de quienes se automedican con frecuencia (del 28 al 35%). Sobre todo, aumenta más de 20 puntos el porcentaje de jóvenes con problemas relativos a la salud mental¹³¹ y el de quienes, por esa causa, debieron buscar ayuda profesional. Y todo esto

¹²⁶ Presentación de resultados en Ballesteros, J.C., Sanmartín, A. y Tudela, P. (2018 a). Estos resultados, analizados y ampliados se editaron en Ballesteros J.C. y Megías, E. (2019).

¹²⁷ Situación matizada por las bajas tasas de natalidad y los retrasos con que se producen.

¹²⁸ Evidentemente hay otras muchas más variables intervinientes, biológicas, psicológicas o sociales, desde la clase social a la situación familiar o laboral, pero el género aparece como una constante que plantea severos interrogantes.

¹²⁹ Recuérdese que el campo de este Barómetro se hace en 2017, el mismo año de la ENSE que se utiliza en tercer corte comparativo en el trabajo de Gallo de Puelles, P., Marí-Klose, M., Cano, A.B., Escapa, S., Folguera, L. y Juliá, A. (2020), y que en éste ya se correlacionaba a los síntomas de salud mental con la situación de crisis de la que los y las jóvenes aún no habían salido.

¹³⁰ Ballesteros, J.C.; Sanmartín, A.; Tudela, P. y Rubio, A. (2020). Campo en octubre de 2019.

¹³¹ El Barómetro de 2017 recoge que el año anterior, el 6,2 de jóvenes sufrió síntomas psicopatológicos con frecuencia alta, y el 22,2% con baja frecuencia. Estos porcentajes, habían subido dos años después hasta el 11,4% (6,7% hombres y 16,7% mujeres) y el 37,5% (33,8 hombres y 41,2% mujeres) respectivamente. De estas personas que tuvieron problemas en 2017 buscó ayuda profesional un 48%; en 2019, el 59%.

en 2019, en puertas del estallido de la principal agresión a la salud pública y a la organización social desde hacía muchas décadas, la pandemia del COVID-19. Los datos de 2020¹³² muestran que el malestar psicológico continúa siendo un problema crucial entre la juventud, un 8,6% afirmaba que había tenido algún problema de salud mental continuamente o con frecuencia en el último año y solo un 49,8% afirmaba no haberlo tenido nunca. Además, un 42,5% de quienes creían haber tenido algún problema de salud mental no acudieron a un profesional y, entre quienes no acudieron a un profesional, un 40,8% no le contó su problema a nadie.

Desde el inicio del confinamiento se llevaron a cabo estudios psicológicos que constataron un importante crecimiento de las personas que se sentían agobiadas, tensas, ansiosas, tristes o con dificultades para conciliar el sueño.¹³³ La encuesta para el Estudio de Juventud 2020 incluye un sondeo en marzo¹³⁴ que constata que, en el conjunto de jóvenes de 15/29 años se evidenciaban claros signos de disfunciones psicológicas.¹³⁵ Por otra parte, estudios del Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, que permiten la comparabilidad (por utilizar las mismas preguntas a la misma franja de población, 18/29 años), ayudan a dimensionar el impacto de la COVID-19 sobre las emociones, las vivencias de bienestar y algunas reacciones ante todo ello. Tomando como referencia un trabajo con campo realizado en julio de 2020¹³⁶ y otro con datos de 2019¹³⁷, podemos comprobar este impacto¹³⁸. En una comparación, aún más inmediata, que mide los cambios localizados durante el proceso de confinamiento severo, contrastando los datos de julio de 2020 con otros de marzo del mismo año¹³⁹, vuelve a constatarse el impacto negativo sobre las emociones.¹⁴⁰

Ninguna duda por consiguiente respecto a la huella que la situación de alarma, el confinamiento y el largo proceso pandémico, que aún no acaba de superarse, han tenido y tienen sobre la salud y el bienestar de todas las personas y concretamente de las más jóvenes. Algo que no es anulado por el hecho de que

¹³² Megías, E.; Rodríguez, E.; Ballesteros, J. C.; Sanmartín, A. y Calderón, D. (2021). Género, vivencias y percepciones sobre la salud: Informe de resultados. Madrid. Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, Fad. DOI: 10.5281/zenodo.4767065

¹³³ Citado en Simón, P., director, Clavería, S., García-Albacete, G., López, A. y Torre, M. (2021)

¹³⁴ CIS (2020)

¹³⁵ El 29% se sentía tenso, el 23% bajo de moral, el 19% deprimido y el 23% estresado; uno de cada cuatro tenía problemas para dormir. Además, se construyó un índice matemático de estrés psicoemocional a partir de los estados de ánimo; un índice que iba de 0 a 6 en función de la intensidad del estrés. Pues bien, 13,46% de los jóvenes resultaban estar situados en los niveles 3 y 4 de estrés, y 10,5% en los niveles 5 y 6, los más extremos.

¹³⁶ Megías, E., Rodríguez, E., Ballesteros, J. C., Sanmartín, A. y Calderón, D., (2021)

¹³⁷ Ballesteros, J.C.; Calderón, D.; Kuric, S.; Megías, I. y Sanmartín, A. (2020).

¹³⁸ La satisfacción de los jóvenes con diversos aspectos de su vida, tradicionalmente bastante alta, se había resquebrajado: en relación con la familia había perdido un punto en la escala 0/10, y medio punto aproximadamente en relación con los amigos o el sexo, estando en todos los casos por debajo del 7; y las situaciones de acoso o violencia de género en las parejas se habían incrementado, llegando a afectar a tres de cada cinco jóvenes. También podía apreciarse un incremento del nivel de estrés, de medio punto en la escala 0-10, tanto del provocado por el trabajo o los estudios (llega a 6,12 en la escala) como del relativo a la economía (5,78); es significativo que, pese a su baja media en la escala (3,48), el estrés que más había crecido durante la pandemia era el determinado por las redes sociales.

¹³⁹ Calderón, D., Kuric, S., Sanmartín, A., Megías, I., (2021)

¹⁴⁰ Subió la incertidumbre (+ 9,7, hasta llegar a 28,9%), la ansiedad (+16,4, hasta 22,6%), el desánimo (+12,2, hasta 16,9%) o el miedo (+5,9%); y bajaron la curiosidad (-22,5, situándose en 12,8%), la motivación (-8,2, quedando en 19,5%) y el entusiasmo (-11,6, llegando a 9,4%)

la percepción que la mayoría tiene sobre su salud sigue siendo buena (47%) o muy buena (25%); una vivencia que contrasta con el dato de que casi uno de cada cuatro jóvenes toma prácticamente a diario medicación prescrita, y algo menos del 10% se automedica también casi a diario.

En todo caso es en el espectro de síntomas de malestar y en las disfunciones de carácter psicológico, lleguen o no a implicar enfermedades psiquiátricas diagnosticables, en donde más se manifiestan los efectos negativos de una situación de crisis. El contexto crea unas condiciones negativas, que determinan la aparición de disfunciones y síntomas de malestar, que pueden hacerse crónicos y que, en función de otras variables, se traducen o no en trastornos psiquiátricos constituidos.¹⁴¹ Puede por tanto afirmarse sin dudas que la situación de pandemia, con todo lo que conllevó y está conllevando, ha implicado una severa agresión en la población de jóvenes, traducida en síntomas de malestar y en un incremento de la prevalencia de trastornos mentales; algo que ya está siendo descrito por los profesionales del sector y que todavía tiene que ser dimensionado en sus justos términos.

¹⁴¹ Según datos de una encuesta del Centro Reina Sofía (Megías, E., Rodríguez, E., Ballesteros, J. C., Sanmartín, A. y Calderón, D., 2021), en una escala de frecuencia de presentación entre jóvenes (0/nunca a 10/casi siempre), superan la media de la escala de presentación un gran paquete de síntomas del espectro de la depresión: tristeza, desesperanza, dificultad de concentración, apatía, falta de interés o de energía y problemas para dormir; a lo que habría que añadir un sentimiento de soledad, bastante o muy frecuente en el 35% de los y las jóvenes. El 9% de jóvenes de la muestra cree haber tenido en el último año problemas psicológicos continua o frecuentemente, y otro 18% de vez en cuando; casi el 70% de quienes sintieron problemas de este tipo buscó ayuda profesional. Aproximadamente el 15% de los jóvenes de la muestra habían sido diagnosticados de depresión en algún momento de su vida, y otro tanto de ansiedad; alrededor del 5% de trastornos de la alimentación, y porcentajes menores de TOC (4%) o adicción a sustancias (3%). En el último año, un 15% estuvo con un tratamiento psicofarmacológico y otro 12% se automedicó para paliar los síntomas psicopatológicos. En otra dimensión, especialmente preocupante, un 24% de jóvenes tuvo alguna vez ideas de suicidio, un 8,7 % con cierta frecuencia, 3,8% con mucha frecuencia y 1,3% continuamente. "

8. UNA MIRADA ESPECÍFICA: LA PERSPECTIVA DE GÉNERO

8. UNA MIRADA ESPECÍFICA: LA PERSPECTIVA DE GÉNERO

Un problema frecuente en los estudios de juventud es caer en el riesgo de dar a entender que la uniformización del discurso trasluce una homogeneización de todas las personas que construyen el universo de lo juvenil; y nada tan falso. Se ha repetido hasta la saciedad que no hay juventud sino jóvenes, con grandes diferencias y rasgos muy diversos; lo que no repetimos tanto y el discurso enmascara, es que acaso la primera, la gran característica diferencial, sea la cuestión del género, algo que se conoce hace tiempo pero que parecemos empeñados en olvidar.

Una investigación de mediados de la pasada década¹⁴², centrada en los y las adolescentes, desvela con claridad la persistencia en esos cruciales años de todos los estereotipos que han marcado la identidad de género de hombres y mujeres. Unas personas supuestamente con características diferentes, con cualidades diversas, que aspiran a distintos objetivos y prioridades, con recursos y condiciones que les predisponen para un funcional reparto de tareas y que, en definitiva, se complementan en la construcción y sostenimiento de un determinado modelo social. El discurso de ellos y ellas desvela posturas y convencimientos, expectativas y temores, que construyen con complicidad ese universo de representaciones complementarias, a la vez que sostienen la exigencia de igualdad y de equiparación de derechos. Unas chicas "receptoras de todo el universo de la sensibilidad [...] pero también [de] la inteligencia, la responsabilidad y la prudencia"; mientras "lo masculino se carga con el dinamismo y la funcionalidad, con la actuación y con el protagonismo"¹⁴³. Un círculo discursivo que se complementa perfectamente, que es compartido por ellos y ellas, y que consagra un perenne desequilibrio de poder; que se reafirma incluso cuando se niega: no discriminar se entiende como poder actuar en contra de lo que se espera, pero lo esperable, "lo que es", no se cuestiona; la desigualdad se entiende como aprovecharse de la diferencia, pero la diferencia no se niega.¹⁴⁴

¹⁴² Rodríguez, E. y Megías, I., 2015

¹⁴³ Esta "distribución" de cualidades que supuestamente beneficia a la mujer, más rica y más compleja, va a derivar en un alienado reparto de tareas y responsabilidades. Las mujeres, más sensibles, cargarán con el peso de los cuidados, del equilibrio en lo emocional, del orden familiar y doméstico; los hombres, más simples y volcados a la acción, deberán tomar decisiones y marcarán las reglas de la convivencia. En la pareja, ellas serán vigilantes de los sentimientos, ellos del poder y del control; los chicos, en su primariedad, no pueden dejar de ser depredadores de sexo y sentimientos, ellas deben cuidarse o entregarse y regular el deseo de los otros. En el ámbito social, el reparto de cualidades también marcará el destino, quién se ocupará de lo que exige mayor sensibilidad (la tutela, la educación...) y quién de lo que demanda vocación para la construcción y el poder (la técnica, la política...).

¹⁴⁴ Un año después, Martínez-Bascuñán, M. (2016), apoyándose en el texto de Rodríguez, E. y Megías, I. (2015), hace una relectura desde los postulados históricos de Simone de Beauvoir: el consenso para el establecimiento de los roles, el reforzamiento de los roles en la pareja, la definición de mujer "en relación al hombre", la construcción de la identidad femenina (desde la infancia) a la sombra de la del hombre, etc. La autora señala que, como muestra el estudio comentado, "la desigualdad de género es una desigualdad creada especialmente en el discurso, y por eso mismo, el movimiento feminista es un movimiento creado en el discurso." Este discurso admite la existencia de una brecha de género, pero no llega a cuestionar ni a cuestionarse sobre la función y el mantenimiento de los roles de género.

En todas las cuestiones analizadas, entre 2017 y 2019¹⁴⁵ se manifiesta un cierto avance hacia la equidad, al menos actitudinal, en las posiciones y la consciencia de las personas jóvenes en España. Avance que está mucho más asentado entre las mujeres, con un mayor cuestionamiento de las diferencias y estereotipos y una mayor apuesta por la igualdad.

En el Barómetro de Juventud y Género de 2021¹⁴⁶, los datos muestran que las mujeres son percibidas como más trabajadoras, inteligentes, responsables, sensibles, comprensivas y preocupadas por su imagen. Por otro lado, los hombres son percibidos como más dinámicos, superficiales, dependientes y posesivos. Al relacionarlo con los barómetros anteriores, puede apreciarse con más perspectiva la lenta evolución de las representaciones de género en lo referido a las características diferenciales de hombres y mujeres. Respecto a ellas se muestra una imagen muy asociada a la tradicional (esfuerzo, trabajo, responsabilidad, prudencia)¹⁴⁷, y un porcentaje minoritario pero significativo de jóvenes (entre el 20% y 30%) sigue vinculándolas a profesiones como la educación o el ámbito asistencial, mientras que a los hombres se les asocia a las ingenierías, la informática o la administración. Los y las jóvenes, ellas en mayor medida, se sienten presionados para lograr la aprobación social¹⁴⁸.

Tener pareja es importante para casi la mitad del conjunto, cinco puntos más para los hombres, y se muestra con claridad que en la juventud española se sigue apostando mayoritariamente por la relación monógama¹⁴⁹, vinculada al amor romántico, en la que la fidelidad y la exclusividad tienen importancia fundamental¹⁵⁰. No obstante, el mayor grado de acuerdo tanto para hombres como para mujeres está en la necesidad de mantener espacios propios en la relación, algo defendido especialmente por las mujeres, 72,4% frente al 55,8%. En general podría decirse que, aunque a veces se limite sólo al plano de lo formal, entre 2017 y 2019 se produjo un retroceso de las posturas más estereotipadas de los chicos, acercándose a las opiniones de sus compañeras.¹⁵¹ Sin embargo, entre 2019 y 2021 la tendencia se revierte y algunas de las

¹⁴⁵ Ballesteros, J.C., Rubio, A., Sanmartín, A. y Tudela, P. (2019). De este texto se nutren las notas 139/143 y 145.

¹⁴⁶ Rodríguez, E., Calderón, D., Kuric, S., Sanmartín, A., (2021). Barómetro Juventud y Género 2021. Identidades, representaciones y experiencias en una realidad social compleja. Madrid. Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, Fad. DOI: 10.5281/zenodo.5205628

¹⁴⁷ Ellas se ven a sí mismas más trabajadoras, estudiosas, inteligentes y emprendedoras que dos años antes (entre 3 y 10 puntos porcentuales más), mientras que para ellos la percepción asociada a estas categorías se ha reducido o se ha mantenido estable. Podemos destacar que tanto ellas como ellos perciben a las mujeres como menos preocupadas por su imagen (-11,8 y -8 puntos porcentuales respectivamente). A ellos, unos y otras los ven "dinámicos y activos" (28,3% ellos y 19,1% ellas). Es significativo que, desde las dos perspectivas, de ellas y de ellos, ha disminuido con claridad la visión de los hombres como "independientes, posesivos, celosos y superficiales".

¹⁴⁸ Las y los jóvenes declaran sentir presión alta especialmente para tener éxito en el trabajo o en los estudios (55,9% ellas y 46,2% ellos), no defraudar a los demás (52,2% ellas y 45% ellos), ser físicamente atractivo/a (46,3% ellas y 36,7% ellos) y ocultar la tristeza o ansiedad (43,3% ellas y 36,9% ellos). Como vemos, las chicas se sienten más presionadas que los chicos en todos los ítems indicados y esta es una tendencia que se observa también en barómetros anteriores.

¹⁴⁹ Tres de cada cuatro jóvenes apuestan por esta fórmula (86,3% de chicas y 78,2% de chicos); las parejas puntuales o abiertas son opciones minoritarias (no llegan al 10%), con mayor preferencia entre los hombres.

¹⁵⁰ Comparativamente, destaca el elevado nivel de acuerdo de los chicos con el rol tradicional de los hombres como protectores de su pareja (41,8%, frente a un 25,4% de las chicas que opinan igual) y la necesidad de entregarse a la otra persona (34%, frente al 26,4% de ellas).

¹⁵¹ "Hay ámbitos donde se produce una disonancia entre esta igualdad formal normalizada de la que hablamos y la naturalización con que se aceptan ciertas formas de desigualdad". Gutiérrez, M; Mena, L; Calvo, K. (2019).

postura más tradicionalistas experimentan un incremento entre los hombres¹⁵².

En todo caso, vivir en pareja y tener hijos sigue formando parte fundamental del proyecto de futuro de la mayoría de jóvenes, 3 de cada 5 se imaginan teniendo hijos en el futuro, pero es algo que se supedita al logro de condiciones de seguridad laboral y económica. La opción que genera un acuerdo mayoritario es que no hay que tener hijos/as si no se cuenta con los recursos suficientes para mantenerlos (67,8% para ellas y 59,2% para ellos). Ni que decir tiene que esa condición de posibilidad, más en los tiempos de la segunda gran crisis, determina graves dificultades en los procesos de transición y emancipación, y una importantísima caída de la natalidad.

Entre las mujeres, las visiones más tradicionales de su papel en el hogar como cuidadoras de hijos generan un gran rechazo (el 59,5% de ellas están muy en desacuerdo frente a un 15,5% que muestran actitudes favorables). Por otro lado, aunque la mayoría de hombres también se oponen a esta visión el porcentaje es considerablemente menor (el 38,4% está muy en desacuerdo frente al 26,9% que se muestra favorable).

No sorprende que la mitad de los y las jóvenes, muy destacadamente ellas¹⁵³, creen que las desigualdades de género en España, en múltiples aspectos, son grandes o muy grandes. En el mismo sentido son más numerosas las mujeres que dicen haber sido discriminadas por razón del género: 28,4% contra 8,1%. De ahí que, lógicamente, ellas sean mucho más críticas e intolerantes ante las desigualdades, que una de cada cinco defiende que cualquier discriminación, por leve que sea, resulta inaceptable. Las mujeres (67,1% se declaran feministas, 21 puntos más que cuatro años atrás) han avanzado decididamente en la búsqueda de la igualdad mientras que en los varones se conservan más las posturas tradicionales, acentuadas en los últimos dos años (solo un 32,8% se considera feminista, más que en 2017 pero 5 puntos porcentuales menos que en 2019). Sobre las medidas para promover la igualdad se observa cierta ambigüedad en la postura de las mujeres: existe un alto grado de acuerdo sobre que los puestos se ocupen únicamente por sus méritos, sin cuotas de género (64,6%), pero también en la necesidad de garantizar la presencia de mujeres en puestos políticos y listas electorales (54,4%) y en puestos directivos (50,9%)¹⁵⁴. Los hombres, por su parte, puntúan por detrás de las mujeres en todas las afirmaciones, salvo en que ninguna norma debería favorecer a las mujeres.

Hay que resaltar que estas tensiones, y avances, en las identidades de género están cada vez más relacionadas con la progresiva mayor presencia de las voces

¹⁵² En 2020, un 18,1% de los chicos destacaba que es normal mirar el móvil de la pareja, frente a únicamente el 12,7% de ellas; así como la percepción de los celos como una prueba normalizada del amor (28% entre ellos, 15% entre ellas). Ambas categorías se incrementan entre tres y cuatro puntos porcentuales en relación a años anteriores.

¹⁵³ 72,9% de chicas y 42,6% de chicos. En los últimos años se observa un aumento en el porcentaje de mujeres que cree que las desigualdades son muy importantes, pero la evolución en el caso de los hombres ha experimentado la tendencia contraria, reduciéndose hasta 7 puntos porcentuales desde 2019.

¹⁵⁴ "En el caso español, la implantación de las políticas de igualdad junto al cambio de valores en la sociedad hacia un sistema más moderno, meritocrático e individualista, podrían venir acompañadas de una sensación de conquista de la igualdad que alejara a las más jóvenes de las viejas reivindicaciones feministas". Gutiérrez, M; Mena, L; Calvo, K. (2019).

de las minorías¹⁵⁵ (sobre todo de los movimientos feministas y LGTBIQ+) en la opinión pública hegemónica. Los discursos "desde los márgenes" cuestionan las definiciones estáticas de la identidad y ponen en evidencia las tensiones existentes.¹⁵⁶

En dos aspectos, ambos enormemente preocupantes, se patentiza de manera

¹⁵⁵ En el resumen ejecutivo del Informe de Juventud de España 2020 (Simón, P., director, Clavería, S., García-Albacete, G., López, A. y Torre, M., 2021) se señala: "Los jóvenes muestran una gran diversidad de orientaciones sexuales: el 16% se describe como no heterosexual. Los hombres tienden a ubicarse como heterosexuales con más frecuencia que las mujeres (80% frente a 75%), y también lo hacen como homosexuales con más frecuencia (10% frente a 6,1%). Por su parte, las mujeres tienden a identificarse como bisexuales con más frecuencia que los hombres (12% frente a 5%). Un componente adicional de diversidad se deriva de un replanteamiento de las categorías tradicionales de género: alrededor del 25% de los jóvenes encuestados, tanto hombres como mujeres, no se identifican plenamente con una categoría del 100% femenino o masculino". Por su parte, en Megías, E.; Rodríguez, E.; Ballesteros, J. C.; Sanmartín, A. y Calderón, D. (2021) resulta que el 76,5% de jóvenes se declara heterosexual (77% de ellas y 76% de ellos), el 10,2% bisexual (12,1% ellas y 7,9% ellos), 6,4% homosexual (6,4%, igual ellas que ellos), y 3,0% 'otras categorías' (1,8% ellas y 4,0% ellos).

¹⁵⁶ Por su interés reproducimos aquí un resumen de las "reflexiones finales" del texto Barómetro de Juventud y Género de 2021:

1. Las identidades de género se siguen percibiendo desde una mirada dicotómica que entiende los géneros como cajones estancos y excluyentes (lo femenino vs. lo masculino). Además, los estereotipos tradicionales asociados a la feminidad (responsables, sensibles y preocupadas por su imagen) y a la masculinidad (activos, superficiales, posesivos) siguen teniendo un peso importante y tienden a construirse por oposición.
2. Entre 2017 y 2019 ya se apuntaba a cómo la masculinidad se percibía como una categoría menos flexible que la feminidad ante los estereotipos y los roles tradicionales de género, mientras que las mujeres mostraban una mayor tendencia a vincularse con posiciones ideológicas transgresoras con los roles tradicionales con mucha más frecuencia que los hombres. En 2021 se observa una continuidad de esta tendencia, aunque también se constatan algunas rupturas significativas al percibirse cambios relevantes también entre ellos (la preocupación por la imagen se extiende al universo masculino, se reduce su vinculación a los celos y la posesividad y también se adoptan posiciones más igualitarias en torno al trabajo doméstico y de cuidados). A pesar de ello, en lo referido a elementos como la defensa de la pareja tradicional, la desvalorización del "yo" dentro de la pareja, la penalización del trabajo femenino fuera del hogar o la aceptación de las situaciones de discriminación, los hombres siguen adoptando posturas mucho más conservadoras.
3. La atribución de los ámbitos profesionales según el género también continúa estando fuertemente segregada, sin embargo, se percibe un cambio en 2021, especialmente con la gradual incorporación de los hombres en el sector asistencial o sanitario, tradicionalmente feminizado. La importancia de este sector en un contexto de crisis socio-sanitaria como la actual puede explicar este cambio de tendencia.
4. Hay una tendencia continuada desde 2017 según la cual las chicas perciben una mayor presión social para acceder exitosamente a contextos tradicionalmente ligados a la masculinidad, aunque en 2021 se ha producido un aumento generalizado en todas las categorías recogidas para calibrar la presión social percibida, tanto para hombres como para mujeres.
5. Llama la atención que desde 2017, cuando se pregunta sobre las medidas necesarias para promover la igualdad, hay un menor acuerdo alrededor de las políticas de cuotas y una concepción, por tanto, más meritocrática de la igualdad que centraliza los esfuerzos y las responsabilidades en el individuo y que obvia las situaciones de desigualdad estructurales.
6. Igual que en las oleadas anteriores, se constatan posiciones muy polarizadas entre chicos y chicas en torno a la idea del feminismo y la lucha por la igualdad; no obstante, en 2021 esta tendencia se ha agudizado. Las mujeres muestran un progresivo incremento del sentir feminista mientras que, a diferencia de años anteriores, se observa la evolución contraria en los hombres.
7. Así mismo, en el barómetro actual se ha captado una preocupante tendencia a minimizar los efectos perjudiciales que tiene la estructura patriarcal que rige nuestra sociedad en el caso de los hombres. La percepción de que las desigualdades de género son importantes se ha incrementado en las mujeres entre 2017 y 2021 (entre 6 y 7 puntos), pero se han reducido ligeramente en los hombres (entre 2 y 4 puntos), y 1 de cada 10 directamente niega la existencia de desigualdades.
8. Entre 2017 y 2019 se observaba una tendencia positiva puesto que, por lo general, las repuestas mayoritarias de chicos y chicas parecían estar menos estereotipadas y algo más concienciadas con la equidad. En 2021, aunque las chicas sí han continuado con esta misma tendencia el caso de los hombres ha tomado el camino contrario. Con algunas excepciones que hemos ido destacando, tanto en las variables en las que se valora la percepción de los mandatos tradicionales de género como en las prácticas y experiencias vividas u observadas se ha revertido la tendencia hacia la construcción de una sociedad más igualitaria y justa.

evidente la persistencia de la brecha de género más allá de lo ya descrito sobre desigualdades estructurales (empleo, economía, autonomía, dependencia doméstica, etc.): los problemas de salud, sobre todo de salud mental, y la violencia de género.

En la justificación del estudio "Género, vivencias y percepciones sobre la salud"¹⁵⁷ se dice: "El indicador 'esperanza de vida' en las mujeres, en cierta medida el indicador último del nivel de salud, está en un proceso de acercamiento a los parámetros masculinos a medida que los factores de riesgo se aproximan. Lo cual no niega que, durante el trayecto vital, a partir del momento en que comienzan a 'ser mujer', a construir su identidad social, sufran todo tipo de problemas, físicos y psíquicos, en mayor medida y con mayor frecuencia que los varones que las acompañan en ese trayecto. No se trata tanto de que las mujeres padezcan más enfermedades, sobre todo en un sentido restrictivo de la definición, sino que en ese concepto ampliado de salud como estado de bienestar psíquico, físico y social, ellas están decididamente más afectadas por las situaciones de malestar. La brecha de género en la salud se monta esencialmente sobre esas vivencias, sobre las repercusiones emocionales y comportamentales de las mismas, las somatizaciones y trastornos funcionales, y los desequilibrios en el estado de ánimo. Y eso, repetimos, desde el momento en que se inicia el proceso social de definir y asumir la identidad y el rol de mujer, desde la adolescencia. De ahí que para analizar estos hechos sea necesario ampliar el concepto de salud, superando el constructo reduccionista de lo biológico, incluso de lo psicobiológico, para pasar a considerar un fenómeno social total, que integre los planos individuales y colectivos y que se fije primordialmente en las vivencias de malestar o de pérdida de bienestar. Además, entre el conflicto estructural (familiar, laboral, económico o del tipo que sea), desequilibrado en contra de las mujeres, y las manifestaciones de malestar objetivo o subjetivo (automedicación, cefaleas, trastornos del ánimo o cualquiera otra), las percepciones y las vivencias de las mujeres, deberían situarse en esa línea: la de una visión negativa de las propias circunstancias, una quiebra existencial y unas inseguridades identitarias".

Las desigualdades estructurales y la brecha de género están más que sobradamente habladas y demostradas. El impacto sobre la salud y el bienestar de las agresiones contextuales se evidencian una vez tras otra¹⁵⁸. Que ese impacto no es transversal y equilibrado, que afecta más a las mujeres¹⁵⁹ es lo que se muestra en los resultados del estudio cuya justificación hemos usado¹⁶⁰.

¹⁵⁷ Megías, E.; Rodríguez, E.; Ballesteros, J. C.; Sanmartín, A. y Calderón, D. (2021). Madrid, FAD.

¹⁵⁸ Por ejemplo, ya decíamos antes, y se plasma en el trabajo de Megías, E.; Rodríguez, E.; Ballesteros, J. C.; Sanmartín, A. y Calderón, D. (2021), que muchos síntomas de malestar y conflictos de salud empeoraron o aumentaron en la población juvenil tras el estado de alarma y la pandemia. El aumento de trastornos ligados a la salud mental por efecto del proceso pandémico ha sido señalado desde múltiples fuentes en los últimos meses; incluso está en la base de alguna iniciativa parlamentaria (del Grupo Podemos) que pide multiplicar el número de profesionales de la salud mental en las redes sanitarias públicas. En ese texto de 2021 se apoyan las notas 153 a 160.

¹⁵⁹ Es evidente que la condición femenina no es la única situación de mayor vulnerabilidad: la clase social, el nivel educativo, las redes de apoyo y otros muchos, son factores que aumentan de forma clara la vulnerabilidad. Ya hemos señalado que hay diversas brechas sociales; lo que aquí importa es demostrar que, por sí misma o combinándose con otros elementos de riesgo, hoy por hoy, la condición femenina también define una brecha específica.

¹⁶⁰ Obviamente no es el único texto en el que esto se muestra. En elDiario.es del día 4 de septiembre de 2021, se citan diversas fuentes que describen un impacto más evidente del COVID sobre la salud mental de las mujeres, sobre todo inicialmente; sugieren como origen la acumulación de responsabilidades sobre las mujeres.

Las mujeres prevén mayores dificultades para sus proyectos personales, para encontrar trabajo o casa o para ser económicamente autosuficientes, y sin embargo no se muestran más insatisfechas con su situación vital¹⁶¹; al contrario, se muestran más contentas con su vida y sus relaciones y más confiadas en sus propios recursos para enfrentar los desafíos y las injustas desigualdades¹⁶². Atendiendo a los síntomas y vivencias relativas a la salud, se muestra con claridad el mayor nivel de malestar de las mujeres. Éstas tienen peor percepción de su estado de forma y de su salud y, lógicamente, se preocupan más por ésta; y achacan esta situación a la acumulación de responsabilidades¹⁶³. No sorprende que utilicen más frecuentemente los servicios sanitarios ni que tomen con más frecuencia fármacos prescritos¹⁶⁴. Entre las mujeres es superior (en todos los grupos de edad) la frecuencia de sensaciones y vivencias relativas al estado de ánimo (sobre todo tristeza, cansancio, poco interés por hacer cosas...) y a la alteración de los ritmos vitales (concentración, apetito...); y es menos frecuente que entre los hombres la experimentación de malestares que afectan a los comportamientos (control de impulsos y necesidad de calmarse con sustancias)¹⁶⁵. También, en las chicas son más frecuentes las presencias de emociones negativas (incertidumbre, ansiedad, desánimo o miedo); y menos frecuentes que entre los chicos las positivas (felicidad, tranquilidad, motivación o confianza).

Cuando las jóvenes hablan de miedo frente a las amenazas de la vida (y lo hacen más que los hombres) se refieren básicamente a las mismas cuestiones que las estresan, que las cargan de responsabilidad: los estudios, el trabajo o la situación económica, la salud y el bienestar de las personas que quieren, su propia salud y el declinar físico, la soledad...

No es extraño por tanto que el porcentaje de mujeres jóvenes que confiesa haber tenido problemas psicológicos en el año anterior a la encuesta (lo que incluye los primeros meses de pandemia y confinamiento) sea mayor que el de hombres¹⁶⁶; una mayoría de esas personas que tuvieron problemas no acudió a la ayuda profesional. Además, las chicas fueron diagnosticadas de algún cuadro

¹⁶¹ Salvo con el, a todas luces injusto, reparto de tareas domésticas.

¹⁶² En este aspecto los resultados falsean algunas hipótesis del estudio, que postulaban que, entre las peores circunstancias estructurales y los más frecuentes síntomas de malestar, debían encontrarse unas posturas vivenciales más tendentes a la insatisfacción y la desesperanza. Los y las responsables del trabajo no encuentran una explicación fehaciente para esta aparente contradicción y formulan diversos interrogantes que exigirían nuevos empeños analíticos.

¹⁶³ El 69,7% de las chicas creen que su salud es buena o muy buena, 6,1 puntos menos que los chicos. Sobre su forma física, la estiman como buena/ muy buena el 40,3% (4 puntos por debajo de los hombres). La preocupación de ellas por la salud es 'mucho o bastante' en el 77,2% de los casos, casi 14 puntos mayor que la de sus compañeros.

¹⁶⁴ El 11,2% de las jóvenes van al médico 'muchas veces', frente al 9,2% de los chicos. 31,2% van 'algunas veces', frente a 27,1% de ellos. 27,7% de chicas toman prácticamente a diario medicaciones prescritas, mientras sólo el 19,5% de los chicos lo hace. Por el contrario, ellos frecuentan más la automedicación diaria o casi (8,9% de chicas y 12,1% de chicos); la interpretación de este último dato probablemente excede los indicadores sanitarios y habla también de administración de placeres y riesgos.

¹⁶⁵ En una escala 0-10 sobre frecuencia de presentación de unos síntomas relacionados con el malestar psicológico, las jóvenes puntúan por encima de la media de la escala en la frecuencia de presentación de tristeza (5,79; 0,70 puntos de media más que los chicos), cansancio y apatía (5,70; + 0,85 que ellos), falta de interés (5,49; +0,51), problemas de concentración (5,46; +0,37), problemas para dormir (5,46; +0,40) y miedo (5,34; +0,62).

¹⁶⁶ Percibieron problemas psicológicos' continuamente' el 4,0% de las chicas (2,5% de chicos), y 'con frecuencia' otro 6,7% (3,9% de hombres). No los sintieron nunca el 45,8% de mujeres y el 54,5% de hombres. De esas mujeres que tuvieron problemas psicopatológicos casi la mitad (47,8%) no buscó ayuda profesional.

psicopatológico en algún momento de sus vidas en mayor porcentaje que los hombres, sobre todo de cuadros depresivos y de ansiedad.¹⁶⁷ Por el contrario, la diferencia entre géneros en lo que respecta a la presencia de ideación suicida parece ser más preocupante en los hombres (de hecho, ellos se suicidan con mucha mayor frecuencia), aunque los datos no son tan claros.¹⁶⁸

Es por tanto evidente esa brecha de género en la salud y el bienestar de los y las jóvenes. Por qué, pese a ello, las mujeres no se muestran más insatisfechas o más inseguras respecto a su futuro, es algo que queda por dilucidar.

En relación con el segundo elemento de preocupación que mencionábamos, en 2020, los y las jóvenes consideran que la violencia de género es uno de los problemas sociales más acuciantes, y reconocen que existe la discriminación contra las mujeres.¹⁶⁹ Obviamente no es un problema estrictamente juvenil, afecta a toda la sociedad y las víctimas son las mujeres, de cualquier edad, pero es en las edades adolescentes cuando posiblemente se troquelan muchas de las convicciones, percepciones y actitudes que constituyen la base de lo que potencialmente se va a traducir en las situaciones de discriminación y violencia. De ahí que, en esas edades sea preciso analizar, no sólo los episodios de expresión de la violencia sino la construcción y pervivencia de los estereotipos identitarios que explican aquélla, al menos parcialmente¹⁷⁰. Ahora, tras haber comentado anteriormente las cuestiones identitarias y de discriminación, nos centraremos en la violencia y sus expresiones¹⁷¹.

Ya en 2011¹⁷² se explicitaba que el 12,3% de mujeres entre 18 y 29 años habían sufrido violencia de género alguna vez en su vida. Entre 2019 y 2021 se percibe un menor incremento de la violencia contra las mujeres, después de haberse mantenido estable entre 2019 y 2017 (seis de cada diez chicas y cuatro de cada diez chicos percibían un aumento). Así, esta percepción se ha reducido pero en mayor medida entre ellos (-9 p.p.) que entre ellas (-6 p.p.).

Por lo que respecta a los factores asociados a la violencia de género, el porcentaje que mayor acuerdo genera es la falta de educación (para el 38,8% de mujeres y el 29,4% de hombres). Además, cabe destacar que en los últimos años se ha reducido tanto para mujeres como para hombres la mención de factores justificativos de la violencia como el consumo de alcohol y otras drogas (18% ellas y 23,5% ellos) o las rupturas sentimentales (14,9% ellas y 18,3% ellos).

¹⁶⁷ Un 16,1% de mujeres jóvenes fueron diagnosticadas de depresión (14,5% de hombres), y 15,8% de trastornos de ansiedad (13,1% de chicos).

¹⁶⁸ Las ideas de suicidio están presentes 'continuamente' o con 'muchísima frecuencia' en el 4,0% de las jóvenes y el 6,2% de los chicos; con 'cierta frecuencia' o 'alguna vez', en el 34,9% de ellas y el 30,7% de ellos.

¹⁶⁹ La gravedad de la violencia la reconocen el 89,6% de las mujeres jóvenes y el 77,1% de los hombres; la existencia de discriminación, el 82,7% de las mujeres y el 68,7% de los varones (Simón, P., Clavería, S., García-Albacete, G., López, A. y Torre, M., 2021).

¹⁷⁰ En Pérez, S. (Dir.), Cepeda, M. I. y Pérez, G. (2019) se explican extensamente los modelos teóricos explicativos de la violencia de género, la evolución de los Índices de Violencia de Género en España, los factores individuales y sociales que la acompañan, las diferencias en las percepciones de género y todo el conjunto de elementos identitarios que la sostienen.

¹⁷¹ Son diversas las fuentes de las que extraer datos sobre episodios concretos de violencia de género. Nos hemos decantado por utilizar los Barómetros del Centro Reina Sofía sobre adolescencia y Juventud porque su metodología mantenida en el tiempo nos permite comparar los cortes de 2017 (Ballesteros, J.C., Sanmartín, A. y Tudela, P., 2018 b), 2019 (Ballesteros, J.C., Rubio, A., Sanmartín, A. y Tudela, P., 2019) y 2021 (Rodríguez, E., Calderón, D., Kuric, S., Sanmartín, A., 2021) y analizar la posible evolución.

¹⁷² En la "Macroencuesta sobre la violencia de Género, 2011", realizada por el Observatorio de Violencia de Género.

Sin embargo, se observan tendencias sumamente preocupantes en el caso de los hombres puesto que ha disminuido en 2021 la percepción de que la violencia de género es un problema social muy grave (50,4%, -3,8 p.p.), apuntalando la tendencia observada entre 2017 y 2019. Además, prácticamente se ha duplicado la proporción de hombres que defiende que la violencia de género no existe, que es un invento ideológico (20%, +8,1 p.p.) y también se ha incrementado entre 3 y 4 puntos porcentuales la opinión de que la violencia es inevitable, que es habitual y que, si es de poca intensidad, no supone un problema.

Sólo el 6,6% de mujeres y el 18,1% de hombres afirma no conocer situaciones de violencia de género en su contexto más cercano, porcentaje ligeramente inferior en el caso de las mujeres en relación a años anteriores y ligeramente superior en el caso de los hombres. Las más frecuentes se refieren a maniobras de control (revisar el móvil, vigilar y restringir las relaciones, controlar y 'organizar' la vida), que mencionan más de la mitad de las mujeres y entre el 25% y el 40% de los hombres. Porcentajes algo menores pero también muy significativos (para cuatro de cada diez mujeres y aproximadamente dos de cada diez hombres) apuntan insultos, humillaciones o insistir en tener relaciones sexuales cuando la otra persona no quiere. Todas las situaciones son mucho más reconocidas por las mujeres¹⁷³. En relación a barómetros anteriores aumenta la percepción de situaciones de violencia de género por parte de las mujeres, especialmente las relacionadas al control interpersonal, mientras que disminuye por parte de los hombres. Cuando la perspectiva se aproxima y se inquiere sobre los posibles episodios de violencia experimentados en la pareja, hasta casi seis de cada diez, con clara predominancia de chicas, dicen haberlos padecido; estos episodios, del mismo tipo y con el mismo orden de frecuencia que los referidos al entorno cercano, muestran con claridad a las mujeres en la situación de principales afectadas por la violencia de género.

Es evidente que el instrumento de encuesta no da cuenta en toda su complejidad de los fenómenos de violencia de género, anclados en las raíces identitarias, sostenidos por las representaciones sociales y con frecuencia anclados en discriminatorias pautas culturales, pero es claro que se tiene la perspectiva precisa para confirmar su existencia y para contrastar su lenta prevención y superación. Acaso se pueda afirmar que, en estos momentos, las percepciones de la sociedad española, y más concretamente las de los y las jóvenes, están evolucionan a posturas más justas e igualitarias, que hay una progresión hacia el equilibrio identitario y formas más sanas de entender la relación entre géneros. Pero no es menos plausible que, todavía, ese cambio se centre en lo formal, sin que haya llegado a modificar de forma importante las estructuras profundas y los comportamientos. No obstante, páginas atrás lo recordábamos, los cambios se originan en los discursos.

¹⁷³ Por ejemplo: "vigilar el móvil" (59,7 vs. 38,7%), "controlar lo que hace" (54,5 vs. 28,4%), "decirle con quién puede o no hablar o ir" (51,6 vs. 23,5%), "insultar o humillar" (49,8 vs. 23,5%), "pegar" (29,9 vs. 18,4%), "impedir estar con amigos" (46 vs. 22,5%), "insistir en tener sexo cuando no quiere" (39 vs. 16,4%), "provocar miedo" (36,2 vs 22,5%).

UN CALEIDOSCOPIO DE VOCES E IDEAS SOBRE JUVENTUD Y PANDEMIA

ECONOMÍA, EMPLEO Y TRANSICIONES

¿Se superaron los efectos de la gran recesión en el impacto en el empleo juvenil?

Inmaculada Cebrián.

El estudio realizado sobre el impacto que tuvo la reforma de 2012 y los cambios legislativos posteriores en el empleo juvenil (<https://www.adolescenciayjuventud.org/publicacion/jovenes-y-empleo-escenarios-de-futuro/>) puso de manifiesto que **la gran mayoría de la población entre los 16 y los 29 años que se integraba en el mercado de trabajo había de pasar por una situación laboral inestable**, alternando empleos precarios con periodos de desempleo que, en muchas ocasiones, no estaban cubiertos por ninguna prestación, lo que terminaba truncando sus expectativas, coartando su proyecto vital y retrasaba su emancipación. Pues bien, tras la Gran Recesión, la situación no ha cambiado mucho, aunque hay leves muestras de que algo podría estar mejorando.

En 2014 había más de un millón y medio de personas jóvenes desempleadas y el empleo juvenil seguía siendo precario y de escasa estabilidad laboral. El acceso seguía produciéndose mayoritariamente a través de la contratación temporal, dando lugar a que un 52 por ciento de la población joven tuviera un empleo temporal y, por lo tanto, sufriera altas tasas de rotación laboral. Además, cerca del 28 por ciento tenía un empleo con jornada a tiempo parcial, casi 12 puntos más que la media de la población ocupada.

En los años posteriores, **durante la etapa de recuperación anterior a la llegada de la COVID, la situación mejoró algo en términos cuantitativos, pero cualitativamente no cambió mucho**. En 2019 el volumen de jóvenes en situación de desempleo se había reducido a 900 mil, sin embargo, los empleos de los y las jóvenes mantenían características similares a las de cualquier otro momento anterior. De hecho, el impacto de la temporalidad era superior a la del inicio de la recuperación, llegando a afectar al 55,4 por ciento de la población joven asalariada. La elevada rotación, no solo no se había reducido, sino que incluso afectaba a más jóvenes. En cambio, había algo menos de población joven con jornadas a tiempo parcial, dado que el porcentaje había caído al 26 por ciento. Hay que añadir que el empleo a tiempo parcial como alternativa para compatibilizar empleo y estudios no ha logrado despegar, de modo que sigue habiendo un elevado volumen de jóvenes con jornadas reducidas involuntariamente.

Con la llegada de la pandemia causada por el coronavirus y su rotundo impacto en la sociedad y en la economía española desde marzo de 2020, la temporalidad y la parcialidad se redujeron en 3,5 y 1 punto porcentuales con respecto a 2019. Ahora bien, estas caídas se explican básicamente por la pérdida de empleos, con lo que el desasosiego y la incertidumbre que se han añadido al mercado de trabajo han terminado condicionando más, si cabe, el futuro de la juventud.

En estos momentos, el mercado de trabajo sigue siendo complejo y con elevadas dosis de aleatoriedad, a pesar del control de la pandemia. **La "cultura de la temporalidad", tan extendida en España, sigue poniendo límites al éxito de las medidas encaminadas a dotar de estabilidad, seguridad y garantías al empleo**

juvenil, dificultando que puedan llegar a buen puerto y se logre intuir siquiera una mejoría de la situación de este grupo de población tan importante.

Cierto es que **se han producido avances, ligeros, pero avances**, a fin de cuentas. Poco a poco se va reduciendo la tasa de jóvenes que ni estudian ni trabajan. Cada vez son más los que permanecen en el sistema formativo. Las tasas de desempleo son menores entre los más formados, así como se reducen notablemente las diferencias entre los y las jóvenes. A modo de ejemplo, la EPA estima que el grupo de personas entre 25 y 29 años en 2019 tenían una tasa media de desempleo del 19 por ciento, que subía al 26 por ciento entre quienes tenían estudios primarios o secundarios de primera etapa y bajaba al 14,4 por ciento entre quienes habían alcanzado el nivel de estudios superiores. Es evidente que tener estudios superiores no es la panacea, pero sí reduce notablemente la probabilidad bruta de estar en desempleo. La recuperación de la inversión lleva tiempo y la recompensa salarial tarda en llegar, pero está claro que, hoy por hoy, la formación sigue siendo la mejor garantía para estar y avanzar en el mercado de trabajo.

Nuestra juventud debe saber que su inversión en formación es una buena elección porque su formación es un bien muypreciado que, a pesar de no ser una garantía para el éxito absoluto, les abre una vía para alcanzar una mejor posición en el mercado de trabajo.

¿Es realista y eficaz el proyecto de recuperación postpandemia en lo que afecta a los jóvenes?

Inmaculada Cebrián.

Según lo que se entienda por realista, podríamos sentirnos satisfechos al poder decir que **en lo que llevamos del año 2021, las cifras de empleo juvenil van mejorando**. Hay más personas jóvenes que han logrado acceder a un empleo, no sólo con respecto a 2020, el año de la pandemia, sino también cuando se compara con 2019. Sin embargo, esa realidad muestra que, como siempre, una grandísima mayoría (más del 92 por ciento) del acceso al empleo asalariado tuvo lugar con un contrato temporal, principalmente en sectores como la hostelería o el comercio. Esto significa que **la recuperación tras la pandemia nos está llevando al punto del que partíamos, creando empleo temporal en sectores muy coyunturales**, manteniendo los niveles de calidad del empleo que había con anterioridad.

Los Expedientes de Regulación Temporal de Empleo (ERTE) han servido para amortiguar los efectos de la caída de la producción y proteger el empleo de todas aquellas personas que estaban ocupadas cuando llegó la pandemia, sin discriminar por género ni edad. Sin embargo, el impacto de **la pandemia no ha afectado por igual a todos los sectores**, habiéndose visto más perjudicados aquellos que emplean a más jóvenes y a más mujeres, a los que tienen empleos con menores ingresos y con menor nivel de cualificación.

Al finalizar el año 2019, había un 34 por ciento de población joven en el sector del comercio y de la hostelería, dos de los sectores de actividad en riesgo tras la llegada de la pandemia. Al inicio del año 2020 el porcentaje era del 33 por ciento, cayendo hasta 28,5 un año después. Ahora bien, en cuanto se ha

comenzado a recuperar la actividad en estos sectores, el porcentaje ha vuelto a subir, alcanzando el 31 por ciento en el segundo trimestre de 2021.

Adicionalmente hay que mencionar que, durante la pandemia, pero sobre todo durante el confinamiento y los meses inmediatamente posteriores, **las circunstancias especiales que se vivían, la limitación y la reducción de la actividad en los sectores no considerados esenciales llevaron a que muchas personas, ante la imposibilidad de encontrar un empleo e incluso de buscarlo, pasaran directamente a ser inactivos.** Los datos más recientes indican que esta salida del mercado de trabajo puede ser circunstancial, pero no cabe duda de que hay que prestarle especialmente atención para evitar el paso de la inactividad a la exclusión.

Llegado el momento de recuperar la actividad plena, las circunstancias obligan a revitalizar el papel de las políticas activas de empleo dirigidas al colectivo más joven. Hay que ir más allá en el proceso de ajuste e incorporar medidas que, con nuevos planes bien diseñados y coordinados entre los diferentes ámbitos de la intermediación laboral, se adapten más rápidamente y mejor a las necesidades del sistema productivo y terminen de engancharlo con el sistema formativo. **Es imprescindible disponer de un modelo de orientación adecuado para quienes no logran encontrar un empleo,** cualquiera que sea la situación en la que se encuentren. En estos momentos, la línea que separa el desempleo de la inactividad es muy débil lo que aconseja no hacer diferenciaciones estrictas entre los colectivos que no tienen un empleo. Por otra parte, el grupo de personas jóvenes ocupadas que desean encontrar empleos mejores deben conseguir la ayuda necesaria para lograrlo, dotándoles, si fuese necesario, de la formación para el empleo que les permita adaptarse a las nuevas necesidades, no sólo para salir de esta terrible situación, sino para que les sirva de apoyo a lo largo de toda su vida laboral.

En este sentido, resulta igualmente imprescindible ayudar a las empresas para que inviertan en nuevos sistemas productivos en los que se incorporen personas jóvenes bien formadas que sean capaces de adaptarse a las transformaciones requeridas por los cambios tecnológicos de la era digital y para la defensa del medio ambiente.

La gran recesión de la década anterior impactó en las transiciones juveniles ¿Fue un impacto coyuntural o dejará una huella duradera y transformadora de las transiciones a la vida adulta (formación, trabajo, emancipación, autonomía, familia, responsabilidad social...)?

Elisa Chuliá.

Las crisis dejan más o menos huella en un grupo o colectivo social, dependiendo de cómo afecte a sus oportunidades de conseguir empleo o mantenerlo. La Gran Recesión trajo consigo una fuerte contracción del empleo, reduciendo esas oportunidades para muchos jóvenes. Por un lado, la crisis bloqueó la entrada al mercado de trabajo a aquellos que pretendían iniciar su carrera laboral; por otro, expulsó a gran parte de quienes, en la década previa –marcada por el boom inmobiliario y la expansión económica– habían comenzado a trabajar en sectores de alta demanda de mano de obra (y, en consecuencia, de salarios relativamente elevados), como la construcción y la hostelería.

Probablemente, **los que todavía no se habían incorporado al mercado de trabajo no se han visto tan perjudicados como los que, llevando algún tiempo en él, fueron despedidos.** Los primeros tuvieron que aceptar un retraso de su independencia económica y sus posibilidades de emancipación del hogar familiar y formación de una familia propia. No pocos decidieron seguir formándose, sin duda una buena decisión que, seguramente, habrá mejorado sus oportunidades y perspectivas de empleo. Otros simplemente esperaron, con más o menos paciencia, el momento de su inserción laboral.

Sin embargo, los segundos –es decir, los que fueron expulsados del mercado de trabajo– disponían, por lo general, de escasa cualificación porque habían decidido ponerse a “ganar dinero”, en lugar de continuar formándose (incluso abandonando su formación sin concluirla). A los integrantes de este grupo, mayoritariamente varones, el estallido de la burbuja inmobiliaria y la crisis económico-financiera les dejó, dicho coloquialmente, “colgando de la brocha”. **La recuperación económica y del empleo durante el quinquenio 2015-2019 no fue capaz de absorber a todos esos jóvenes, con el consiguiente quebranto de sus proyectos biográficos.** Por tanto, a este segundo grupo de jóvenes la Gran Recesión les ha dejado una huella duradera, truncando su trayectoria laboral de empleo continuo y comparativamente bien retribuido, y también su capacidad de formar una familia que cuente con recursos suficientes para mantener su estabilidad y asegurar el bienestar de sus miembros.

Las dos crisis seguidas, recesión y pandemia ¿han incrementado o han amortiguado las diferencias entre las dinámicas y los modelos de transiciones de hombres y mujeres?

Elisa Chuliá.

La **Gran Recesión afectó más a los hombres que a las mujeres; fue así simplemente porque golpeó con más fuerza a sectores productivos en los que la mano de obra es predominantemente masculina** (en particular, la construcción y gran parte de la producción de bienes y servicios con ella relacionados). Como quiera que las mujeres se encontraban antes de la crisis en peor situación laboral, el **empeoramiento del empleo de los hombres contribuyó a reducir la desigualdad de género** (obviamente, por una vía nada halagüeña). La crisis del **coronavirus –mucho más corta, aunque también mucho más abrupta y contundente– ha marcado menos diferencias** entre el empleo de hombres y mujeres. Ante el shock de la pandemia, la variable clave en cuestión de empleo no ha sido tanto el género cuanto la posición laboral de las personas empleadas: en concreto, disponer de un contrato estable ha aumentado la probabilidad de mantener el puesto de trabajo a través de los ERTE y de otras medidas de contención de los efectos de la crisis.

Aun cuando las diferencias de género entre los jóvenes son en algunas dimensiones socioeconómicas todavía significativas, **se observa con claridad una tendencia a su disminución;** y ello tiene que ver con que las mujeres aspiran a trayectorias laborales equiparables a las de los hombres y actúan de acuerdo con esta aspiración formándose. Según confirman los datos disponibles, en conjunto ponen en ello más empeño y esfuerzo que sus coetáneos varones.

VALORES, ACTITUDES, COMPORTAMIENTOS Y RELATO MEDIÁTICO

¿Qué valores, del tipo que sean, cree que ha puesto de manifiesto todo el proceso pandémico?

Enrique Gil Calvo.

Las reacciones de la sociedad española ante la pandemia se han caracterizado por la **solidaridad** ante sus víctimas probada con voluntariado y bancos de alimentos; el **reconocimiento** a los profesionales de los servicios públicos, aunque no a sus gestores administrativos; la **responsabilidad** al cumplir las normas sanitarias; y la capacidad de **superación**, traducida en las más elevadas tasas de vacunación. Y estas reacciones se han dado **en mayor grado en las cohortes juveniles**, las primeras en exhibir solidaridad colectiva, reconocimiento al personal sanitario y responsabilidad ante el confinamiento, pese a las restricciones de su libertad de movimientos, actividades de ocio e interacción social.

Lo que resulta más meritorio si tenemos en cuenta la paradoja de que si bien la juventud (junto con la infancia) ha sufrido los menores daños epidemiológicos (en términos de morbilidad y mortalidad), en cambio ha sido la clase de edad más perjudicada en sus capacidades de desarrollo personal, quedando condenada por el cese de la enseñanza presencial y el hundimiento del empleo a aplazar *sine die* su integración adulta justo en la fase vital que determina el punto de inflexión, la clave de bóveda o el centro de gravedad de su ciclo biográfico de vida. Como ocurría con los jóvenes cuando se iban a la guerra, teniendo que suspender sus planes de hallar empleo y formar familia sin saber si podrían retomarlos algún día, también en la guerra contra la pandemia chicos y chicas han visto congelarse sus expectativas de inserción social.

Esto explica que **las reacciones emocionales específicas de la juventud ante la pandemia también hayan sido más negativas**, en términos de miedo, estrés, incertidumbre, ansiedad y depresión; especialmente entre las jóvenes, según revelan estudios como los del [INJUVE](#) o el propio [CRS](#). Tampoco es que dichas reacciones problemáticas sean excesivas, pues la mayoría respondió positivamente reforzando sus vínculos afectivos de compromiso familiar, al tener que refugiarse durante el confinamiento en el domicilio de sus progenitores tanto los ya emancipados como quienes estudiaban fuera. Pero incluso este retorno a la dependencia familiar resultó traumático para buena parte de la juventud; [especialmente las jóvenes](#), dada la precoz madurez femenina.

En general, **el estrés pandémico se cebó más entre las chicas que entre los chicos**; y dentro de aquellas, más entre las ya emparejadas, lo que podría deberse a un efecto indirecto de género. Dada la diferencia de edades por sexo en el emparejamiento, la proporción de convivientes en pareja es más elevada entre las mujeres que entre los varones. Pero muchas chicas emparejadas pudieron caer víctimas del 'síndrome del cautiverio', pues los varones posesivos controlan y restringen las interacciones de sus parejas para aislarlas bajo su dominio. Y al no poder separarse de ellos por el confinamiento, los feminicidios disminuyeron

pero el invisible maltrato de género aumentó, lo que explica el aumento del malestar en el conjunto de las jóvenes durante la pandemia.

Y aún existe otra razón adicional del incremento del estrés juvenil femenino que es el 'efecto Instagram', dado que la falta de interacciones físicas durante el confinamiento dejó a muchas chicas inermes ante el control asfixiante de sus pares [en las redes sociales](#). Es lo que reveló el *Wall Street Journal*, al filtrar un [estudio secreto de Facebook](#) sobre los perniciosos efectos del abuso de Instagram sobre la imagen corporal de las adolescentes, que las hace sentirse peor consigo mismas. Y este incremento del efecto negativo de las redes sociales puede generalizarse a la imagen de la juventud mediáticamente construida.

Parece claro que se está dando un bombardeo mediático sobre las conductas juveniles respecto a la pandemia en los momentos de ocio. ¿Cambiará la percepción social sobre los jóvenes? ¿Ese posible cambio en la representación afectará a la solidaridad o la convivencia intergeneracional?

Enrique Gil Calvo.

En efecto, para la prensa y la televisión, lo peor de la pandemia ha sido la irresponsabilidad de los jóvenes, pues, según su relato, en cuanto pueden se dedican a hacer botellón, infringiendo todas las normas sanitarias sin preocuparse de los efectos contagiosos que puedan tener sobre sus familiares y conciudadanos. Esto en parte se debe a un sesgo de transparencia, pues bajo confinamiento la ocupación del espacio público resulta mucho más visible por comparación. Por lo demás, sería de esperar una cierta irresponsabilidad entre unos jóvenes a los que se bloquea su emancipación, quedando condenados a una eterna minoría de edad al vedárseles el acceso a responsabilidades laborales y familiares. Por eso, lo extraño ha sido la falta de indignación juvenil, pues en lugar de sumarse a la insumisión contra las restricciones, como en otras partes, **nuestros jóvenes han optado por comportarse con un cierto conformismo**, tras refugiarse en la segura protección familiar.

Esto hace que **el relato mediático sobre la irresponsabilidad juvenil sea rechazado por la ciudadanía**, como revela el [estudio 3329 del CIS](#) (julio de 2021), que prueba la percepción mayoritariamente responsable que tiene la opinión pública sobre el comportamiento juvenil durante la pandemia. Lo que no impide que, dada su estigmatización por los medios, muchos chicos y chicas se sientan culpabilizados, agravándose su síndrome de estrés pandémico. Así, al mal de tener bloqueada su inserción adulta se sobreañade la maldición de verse señalados por el dedo mediático como falsos culpables de irresponsabilidad social.

En los últimos meses es perceptible un clima mediático asustado/escandalizado por el supuesto comportamiento irregular y anómico de los jóvenes frente a las reglas de la desescalada de las restricciones por el COVID ¿Cree que es justo este señalamiento o es una manipulación distorsionada?

Javier Elzo¹.

Ciertamente, creo que **se está criminalizando en exceso**, e injustamente, a los jóvenes, y más ahora que estamos en los comienzos de la postpandemia. Porque la gran mayoría de los jóvenes tienen un comportamiento impecable. Muchos beben demasiado alcohol, pero puedo asegurar, como he escrito en no pocos de mis trabajos, que nosotros, **los que nos acercamos a los 80 años de edad bebíamos a lo largo de la semana bastante más de lo que beben ahora** los adolescentes y jóvenes. Claro que estos lo hacen en una o dos noches, en lo que se ha convenido en denominar el "atración" ("binge drinking", en inglés).

¿A qué achaca en última instancia estos comportamientos, el de los jóvenes supuestamente irresponsables y el de los adultos alarmados y estigmatizadores?

Javier Elzo.

Parte de la generación de los padres de los jóvenes de hoy fue la protagonista de los años 80 y 90, cuando se aplicó en España la máxima de Mayo del 68 del «prohibido prohibir». Fueron quienes conquistaron la calle para el uso y disfrute de las noches de los fines de semana y como espacio propio de la juventud.

Muchos de esos padres se sienten identificados con los adolescentes y jóvenes de hoy. Eso, también, explica la existencia de cierta connivencia social con el consumo de alcohol de los menores, explica por qué existen dificultades para hacer cumplir una legislación por la salud de todos; y explica por qué a pesar de las prohibiciones, de las campañas preventivas, de los esfuerzos de tantos, el alcohol de borrachera participa de la cultura de algunos adolescentes.

Desde mi punto de vista, la Administración, estatal, autonómica, provincial y municipal, ha perdido una ocasión de oro para reordenar de otra manera el ocio de los jóvenes y su legítimo derecho a la diversión.

Una de mis propuestas sostenía que **había que trabajar y reflexionar para conseguir que la juventud se empiece a divertir antes y termine de divertirse también antes**, pues a partir de cierta hora se pierde más el control y cuando se trasnocha demasiado se pierde también el día siguiente. Pues bien, ya estoy leyendo que en este momento hay provincias en las que se permite que determinados bares y discotecas puedan estar abiertos hasta las seis de la mañana. Por decisión de la Administración correspondiente. Pero no solamente eso, sino que cuando algunos bares cierran, digamos a las dos de la madrugada, entonces casi es peor la solución pues, en ese supuesto, no pocos jóvenes salen a la calle, alborotando enormemente, no dejando descansar a los vecinos. En

¹ Javier Elzo expuso en una entrevista en El Norte de Castilla, publicada el 19 de junio de 2021, algunas de las tesis recogidas en estas respuestas. Para mayor desarrollo de las mismas, se puede consultar el siguiente enlace: <https://www.elnortedecastilla.es/palencia/javier-elzo-perdido-20210619204636-nt.html>

varias localidades, hay un hartazgo del vecindario por este comportamiento, dando lugar a manifestaciones de protesta. Incluso algunos bares decidieron cerrar, en realidad no abrir, algunas noches de fin de semana.

Evidentemente mi propuesta de cerrar antes los bares y discotecas no se puede llevar a cabo, de la noche a la mañana, "manu militari". Hace ya cerca de 30 años, propuse rebajar cada año en doce minutos el horario nocturno. En diez años, nos situaríamos acorde a la situación europea y se habría conseguido que la fiesta no terminara tan tarde, sino que empezara antes. Creo que **habría que haber hecho una campaña durante la pandemia para intentar ajustar nuestro modo de vida y que la gente se divierta, pero no tan tarde**. Por supuesto habría que concertarlo con la hostelería que tiene derecho a saber cómo organizar su negocio, aunque sabe que la última hora es cuando el dinero se suelta más fácilmente, y que cuanto más tarde cierran los bares más caja.

No hay que olvidar que la hostelería es un ámbito vivencial fundamental pues, como dice George Steiner, la Europa que vivimos se ha hecho en los cafés. Los bares, y similares conforman, por otra parte, una forma de sociabilidad muy importante en España. Pero en España nos hemos convertido en los reyes del ocio juvenil con demasiado alcohol.

CONVIVENCIA, ESPACIO PÚBLICO Y CULTURA

Después de lo que parecía un "recuperar las virtudes tradicionales" y una vuelta al "orden y la seguridad" que se observaba en los estudios de valores de 2012/2014, achacables al impacto de la gran recesión ¿se ha vuelto a modelos juveniles más presentistas? Si ha sido así ¿han influido en algo, y cómo, la pandemia y los procesos que ha conllevado?

Javier Elzo.

Para reflexionar sobre esto, podemos preguntarnos también por los hechos violentos sucedidos en varios municipios de España, algunos con agresiones graves a personas por parte de un reducido número de jóvenes, y la alarma y exigencia de mano dura por parte de la población adulta podrían hacer pensar que estamos ante una ruptura generacional. Pues ¡no! **Los cambios sociales y de valores no afectan solamente a los jóvenes, sino a toda la sociedad.**

Hace años, los 'grises' perseguían manifestantes. En la actualidad, los jóvenes violentos se enfrentan, insultan y lanzan objetos contundentes, a las fuerzas del orden. Han perdido el miedo y el respeto a la autoridad del poder. Antes se luchaba por la libertad, por la democracia. Los jóvenes de hoy ya han nacido en una sociedad libre, en democracia, y aunque es legítimo luchar por más libertad (eclipsada por la seguridad), mejor democracia (hoy en manos de las cúpulas de los partidos y de los jueces) y por otra gobernanza en la era europea y digital, la sociedad tiene derecho a vivir y disfrutar en paz, y a dormir por las noches. Parece mentira que haya que reivindicar esto.

Vivimos en la sociedad de la queja continua, en la crítica por todo. Hay que repetir una y mil veces que la sociedad de la queja, de la crítica negativa, de la apuesta por la exigencia al poder que nos resuelva todos los problemas en vez de la iniciativa personal, la capacidad de crear y emprender, es el caldo de cultivo de todas las dictaduras, de todos los extremismos, sean de derechas o de izquierdas.

Ante el vandalismo de un muy reducido número de jóvenes, se impone el ejercicio de detectarlos. Hay que analizar su perfil sociológico y que los más violentos pasen por programas de reinserción. Porque **no hay juventud, sino jóvenes, y porque los jóvenes son como son en razón del contexto en el que han crecido.**

Ya lo dijo Pierre Bourdieu: que «la juventud no es sino una palabra». La juventud, como tal, no es una categoría de análisis, pues no es uniforme sino tan plural como la sociedad misma. De ahí la importancia de llevar a cabo tipologías de jóvenes. Y como afirmaba Karl Mannheim: «solo la vivencia de experiencias compartidas daba lugar a situaciones generacionales». Los adolescentes y jóvenes actuales son hijos e hijas de nuestra opulenta sociedad (Galbraith), aunque ahora padecemos una crisis interminable por la pandemia, tras otra financiero-económica en 2008, que no todos -jóvenes y mayores- sufren de la misma manera.

¿Cuáles son los desafíos de la convivencia hoy en día? ¿El peso de las TIC en la comunicación, en el ocio y en la cultura juvenil ¿facilita o crea problemas en la convivencia y en la organización social? ¿Cómo afecta la diversidad cultural a los valores y las relaciones juveniles? ¿Qué tipo de sociedad están configurando o cuál perciben como ideal?

*Carles Feixa*².

De entrada, los problemas de convivencia asociados al ocio y a la diversidad cultural tienen rostro juvenil y remiten a una creciente brecha generacional. En Marruecos y en España, las nuevas generaciones provocan retos a la convivencia porque no tienen un lugar claramente asignado en la sociedad, lo que se ha agravado a la salida de la pandemia. Mientras son invisibles y no molestan los toleramos, sin importarnos demasiado si sus condiciones de tránsito a la vida adulta mejoran o empeoran, pero **cuando se hacen presentes en el espacio público en formas no previstas causan molestias y los convertimos en cabeza de turco de nuestros males**. El botellón es la máxima expresión de esta inquietud. Aunque existe desde hace al menos dos décadas, la situación creada por la pandemia lo ha hecho más visible y concentra las quejas ciudadanas. Pero en el fondo responde a una transformación del mercado de ocio que los jóvenes no han inventado, y que se basa en la nocturnización, la comercialización elitista, la expulsión de los locales de ocio hacia las periferias urbanas y la publicidad masiva de bebidas alcohólicas con una retórica juvenilista.

Tanto la cultura juvenil como la diversidad cultural son vistos por la sociedad adulta como el problema a resolver, la causa de la ruptura en la convivencia normalizada, ejemplificada en el botellón. Pero también pueden ser vistos como parte de la solución, en realidad como la única vía para encarar soluciones sostenibles. Si la cultura juvenil existe y no para de crecer -en base al uso intensivo de las TIC y a nuevas prácticas de ocio- es porque los jóvenes llenan con referentes horizontales los huecos en la relación vertical que entablan con la sociedad adulta -con el sistema educativo, con el mercado laboral, con el mercado de la vivienda. **No se trata de prohibir las prácticas juveniles molestas tout court, sino de reflexionar por qué se producen y buscar espacios y tiempos para plantear alternativas y reducir los costes** que tienen para ellos y para el entorno.

En lugar de hablar tanto del botellón, culpando siempre a los otros -a los jóvenes o a los *menas*³-, **debemos dedicar más tiempo a hablar de las condiciones de trabajo y vivienda de nuestros jóvenes**, preguntarnos por ejemplo si es normal que se emancipen a una edad tan tardía. Ese es el auténtico trasfondo del botellón. Para repensar la cultura juvenil y la convivencia, la cultura juvenil puede ser un instrumento educativo de primer orden: en lugar de la herida que causa daño, puede ser la venda que cure. Los indicadores de desarrollo juvenil nos invitan a mirar el bosque que se esconde tras los árboles y a preguntarlos cómo cuidarlos para que no sean pasto de las llamas.

2 Carles Feixa respondió a estas preguntas desde Rabat, donde se encontraba llevando a cabo una visita etnográfica en el marco del proyecto TRANSGANG, sobre grupos juveniles de calle en el sur de Europa, norte de África y América Latina.

3 Mientras respondía a estas preguntas, Carles Feixa recibió el titular de un periódico español: "Alerta botellón: la Policía investiga a decenas de menas que aprovechan multitudes y altercados para atracar". Y se preguntaba qué tendrán que ver el botellón, los menas y los altercados que hemos visto las últimas semanas en torno al ocio nocturno.

ACTIVISMO, POLÍTICA Y PARTICIPACIÓN

¿Cómo ha evolucionado el activismo político de los jóvenes?

Pablo Simón.

Tradicionalmente se ha considerado que los jóvenes son un grupo poco implicado y con escaso interés por la política. Sin embargo, esta imagen está cada vez más cuestionada desde la literatura especializada en la materia. Por ejemplo, trabajos como los de García-Albacete o Lorente señalan que los jóvenes, desde el año 2008, han desarrollado un notable activismo político. Es más, datos como los presentados en el Informe de Juventud 2020 apuntan como **educación, feminismo y ecologismo han vehiculado las principales protestas realizadas por los jóvenes durante los últimos años.**

Por lo tanto, se hace necesario tener una visión algo más matizada de la relación de los jóvenes con la política. Primero, porque no hay signos de que ésta no les interese. Es verdad que los jóvenes entrevistados en 2004 y 2006 muestran unos niveles bajos de interés por la política. Sin embargo, a partir del año 2012 en adelante esta tendencia cambia y se eleva a los niveles que han permanecido constantes: **en torno al 40% de los jóvenes que están muy o bastante interesados por la política.** Por tanto, ellos se han politizado en paralelo al conjunto de la sociedad.

Segundo, porque es cierto que participan menos de partidos políticos o se abstienen en mayor medida que los adultos. Sin embargo, son más dados a implicarse en movimientos sociales, de protesta o a través de redes sociales. Esto señala que el proceso de "enganche" de los jóvenes con la política es diferente al de los adultos, algo ligado tanto al ciclo vital como al efecto generación. Al primero porque su proceso de implicación en la participación convencional tarda en desarrollarse y, al segundo, porque se han socializado en un entorno de crisis general de los cuerpos intermedios de representación.

Esto hace pensar que no necesariamente existirá un efecto reemplazo de unas formas de participación por otra. Dicho de otro modo, que estas cohortes de jóvenes no necesariamente migrarán a una forma de participación más institucionalizada. Con todo, los datos disponibles en el informe INJUVE 2020 señalan que **la participación política de los jóvenes se realiza especialmente a nivel estudiantil** (donde dicen implicarse en mayor medida) y, a mayor distancia, a través de asociaciones. De nuevo, son los partidos los que menos preferidos son por los jóvenes, aunque esta no es una pauta tan diferente de la de los adultos.

Ahora bien, una cuestión destacable es que el activismo social de los jóvenes no establece una distinción entre cuestiones "culturales" o "materiales". Aunque ellos han acudido más a las protestas feministas o ecologistas (son las que se han convocado más frecuentemente el periodo pre-pandemia) lo cierto es que manifiestan niveles de interés muy similares de interés tanto por estas cuestiones como por la educación, el empleo o la vivienda. Por lo tanto, su participación en estas protestas obedecen más bien del contexto determinado en el que han sido movilizados y no tanto de que los demás aspectos los consideren subsidiarios.

Esto último, además, tiene sentido cuando los jóvenes han sido señalados como uno de los sectores más damnificados por las dos crisis más recientes, tanto la de 2008 como la de la covid-19. Cuestiones como empleo o vivienda siguen ocupando un nivel destacado en el debate público.

Algún autor ha señalado una cierta "derechización" de las posturas juveniles. ¿Estás de acuerdo con esa apreciación? Y, si es así, ¿cómo se manifiesta ese proceso?

Pablo Simón.

Por lo que toca a la ideología de los jóvenes, cada vez más voces han apuntado al hecho de que los jóvenes españoles cada vez se encuentran más a la derecha (como pasaría en Alemania, Italia, Reino Unido o Francia). Si se miran con atención los datos disponibles para nuestro país, lo cierto es que **los jóvenes se siguen situando más a la izquierda que los adultos. Sin embargo, la distancia ideológica entre ambos ha tendido a reducirse** con el paso del tiempo. Por tanto, la respuesta es que dicha afirmación tiene fundamento.

Ahora bien, lo interesante es rastrear en las causas de este cambio y una explicación crucial tiene que ver con elementos generacionales. Los jóvenes de los años sesenta y setenta eran notablemente más de izquierdas que los de ahora, por lo tanto, el sesgo izquierdista se acentúa en un momento específico. Dado que sabemos que los "eventos impresionables" marcan a una generación determinada en sus actitudes, tiene sentido pensar que los jóvenes socializados en el entorno de mayo del 68, la guerra de Vietnam (o la transición española) hayan tendido a estar más a la izquierda que otras cohortes.

Pero también hay otra razón que es menos obvia, a priori, para esa convergencia: que dicha generación se ha hecho mayor. A medida han ido creciendo los boomers, han mantenido en muchos casos su orientación ideológica más progresista. Eso ha hecho que los adultos hoy sean más de izquierdas que los adultos en los años 70, con lo que se ha producido este fenómeno de convergencia ideológica entre las dos generaciones.

Por tanto, ambos elementos pueden ayudarnos a entender este corrimiento: aunque los jóvenes sigan sesgados a la izquierda, **los adultos hoy son más liberales que en el pasado** mientras que los jóvenes son hoy más de derechas que sus padres.

En el trabajo que, dirigido por usted, realizó el IGOP para el Centro Reina Sofía, se señalaban una serie de actitudes claves en los jóvenes: un interés "desinstitucionalizado" por la política, una concepción más "líquida" de ésta, un compromiso con las causas más que con las banderas, una utilización de Internet como instrumento, como territorio, como estrategia y como objetivo para la acción política, etc. Después de unos años ¿ratificaría señalamientos? ¿Cree que las cosas han cambiado?

Joan Subirats.

En estos últimos veinte años el debate sobre los impactos de Internet y la transformación digital en todos los aspectos de la vida no ha cesado ni por un instante. Lo que nadie se atreve ya a decir es que Internet es simplemente un nuevo instrumento, "un nuevo martillo", para seguir haciendo lo que ya hacíamos, pero modificando formatos y procesos. Hemos constatado que se trata de "un nuevo país", con reglas, maneras de hacer, lenguajes, emociones y dinámicas vitales cada vez más distintas de las que teníamos en el fordismo industrial del siglo XX. Unos eran, éramos, más optimistas sobre las potencialidades democráticas de la transformación digital, y otros eran, siguen siendo, más pesimistas sobre sus reales capacidades emancipadoras. Entre la "primavera árabe", el 15M o "Occupy Wal Street" y el predominio avasallador de GAFAM, o entre las capacidades movilizadoras y horizontales que brindan las redes sociales y el creciente control sobre lo que hacemos y pensamos vía algorítmica, hemos ido aprendiendo y calibrando ventajas e inconvenientes.

Los años 90 del siglo pasado marcaron la primera gran expansión de Internet aprovechando las grandes posibilidades que ofrecía la Web 2.0. Luego, a primeros de siglo, Facebook (2004) o Twitter (2006) sirvieron de plataforma al inicio de la interacción social digital. Los jóvenes que votaron por primera vez en las últimas elecciones generales (noviembre 2019) son ya plenamente del siglo XXI, y se han socializado (también políticamente) en el mundo de Internet y las redes sociales. En esos escasos veinte años, hemos pasado de los SMS convocando frente a las sedes del PP tras los atentados de Atocha, justo antes de las elecciones de marzo del 2004, a la planificación digital de la comunicación política. Incorporando tanto la constante manipulación informativa orquestada por bots como expertos que gestionan y orientan las cuentas de dirigentes institucionales y políticos en redes como Facebook, Twitter, Telegram, Instagram o TikTok.

En este contexto, **no creo que podamos seguir diferenciando el espacio analógico del espacio digital si queremos preguntarnos cómo se orientan e interactúan políticamente los jóvenes.** No es ninguna novedad seguir constatando ahora lo que ya decíamos hace seis años en el estudio "[Ya nada será lo mismo](#)" publicado por el Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud. La gran mayoría de los jóvenes de menos de 30 años no están especialmente interesados en la política en su vertiente más institucional y organizada. Sus preocupaciones, acordes con su edad, son más bien de construcción de su propia personalidad. Preocupaciones vinculadas a su emancipación, estudios, trabajo, emociones, sentimientos y construcción de su propio universo afectivo y profesional. Si alguna novedad podemos constatar hoy es una penetración mayor de los temas ambientales y un desapego significativo de la cultura de la propiedad.

Uno podía imaginar entonces, en el 2015, que la experiencia del 15M, con una agenda muy "juvenil" en sus planteamientos generales, o el surgimiento de nuevos partidos, nacidos en plena disrupción digital, podría cambiar el signo de la desconexión política-juventud. Pero no parece que haya sido así.

Como puede constatarse en las publicaciones del Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud dedicadas al "Índice sintético de Desarrollo Juvenil" o en el último "[Barómetro Jóvenes y Tecnología](#)", España tiene un índice destacado en la difusión de las TIC en el universo juvenil, mientras factores como las dinámicas de emancipación o de estabilidad y calidad del empleo, están muy por debajo de la mayoría de los países europeos. **La percepción sobre la tecnología por parte de los jóvenes es positiva y entienden su uso y capacidad de manejo como algo que favorece su futuro.** Pero, a pesar de todo ello, ni un acceso más constante y fluido a la información política, ni la mayor facilidad para organizarse o participar directamente en la dinámica socio-política, parece que hayan incrementado el interés o la vinculación de la juventud en su conjunto con la política del país.

En la literatura académica al respecto se señala que la actividad online de los jóvenes se polariza en torno a los temas de relaciones con amigos y a determinados puntos de interés, no estando la política entre los ítems a destacar. Los lazos generados por Internet tienden a ser más débiles y vinculados a aspectos más específicos, más "hacia dentro" del propio grupo o comunidad de interés o de amistad que buscando generar redes más abiertas y plurales. Lo que encaja mal con lógicas de interacción política y social que acostumbran a tener contenidos cívicos que trascienden la propia condición.

En este sentido, **la lógica "líquida" de las redes, la fluidez y poca estabilidad de sus dinámicas casa mal con tradiciones políticas que buscan la fidelización y la adhesión a valores relativamente estables y coherentes entre sí.** Sigue siendo más fácil, en este contexto, adherirse a causas, a campañas, a momentos de indignación, movilización, apoyo, que vincularse más establemente a una ideología, bandera, sigla u organización.

En aquél estudio se subrayaba una incógnita: cómo se iba a producir la confluencia de los movimientos emergentes, de corte juvenil en buena medida, y de los partidos clásicos a la hora de hacer política (entrarían en conflicto, se produciría una acomodación de las nuevas formas al modelo partidista clásico, desaparecerían los movimientos rupturistas, cambiarían los partidos tradicionales...) ¿Qué cree que ha pasado o está pasando en estos sentidos?

Joan Subirats.

El impacto de los nuevos actores políticos tras el 15M en el sistema de partidos no podemos decir que haya sido desdeñable. Aunque no pueda atribuirse el conjunto de esos cambios exclusivamente a lo acontecido en el 2011. El bipartidismo dominaba el escenario político español antes del 15M. Un 85% de los diputados se encuadraban en el PP o en el PSOE. Ahora ese predominio está por debajo del 60%. **La fluidez de adhesiones e identidades es mucho mayor, y crece cuando desciende la edad de los votantes.** Por otro lado, los nuevos

partidos pueden haber perdido parte de su área renovadora, sobre todo en la medida que su paso por las instituciones les confiere otro tipo de perfil, pero sigue siendo cierto que sus dinámicas internas son más horizontales y también más plurales, para bien y para mal, que las que han venido caracterizando a los partidos más tradicionales.

Desde un punto de vista más organizativo, **los partidos también han tenido que adaptarse a los nuevos escenarios tecnológicos y digitales**. Lo han hecho incorporando *expertise* y medios, pero también siguiendo la estela de los precursores norteamericanos en campañas electorales y en el uso de datos y algoritmos de seguimiento y *microtargeting*. En definitiva, el balance de estos años presenta claroscuros con relación a los impactos de la transformación digital en los espacios políticos y en las relaciones juventud-política. Diríamos que podríamos hablar tanto de continuidades significativas como de claros episodios y espacios de discontinuidad. Re-fraseando el título de la publicación del 2015, podríamos decir que "nada será del todo lo mismo".

TECNOLOGÍAS Y BRECHAS

Los cambios introducidos por las TICs en los formatos de la comunicación juvenil ¿tendrán un impacto transformador en las formas de vivir, de "estar en el mundo" y de interactuar de las personas (de aprender, de informarse, de participar, de organizar redes de socialización, de establecer vínculos, de modular los afectos, de expresar y transmitir las emociones...)?

Amparo Lasén

Nuestras vidas y diferentes maneras de estar en el mundo, tanto las de las personas jóvenes como la de los adultos, están siendo mediadas y configuradas por Internet y las tecnologías digitales. **Lo ordinario es digital.** Entre otras cosas, hemos adquirido hábitos acerca de la localización y accesibilidad de los demás y de nosotros mismos, hábito de inmediatez, así como de actualizar periódicamente nuestros contenidos y presencia online. Esos **hábitos facilitados por las mediaciones digitales se han convertido en expectativas y obligaciones sociales.**

Suponemos, por tanto, que los procesos de aprendizaje, la educación sentimental, las formas de atención, de atender al mundo, a los demás, de cuidarse y cuidar seguirán estando configuradas por esta red de la que jóvenes y tecnologías forman parte, en múltiples enredos donde también estamos los adultos, las instituciones y las corporaciones digitales, tanto las que fabrican y comercializan dispositivos, como las que tienen un papel protagonista en la configuración de un Internet cada vez más articulado en torno a plataformas y apps.

Esa red que articula a personas, colectivos, tecnologías, instituciones y corporaciones está atravesada por **múltiples tensiones y crecientes desigualdades, en especial en lo que atañe a la monopolización de la Red por un puñado de corporaciones** globales y a la opacidad acerca del funcionamiento de estos espacios y dispositivos, materializada en los procesos algorítmicos de producción y recolección de datos. Nuestros movimientos, actividades, contenidos, interacciones, presencias, en dichas plataformas generan inscripciones digitales que son convertidas en datos, agregados y combinados, explotados y comercializados, en modos que nos son desconocidos, así como las consecuencias que tendrán esas formas de vigilancia algorítmica para nuestras vidas presentes y futuras.

Pensar en el futuro de las y los jóvenes a partir de estos enredos actualiza la concepción temporal del sociólogo afroamericano W.E.B. du Bois de "*ugly progress*" o progreso feo, en un devenir entendido como una dialéctica de esperanza y decepción, donde el deseo por un mundo mejor, por un "estar en el mundo" con dignidad y cierta alegría, está marcado por la experiencia de los fracasos pasados y presentes. En este caso, las experiencias de comunicación mediada digitalmente, las oportunidades y espacios de expresión, creación y encuentros facilitadas por Internet contribuyen a dar forma a esas esperanzas, pero también suscitan múltiples desasosiegos.

Pensar en ese futuro requiere también no olvidar que esta red que configura las vidas juveniles es un proceso cambiante que ha ido dando lugar a transformaciones

también en los espacios y dispositivos digitales, y cuyo devenir no está escrito. Una Red centralizada en torno a unas cuantas empresas globales con un poderío creciente, que escapan tanto al control de las personas que las usan y dan contenido, como al de las administraciones, nacionales e internacionales, encargadas de las regulaciones que las atañen, no es la Red de la que participamos hace 20 años. Tampoco corresponde a las intenciones de la alianza monstruosa que dio lugar a su creación. No es una alianza entre el deseo del conglomerado público-privado militar estadounidense de desarrollar formas tecnológicas de comunicación y organización descentralizadas, que fueran menos vulnerables a posibles ataques y sabotajes, y los investigadores e inventores universitarios a los que acudieron para materializar ese deseo, interesados en desarrollar formas de cultura libre y autoorganizada.

Se ha pasado del deseo de unas infraestructuras descentralizadas, accesibles y recursivas a una Red centralizada, capitalizada monopolísticamente, organizada en torno a plataformas cuya infraestructura está guiada por la publicidad y la recolección de datos, cada vez más opaca, a la vez que más omnipresente y necesaria, cuando no obligatoria. **La situación creada por la pandemia ha visibilizado y acentuado este "paso obligado" por lo digital**, desde la primacía de lo no presencial en la educación y la sociabilidad, hasta la creciente necesidad y obligatoriedad de los códigos QR, que requieren tener y llevar consigo un dispositivo digital, para poder realizar actividades y desplazamientos cotidianos.

¿Qué ha sido de las diferentes "brechas digitales"?

Amparo Lasén.

Los estudios sobre lo digital han popularizado el término "brecha digital" desde hace décadas para describir las desigualdades sociales generadas por las infraestructuras digitales, así como las desigualdades en las prácticas y usos mediados digitalmente.

En un principio se trataba mayoritariamente de las desigualdades en cuanto a la posesión de conexiones y equipamientos. Cuando nos encontramos con un acceso a la Red mayoritario, principalmente a partir de teléfonos móviles, la atención a las brechas o desigualdades se centra en las competencias digitales, así como en los distintos usos y prácticas que habilitan los distintos dispositivos. Así, por ejemplo, la situación creada por la pandemia ha revelado que el Internet móvil no ofrece los requisitos mínimos necesarios para la enseñanza a distancia y las y los jóvenes que solo contaban con sus teléfonos y sus contratos de datos, o que vivían en localidades rurales con deficiente acceso a la Red, veían aumentar las dificultades y las carencias, propias de la enseñanza no presencial.

Los espacios y **las prácticas digitales no forman un universo paralelo a nuestras vidas cotidianas, están afectados por las desigualdades sociales en torno a los ejes usuales de estratificación social**, como la clase y el nivel educativo, el género o la raza, al tiempo que afectan diferentemente a las personas según su posición en esos ejes de desigualdad: en las probabilidades de gozar de las oportunidades habilitadas por la red, pero también en las de sufrir de los riesgos y desventajas de las formas de interacción, accesibilidad y presencia continua que habilitan, así como de vigilancia, control y acoso.

De tal manera que **jóvenes mujeres, racializadas/os, LGTBIQ+, migrantes, personas con discapacidad que interactúan, participan, aprenden, se organizan, se visibilizan, cuidan y se cuidan, con ayuda de estos dispositivos** y en estos espacios y plataformas, también se vuelven más vulnerables, a la agresión, la burla, la vigilancia y el acoso que aquellos otros jóvenes a los que sus condiciones sociomateriales aseguran una posición de privilegio. Lo que les obliga a adquirir unas competencias y aprendizajes para evitar estos daños, a diferencia del resto de jóvenes, sin caer en la exclusión de los espacios y prácticas digitales, que se están convirtiendo, si no lo han hecho ya, en pasos obligados para el estar en el mundo contemporáneo, en sus distintos ámbitos, formación, trabajo, participación y obligaciones ciudadanas, activismo, ocio, sociabilidad, etc. También sufren de manera distinta los efectos de los "algoritmos de opresión", usando el término acuñado por Safiya Noble, esto es, tanto en la vigilancia algorítmica, como en las aplicaciones de inteligencia artificial que reproducen los sesgos discriminatorios existentes, pero con un halo de objetividad técnica.

Dentro de la Red que constituye lo digital en su configuración actual, **destaca la brecha digital entre las corporaciones privadas que controlan y diseñan los algoritmos, y vigilan, recogen, agregan y comercializan los datos fuera del control público, y los públicos**, jóvenes y adultos, cuyas vidas son así datificadas y vigiladas, de manera des-controlada. La evolución de esta brecha digital y de las relaciones de poder que moviliza entre los nodos de esa misma red (tecnologías e infraestructuras, materias primas y energía, individuos y colectivos, instituciones, empresas...) va a ser uno de los factores determinantes del futuro de las y los jóvenes, y de cuánto y cómo puedan progresar, de la dialéctica entre esperanza y decepción respecto de vivir una vida digna. La posibilidad y sostenibilidad de esa vida depende de esa red y nos plantea, por tanto, la necesidad y urgencia de *accountability*, o sea, de responsabilidad y rendición de cuentas.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA Y CITADA

Aguado-Bloise, E. (2019) Mujeres y hombres frente al desempleo. El caso español en la primera crisis del siglo XXI. Tirant Humanidades. Quaderns Feministes.

Aguirre, E., Ballesteros, J.C., Elzo, J., González-Anleo, J.M., Megías, E., Moreno, A., Rodríguez, E., Rubio, A. y Tudela, P. (2019) "Protagonistas y espectadores. Una mirada longitudinal sobre la juventud española". FAD y Fundación SM.

Álvaro, A. y Rubio, R. (2016) "Las TIC en la participación política de los jóvenes". INJUVE

Ballesteros, J.C., Megías, I. y Rodríguez, E. (2012) "Jóvenes y emancipación en España". Madrid. CRS. FAD.

Ballesteros, J.C. y Megías, I. (2015) "Jóvenes en la red. Un selfie". Madrid. CRS. FAD.

Ballesteros, J. C., Rodríguez, E. y Sanmartín, A. (2015). "Política e Internet: Una lectura desde los jóvenes (y desde la red)". Madrid. CRS. FAD.

Ballesteros, J.C., Sanmartín, A. y Tudela, P. (2018 a), "Barómetro Juvenil sobre vida y salud". Madrid. CRS. FAD.

Ballesteros, J.C., Sanmartín, A. y Tudela, P. (2018 b). "Barómetro Juventud y Género 2017". Madrid. CRS. FAD.

Ballesteros, J.C. (2019), "Indicadores socioeconómicos", en Sanmartín, A. y Fontcuberta, P. (coordinadoras), y VVAA. (2019)

Ballesteros, J.C. y Megías, E. (2019) "Salud y estilos de vida de jóvenes y adolescentes". Madrid. CRS. FAD.

Ballesteros, J.C., Rubio, A., Sanmartín, A. y Tudela, P. (2019) "Barómetro Juventud y Género 2019" Madrid. CRS. FAD.

Ballesteros, J.C.; Sanmartín, A.; Tudela, P. y Rubio, A. (2020). "Barómetro juvenil sobre Salud y Bienestar 2019". Madrid. CRS. FAD.

Ballesteros, J.C., Megías, E. y Rodríguez, E. (2020) "Ocio y modelos de vida. La inevitable consolidación de las tecnologías en el tiempo libre de la juventud". Madrid. CRS. FAD.

Ballesteros, J.C.; Calderón, D.; Kuric, S.; Megías, I. y Sanmartín, A. (2020). "Barómetro Jóvenes y Expectativa Tecnológica 2020". Madrid. FAD.

Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2008). Generación global. Barcelona: Paidós.

Benedicto, J., Echaves, A., Jurado, T., Ramos, M. y Tejerina, B. (2017) "Informe de Juventud en España 2016". INJUVE.

Bernabeu, A., Escot, L., Fernández, J.A., Fernández, L., Fernández, J. y Domínguez, M.V. (2013) "Empleos en perspectiva (Próxima y futura)". INJUVE.

Calderón, D., Kuric, S., Sanmartín, A., Megías, I., (2021) "Barómetro Jóvenes y Tecnología 2021: trabajo, estudios y prácticas en la incertidumbre pandémica". Madrid. CRS. FAD.

Canal, P. (2014), en Metamorfosis nº0, Recensión de Gentile, Alessandro (2013) "La emancipación juvenil en tiempos de crisis: un diagnóstico para impulsar la inserción laboral y la transición residencial"

Cebrián, I. (2016) "Conclusiones", en Escudero, R., editor, y VV.AA. (2016)

CIS (2011) "Sondeo EJ160". INJUVE

CIS (2012) "Sondeo Jóvenes y emprendimiento". INJUVE

CIS (2014) "Sondeo EJ175. Jóvenes, ocio y consumo". INJUVE

CIS (2020) "Sondeo COVID-19". INJUVE

CIS (2021) "Estudio 3329. Infancia y juventud ante la pandemia de la COVID-19". INJUVE

Couceiro, A. (coordinadora), Alonso, V., Álvarez, N., Oliva, A., Seoane, J.A. y Zaragoza, G.A. (2019) "El menor maduro. Cinco aproximaciones a un perfil poliédrico". Madrid. CRS. FAD.

elDiario.es (04/09/2021) "Los 'ecos' de la COVID en la salud mental de las mujeres"

EL PAÍS (especial Julio 2021), Encuesta Metroscopia: "Cómo es ser joven en 2021"

EL PAÍS (27/07/2021) "¿Los jóvenes se pasan a la derecha?"

Elzo, J. y Megías, E. (codirectores), Ballesteros, J.C., Rodríguez, M.A. y Sanmartín, A. (2014) "Jóvenes y valores (I). Un ensayo de tipología". Madrid. CRS. FAD.

Elzo, J. (2019) "Valores y su evolución, tipologías y religiosidad", en Sanmartín, A. y Fontcuberta, P. (coordinadoras), y VVAA. (2019)

Escudero, R., editor, y VV.AA. (2016), "Jóvenes y empleo. Una mirada desde el derecho, la sociología y la economía". Madrid. CRS. FAD.

Fontcuberta, P., González-Anleo, J.M., Ballesteros, J.C., Megías, I., Pérez, A. y Rodríguez, E. (2021) "Jóvenes españoles. Ser joven en tiempos de pandemia". Madrid. Fundación SM.

Gallo de Puellas, P., Marí-Klose, M., Cano, A.B., Escapa, S., Folguera, L. y Juliá, A. (2020) "Millennials ante la adversidad: efecto de la crisis sobre la salud, los hábitos y la percepción de riesgos". Madrid. CRS. FAD.

Gentile, A., Sanmartín, A, y Hernández A.L., (2014) "La sombra de la crisis. La sociedad española en el horizonte de 2018". Madrid. CRS. FAD.

Gil Calvo, E. (2014), en Metamorfosis nº0, "El síndrome de dependencia familiar como encuadre (framing) de la agenda juvenil"

Gil Calvo, E. (2019), "Análisis comparado del desarrollo juvenil", en López, C. (coord.), Alemany, E., Canal, P., Gil, E., Marí-Klose, P., de Miguel, V., Sanmartín, A. y Tudela, P. (2019)

González-Anleo, J.M. y López, J.A. (2017) "Jóvenes españoles entre dos siglos (1984-2017)". Madrid. Fundación SM.

González-Anleo, J.M., Ballesteros, J.C., Megías, I., Pérez, A. y Rodríguez, E. (2020) "Jóvenes españoles 2021. Ser joven en tiempos de pandemia". Madrid Fundación SM.

Gutiérrez, M; Mena, L; Calvo, K. (2019) "¿Desenganchadas de la igualdad? Narrativas juveniles sobre la igualdad de género". Madrid. CRS. FAD.

Jurado, F. (2015), en Metamorfosis nº2, "Jóvenes, Internet y Política. El cambio de paradigma tecnopolítico"

Kuric, S., Sanmartín, A., Ballesteros, J.C. y Calderón, D. (2020), " Jóvenes en pleno desarrollo y en plena pandemia. Cómo hacen frente a la emergencia sanitaria". Madrid. CRS. FAD.

Lasén, A. (2015), en Metamorfosis nº3, "Las mediaciones digitales en la forma de espacializar y de ritmar en la vida cotidiana de los y las jóvenes"

Lasén, A. y Megías, I. (2021). "Tecnologías, incertidumbres y oportunidades en la integración online/offline. Una aproximación cualitativa a los y las jóvenes durante la pandemia". Madrid. CRS. FAD.

López, C. (coord.), Alemany, E., Canal, P., Gil, E., Marí-Klose, P., de Miguel, V., Sanmartín, A. y Tudela, P. (2019), "Índices de desarrollo juvenil. Informe I: Índice Sintético de Desarrollo Juvenil Comparado (2009-2017). España en Europa". Madrid. Libros de la Catarata.

Marí-Klose, P. (2019), "Jóvenes en la agenda política en los tiempos convulsos de la gran recesión", en López, C. (coord.), Alemany, E., Canal, P., Gil, E., Marí-Klose, P., de Miguel, V., Sanmartín, A. y Tudela, P. (2019).

Martín, M. P.; de Castro, C. y Calderón, D. (2020). (2020). "Ciudadanía del bienestar durante la crisis en España: el caso de los hogares vulnerables". Revista Española de Investigaciones Sociológicas, 169: 85-102. DOI: 10.5477/cis/reis.169.85.

Martínez-Bascuñán, M. (2016), en Metamorfosis nº4, "La explicación del pensamiento feminista a la formación de identidades de género"

Megías, E. (2019), en Metamorfosis nº10, "Una década de cambios en la juventud española. Una lectura (parcial) desde el Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud"

Megías, E., Rodríguez, E., Ballesteros, J. C., Sanmartín, A. y Calderón, D. (2021) "Género, vivencias y percepciones sobre la salud: Informe de resultados". Madrid. CRS. FAD.

Megías, I. (2014) "Jóvenes y Valores (II). Los discursos". Madrid. CRS. FAD.

Megías, I., Rodríguez, E. y Lasén, A. (2014), "Jóvenes y comunicación. La impronta de lo virtual". Madrid. CRS. FAD

Megías, I., Ballesteros, J.C., Rubio, A., Alberdi, I. y Sanmartín, A. (2014) "Jóvenes y género. El estado de la cuestión". Madrid. CRS. FAD.

Megías, I. y Rodríguez, E. (2018) "Jóvenes en el mundo virtual: usos, prácticas y riesgos". Madrid. CRS. FAD.

Megías, I. (2019) "Protagonistas y espectadores, Los discursos de los jóvenes españoles" FAD y Fundación SM.

Megías, I. (coord.), Amezaga, A., García, M.C., Kuric, S., Morado, R. y Orgaz, C. (2020). "Romper cadenas de odio, tejer redes de apoyo: los y las jóvenes ante los discursos de odio en la red". Madrid. CRS. FAD.

Moreno, A. (2013) "Primera parte", en Moreno, A. y Rodríguez, E. (2013)

Moreno, A. y Rodríguez, E. (2013) "Informe Juventud en España 2012". INJUVE.

Morozov, E. (2015). La locura del solucionismo tecnológico. Buenos Aires: Katz.

Murillo, A. (2018), en Metamorfosis nº9, "Del 15M a la institucionalización del descontento. Percepciones y representaciones sociales sobre la situación política en la generación indignada española (2011-2017)"

Observatorio de la Juventud en España (2017), Sondeo de opinión 2017-1, "Jóvenes, participación y cultura política". INJUVE.

Parés Franzi, M. (2014), en Metamorfosis nº0, "La participación política de los Jóvenes ante el cambio de época: estado de la cuestión"

Pérez, S. (Dir.), Cepeda, M. I. y Pérez, G. (2019) "La violencia de género en los jóvenes. Una visión general de la violencia de género aplicada a los jóvenes en España". INJUVE.

Proyecto SCOPIO (2017) "Barómetro Juvenil". Madrid. CRS. FAD.

Proyecto SCOPIO (2019) "Índice Sintético de Desarrollo Juvenil Comparado. 2019" Madrid. CRS. FAD.

Proyecto SCOPIO (2020 a) "Índice Sintético de Desarrollo Juvenil Comparado. 2020". Madrid. CRS. FAD.

Proyecto SCOPIO (2020 b) "Informe de capacidades 2020". Madrid. CRS. FAD.

Proyecto SCOPIO (2021) "Índice Sintético de Desarrollo Juvenil Comparado. 2021" Madrid. CRS. FAD.

Rodríguez, E., Megías, I., Sánchez, E. (2002) "Jóvenes y relaciones grupales: dinámica relacional para los tiempos de trabajo y ocio". Madrid. INJUVE/FAD.

Rodríguez, E., Ballesteros, J.C., Megías, I. (2010) "Bienestar en España. Ideas de futuro desde el discurso de padres y madres". Madrid. CRS. FAD.

Rodríguez, E. (2013), "Segunda parte", en Moreno, A. y Rodríguez, E. (2013).

Rodríguez, E. y Ballesteros, J.C. (2014), en Metamorfosis nº0, "Jóvenes y diversidad ante un futuro condicionado por la crisis"

Rodríguez, E. y Megías, I. (2015) "¿Fuerte como papá? ¿Sensible como mamá? Identidades de género en la adolescencia". Madrid, CRS. FAD.

Rodríguez, E. (2016), "Impacto de un nuevo escenario socioeconómico en la percepción y posicionamientos de los y las jóvenes", en Escudero, R., editor, y VV.AA. (2016).

Rodríguez, E. y Ballesteros, J.C. (2019). "Primer informe Jóvenes y Género. La (in)consciencia de equidad de la población joven en España". Madrid. FAD.

Rubio, A., Sanmartín, A., Tudela, P. y Ballesteros, J.C. (2019) "Barómetro juvenil 2019. Participación política y activismo". Madrid. FAD.

Rujas, J. y Feito, R. (2021). La educación en tiempos de pandemia: una situación excepcional y cambiante. Revista de Sociología de la Educación, 14 (1). DOI: 10.7203/RASE.14.1.20273.

Sánchez Galán J. y Mínguez, A. (2018), en Metamorfosis, nº8, "La transición escolar en España: un análisis de desigualdad y diferenciación"

Sanmartín, A. (coord.); Prat, C.; Rodríguez, M.A.; Rubio, A.; Jover, G. (2016), "La educación en España: el horizonte 2020". Madrid. CRS. FAD.

Sanmartín, A. (coord.), Rubio, A., Tudela, P., Cebrián, I. y Megías, E. (2018) "Jóvenes y empleo. Escenarios de futuro". Madrid. CRS. FAD.

Sanmartín, A., (2019), "Proyecto SCOPIO: origen, necesidad y aplicaciones del proyecto", en López, C. (coord.), Alemany, E., Canal, P., Gil, E., Marí-Klose, P., de Miguel, V., Sanmartín, A. y Tudela, P. (2019), "Índices de desarrollo juvenil. Informe I: Índice Sintético de Desarrollo Juvenil Comparado (2009-2017). Madrid. CRS. FAD.

Sanmartín, A., Tudela, P., Ballesteros, J.C. y Rubio, A. (2019) "Barómetro Juventud y Género 2019. Violencia y acoso". Madrid. CRS. FAD.

Sanmartín, A. y Fontcuberta, P. (coordinadoras), y VVAA. (2019) "Protagonistas y espectadores. Una mirada longitudinal sobre la juventud española". Madrid. FAD y Fundación SM.

Sanmartín, A., Ballesteros, J.C., Calderón, D., Kuric, S. (2020) "De puertas adentro y de pantallas afuera. Jóvenes en confinamiento". Madrid. FAD.

Sanmartín, A. y Megías, I. (2020) "Jóvenes, futuro y expectativa tecnológica" Madrid. FAD.

Simón, P. (Dir.), Clavería, S., García-Albacete, G., López, A. y Torre, M. (2021) "Informe de Juventud en España 2020". INJUVE.

Sigma Dos (2021). "Discursos de odio sexistas en redes sociales y entornos digitales". Madrid. FAD.

Subirats, J. (2014), en Metamorfosis nº0, "Ser joven hoy. El reto de la inclusión. El reto de la nueva ciudadanía"

Subirats, J.; Fuster, M.; Martínez, R.; Berlinguer, M.; Salcedo, J.L. (2014) "Jóvenes, Internet y política". Madrid. FAD.

Subirats, J. (2015), "Ya nada será lo mismo. Los efectos del cambio tecnológico en la política, los partidos y el activismo juvenil" (Resumen ejecutivo). Madrid. FAD.

Tudela, P. (2019 a), "Evolución del desarrollo juvenil en España y en las CCAA, en López, C. (coord.), Alemany, E., Canal, P., Gil, E., Marí-Klose, P., de Miguel, V., Sanmartín, A. y Tudela, P. (2019)

Tudela, P. (2019 b), "Indicadores sobre participación y activismo juvenil", en Aguirre, E. et al., (2019)

Tudela, P., Ballesteros, J.C., Rubio, A. y Sanmartín, A. (2019) "Barómetro juvenil 2019. Discriminación y tolerancia hacia la diversidad". Madrid. FAD.

Trujillo, F., Fernández, M., Montes, M., Segura, A., Alaminos, F.J. y Postigo, A.Y. (2020), "Panorama de la educación en España tras la pandemia de COVID-19: la opinión de la comunidad educativa". Madrid. FAD.

